Jean-Jacques Rousseau

Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres

Jean-Jacques Rousseau

Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN <u>WWW.ELEJANDRIA.COM</u>, TU SITIO WEB DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO ¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

DISCURSO SOBRE EL ORIGEN Y LOS FUNDAMENTOS DE LA DESIGUALDAD ENTRE LOS HOMBRES

J. J. ROUSSEAU

Publicado: 1755

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

CIUDADANO DE GINEBRA NON IN DEPRAVATIS, SED IN HIS QUÆ BENE SECUNDUM NATURAM SE HABENT, CONSIDERANDUM EST QUID SIT NATURALE. ÅRIST. POLITIC. L. 2.

DEDICATORIA

A la República de Ginebra.

Magníficos, honorables y soberanos señores,

Con la plena convicción de que sólo un hombre virtuoso puede ofrecer a su país honores que ella no tiene por qué avergonzarse de recibir, me he esforzado durante los últimos treinta años por hacerme digno de rendiros homenaje de forma pública; y esta feliz oportunidad, que compensa en cierta medida lo que mis esfuerzos no han podido conseguir, me imaginé que podría consultar en esta ocasión el celo que me anima, más que el título que me autoriza a acercarme a vosotros con este propósito. Habiendo tenido la felicidad de respirar por primera vez entre vosotros, ¿cómo era posible que meditara sobre la igualdad que la naturaleza ha establecido entre los hombres, y sobre la desigualdad que ellos mismos han introducido, sin pensar en la profunda sabiduría, con la que unos y otros, felizmente combinados en este Estado, se han hecho concurrir, de una manera que se desvía lo menos posible de las leyes de la naturaleza y, sin embargo, responde mejor a los fines de la sociedad, al mantenimiento del orden público y a la seguridad de la felicidad privada? Al examinar cuáles eran las mejores máximas que el buen sentido podía prescribir para la constitución de un gobierno perfecto, me sorprendió tanto encontrar que todas ellas se cumplían en el vuestro, que, aunque no hubiera nacido entre

vuestros muros, me habría creído obligado a ofrecer esta imagen de la sociedad humana a ese pueblo que, en mi opinión, es el que disfruta de las mayores ventajas y el que mejor se ha protegido de sus menores abusos.

Si yo hubiera sido el amo de elegir un lugar de nacimiento para mí, habría elegido una sociedad de una extensión proporcionada a la de las facultades humanas, es decir, a la posibilidad de ser bien gobernada, y en la que cada miembro fuera tan suficiente para sus empleos, como para no tener la necesidad de delegar en otros la confianza depositada en él: un Estado en el que todos los súbditos pudieran conocerse tan bien, que ni las oscuras maquinaciones del vicio, ni la humilde modestia de la virtud, pudieran escapar a los ojos y al juicio del público; y en el que, a causa de la dulce costumbre de verse y conocerse, el amor de cada ciudadano por su país fuera un amor por sus habitantes más que por su suelo. Habría deseado nacer en un país en el que el soberano y los súbditos tuvieran un solo y mismo interés, de modo que todos los movimientos de la máquina tendieran necesariamente al bienestar del conjunto; y, como esto no puede ocurrir sino donde el soberano y los súbditos son una sola y misma persona, por supuesto que habría deseado nacer bajo un gobierno democrático, sabiamente templado.

Habría elegido vivir y morir libre, es decir, sometido a las leyes de tal manera que ni yo, ni ningún otro miembro de la misma sociedad, pudiéramos librarnos de su honorable yugo; este yugo sano y agradable, que los cuellos más orgullosos llevan con mucha más docilidad, ya que no están hechos para llevar ningún otro.

Por lo tanto, hubiera deseado que ningún miembro del Estado pudiera jactarse de ser superior a sus leyes, ni que el Estado tuviera ninguna razón para temer que se viera obligado a recibir leyes de otro. Porque, sea como sea la Constitución de un Gobierno, si hay un solo Hombre en él exento de las Leyes, todos los demás

Miembros deben estar necesariamente a su Discreción (1); y donde hay dos Jefes, uno Nacional y otro Extranjero, que se repartan la Autoridad soberana de la mejor manera que pueda ser dividida, es imposible que ambos sean bien obedecidos y el Gobierno sea administrado adecuadamente.

No me hubiera gustado pertenecer a una República recién formada, por muy buenas leyes que tuviera; porque, como el Gobierno de la misma podría estar enmarcado de manera diferente a lo que las Exigencias actuales requerían, no podría prometerme que no sería sacudido y destruido, casi en su Nacimiento, ya sea porque la nueva Administración no convenía a los Súbditos, o los Súbditos a la nueva Administración. Ocurre con la Libertad como con esos sólidos y suculentos alimentos o generosos vinos, que, aunque son adecuados para nutrir y fortalecer las robustas constituciones que se han acostumbrado a ellos, sólo pueden servir para oprimir, desordenar y destruir las estructuras débiles y delicadas que nunca se habían servido de ellos. Los hombres, una vez acostumbrados a los Maestros, nunca pueden prescindir de ellos. Cuanto más se esfuerzan por librarse de sus grilletes, más se alejan de los caminos de la libertad, ya que, al confundirla con una licencia ilimitada que es lo contrario de la libertad, casi siempre se convierten, al final, en esclavos de impostores, que, en lugar de aligerar sus cadenas, las hacen mucho más pesadas de lo que eran antes. Los propios romanos, aunque después fueron el modelo de todos los Estados libres, no eran capaces de gobernarse a sí mismos cuando se sacudieron por primera vez el yugo de los tarquinos. Debatidos por la esclavitud y las ignominiosas tareas que estos tiranos les habían impuesto, no eran, al principio, más que un estúpido pueblo, al que era necesario consentir y gobernar con la mayor sabiduría, para que, acostumbrándose poco a poco a respirar el saludable aire de la libertad, estas almas, enervadas, o más bien degradadas al rango de bestias, por la vara de la opresión, pudieran adquirir gradualmente esa severidad de modales, y esa nobleza de valor, que finalmente las convirtiera en el pueblo más respetable sobre la faz de la Tierra. Por lo tanto, debería haber buscado para

mi país alguna república feliz y pacífica, cuyo origen se perdiera en cierta medida en la noche de los tiempos; que no hubiera experimentado más sobresaltos que los necesarios para manifestar y fortalecer el patriotismo y el valor de sus miembros; y en la que los ciudadanos, acostumbrados desde hace tiempo a una prudente independencia, fueran no sólo libres, sino dignos de serlo. Habría elegido para mi país uno asegurado contra la brutal furia de la Conquista por la feliz imposibilidad de hacer ninguna, y, por una situación aún más feliz, libre de las aprensiones de convertirse en la Conquista de cualquier otro Estado: Una ciudad libre, situada entre naciones, ninguna de las cuales debería encontrar su interés en atacar sus libertades, sino que todas, por el contrario, piensan que es un deber para sí mismas defenderlas, cuando son atacadas por otras. Una República, en una palabra, que no sólo no tuviera nada que tentar a la ambición de sus vecinos, sino que pudiera razonablemente depender de su ayuda en caso de necesidad. Una República como ésta, una República tan felizmente situada, no podía tener nada que temer más que a sí misma; y por lo tanto, si sus miembros hacían de las armas su estudio, debía ser más bien con el fin de mantener vivos ese ardor marcial y ese espíritu generoso, que tan bien se adaptan a la libertad y sirven para mantener el debido gusto por ella, que por cualquier necesidad de proveer a su defensa.

Habría buscado un país en el que el poder legislativo fuera común a todos sus habitantes, pues ¿quién puede saber mejor que los miembros de una sociedad en qué condiciones es mejor que vivan juntos? Pero entonces no aprobaría Plebiscitas como las de Roma, en las que los Jefes de la Mancomunidad, y los más interesados en su Preservación y Bienestar, eran excluidos de las Deliberaciones de las que a menudo dependía su Seguridad; y en las que, por la más absurda de las consecuencias, los Magistrados eran privados de Privilegios de los que gozaba el Ciudadano más insignificante.

Por el contrario, hubiera deseado que, para poner fin a los proyectos interesados y mal digeridos, y a las peligrosas innovaciones, que al final resultaron ser la ruina de los atenienses, ningún ciudadano particular tuviera derecho a proponer las leyes que se le ocurrieran, sino que este privilegio perteneciera únicamente a los Magistrados; y que ellos también hicieron uso de él con tanta circunspección, y el Pueblo aprobó las Leyes propuestas por sus Magistrados con tanta reserva, y la Promulgación de estas Leyes fue luego asistida con tanta Solemnidad, que, antes de que la Constitución pudiera ser puesta en peligro por ellas, cada Miembro de la Comunidad podría tener suficiente Tiempo para convencerse, de que nada contribuye tanto a hacer las Leyes santas y respetables, como su gran Antigüedad; que la mayor parte del pueblo pronto desprecia las que ve alteradas de un día para otro, y que los gobiernos, al acostumbrarse a descuidar las costumbres antiguas bajo el pretexto de mejoras imaginarias, a menudo introducen males mayores que los que pretendían corregir o evitar.

Por encima de todo, debería haber evitado, como algo que no podía sino estar mal gobernado, una República, en la que el Pueblo pretendiendo ser capaz de prescindir de los Magistrados, o al menos sin permitirles más que una precaria Autoridad, se reservara imprudentemente la Administración de los Asuntos Civiles, y la Ejecución de sus propias Leyes; tal debe haber sido la ruda Constitución de los primeros Gobiernos al salir de un Estado de Naturaleza, y este fue otro de los Vicios que contribuyeron a la Caída de la República de Atenas.

Pero yo habría elegido una sociedad cuyos miembros privados, contentos con el privilegio de confirmar sus leyes y de decidir, en un cuerpo y con el informe de sus magistrados, los asuntos más importantes de naturaleza pública, establecieran tribunales respetables; distinguieran con cuidado sus diferentes departamentos, eligieran anualmente a los hombres más sabios,

sensatos y honestos de entre ellos para administrar la justicia y gobernar el Estado; una sociedad, en fin, en la que la integridad de los Magistrados que hacían justicia, de esta manera, a la sabiduría del pueblo, tanto los Magistrados como el pueblo se honraban mutuamente, de modo que, en caso de que algún malentendido peligroso llegara a perturbar la paz y la armonía públicas, estos intervalos de ceguera y error deberían llevar marcas visibles de moderación y estima recíprocas, y de respeto general a las leyes; presagios y promesas seguras de una reconciliación sincera y eterna. Tales son, Magníficos, Muy Honrados y Soberanos Señores, las Ventajas que debería haber buscado en el País que elegiría como lugar de mi Nacimiento. Pero si la Providencia añadiera a estos favores una situación encantadora, un clima templado, un suelo fructífero y la más deliciosa perspectiva bajo el dosel del cielo, entonces, para ser perfectamente feliz, sólo desearía disfrutar de todas estas bendiciones en el seno de este feliz país, viviendo pacíficamente en una dulce sociedad con mis conciudadanos, y ejerciendo hacia ellos, y siguiendo su ejemplo, los deberes de la humanidad, la amistad y cualquier otra virtud, para dejar tras de mí el carácter de un hombre honesto y un digno patriota.

Si, menos favorecido por la Providencia, o demasiado tarde sabio por mis propias reflexiones, me hubiera visto reducido a prolongar, bajo otro clima, una carrera débil y lánguida, en inútiles suspiros tras esa Paz y Reposo a los que, por falta de pensamiento, había renunciado en mis días de juventud; Por lo menos, habría abrigado en mi alma esos mismos sentimientos que ahora he manifestado, aunque no pudiera hacer uso de ellos en mi propio país; y penetrado del más tierno y desinteresado afecto por mis lejanos conciudadanos, me habría dirigido a ellos desde el fondo de mi corazón, y, lo más cerca posible, con las siguientes expresiones.

Mis queridos conciudadanos, o, para hablar con más propiedad, mis queridos hermanos, ya que los lazos de sangre nos unen nada menos que una sujeción común a las mismas leyes, encuentro un

placer infinito en no poder pensar en vosotros, sin pensar al mismo tiempo en todas las bendiciones de las que disfrutáis, y de cuyo valor no hay nadie entre vosotros, quizás, más sensible, que yo para quien se pierden. Cuanto más reflexiono sobre vuestra situación política y civil, más difícil me resulta concebir que la naturaleza de las cosas pueda admitir una mejor. Otros gobiernos, incluso cuando deliberan sobre su existencia, se ven obligados a confiar en proyectos imaginarios o, en el mejor de los casos, en meras posibilidades. En cuanto a ti, tu Felicidad está lista para tus Manos; no tienes nada que hacer más que disfrutarla; para ser perfectamente feliz, sólo necesitas estar satisfecho con serlo. Vuestra soberanía, adquirida o recuperada por vosotros a punta de espada, y mantenida durante dos edades a fuerza de valor y sabiduría, es por fin plena y universalmente reconocida. Los tratados más honorables han fijado vuestros límites, confirmado vuestros derechos y asegurado vuestro descanso. Vuestra Constitución es excelente y feliz, ya que no sólo ha sido dictada por la más profunda Sabiduría, sino que está garantizada por las más respetables Potencias. Vuestro Estado goza de la mayor tranquilidad, no tenéis nada que temer de las guerras ni de los conquistadores; no tenéis más dueños que las sabias leyes que vosotros mismos habéis hecho, administradas por rectos magistrados de vuestra elección; no sois lo suficientemente ricos como para enervaros por el lujo y perder en la búsqueda de placeres vacíos el sabor de la auténtica felicidad y la sólida virtud, ni lo suficientemente pobres como para exigir a los extraños un suplemento a los frutos de vuestra propia industria. En fin, apenas os cuesta mantener esa preciosa Libertad, que las grandes naciones no pueden conservar sino sometiéndose a los más exorbitantes Impuestos.

Por lo tanto, ¡que florezca por mucho tiempo, para la felicidad de sus ciudadanos y el ejemplo de la humanidad, una República tan sabia y felizmente constituida! Este es el único deseo que os queda por hacer, lo único que os queda por pensar. Sólo de vosotros depende el futuro (no para haceros felices, vuestros antepasados os

han ahorrado ese problema), sino para que, usándolo sabiamente, vuestra felicidad sea duradera. De vuestra unión ininterrumpida, de vuestra sumisión a las leyes, de vuestro respeto a los ministros de las mismas, depende vuestra preservación. Si queda entre ustedes la más pequeña semilla de amargura o desconfianza, apresúrense a desarraigarla como una levadura maldita, que tarde o temprano resultará infaliblemente en la desgracia y la ruina de la Comunidad. Os conjuro a todos para que os retiréis al fondo de vuestros propios Corazones, y allí consultéis la Voz secreta de vuestras propias Conciencias. ¿Hay algún hombre entre ustedes que pueda señalar, en todo el universo, un cuerpo de hombres más recto, más sabio y más respetable que el de sus propios magistrados? ¿No os dan todos sus miembros el más perfecto ejemplo de moderación, de sencillez de costumbres, de respeto a las leyes y de la más sincera reconciliación? ¿Por qué, pues, no depositáis, por vuestro propio bien, en tan sabios superiores la confianza sin reservas que la virtud tiene derecho a esperar de la razón? Considerad que son de vuestra elección, y que hacen justicia a vuestra elección; considerad que los honores debidos a los que habéis constituido en Autoridad, se reflejan necesariamente en vosotros mismos. ¿Hay alguien entre vosotros tan desatento como para no ver que, cuando las leyes pierden su vigor, y los defensores de ellas su autoridad, no puede haber ni seguridad ni libertad para ningún hombre? Por lo tanto, ¿qué se requiere de vosotros sino que hagáis con entusiasmo y sin disidencia lo que vuestro interés, vuestro deber y la sana razón os obliquen a hacer? No permitáis que una culpable y peligrosa indiferencia por el apoyo a la Constitución os haga descuidar, en cualquier momento en que lo necesitéis, el prudente consejo de vuestros más sabios y celosos conciudadanos; sino dejad que la equidad, la moderación y la más respetuosa firmeza sigan regulando todos vuestros procedimientos, y dad a todo el universo el ejemplo de un pueblo audaz y modesto, igualmente celoso de su gloria y de su libertad. Sobre todo, tened cuidado (es el último consejo que os daré) con las interpretaciones siniestras y los discursos envenenados, cuyos motivos secretos son a menudo más peligrosos que las acciones contra las que se lanzan. Toda la Cámara saldrá de su sueño y captará la alarma dada por un perro

fiel y vigilante que nunca ladra sino cuando se acercan los ladrones; mientras que nosotros odiamos la impaciencia de esos ruidosos y molestos malvados, que están perpetuamente perturbando el reposo público, y cuyas incesantes e inoportunas informaciones nos impiden escuchar las que a veces pueden dar en el momento adecuado. Y vosotros, Magníficos y Muy Honrados Señores; vosotros, los dignos y respetables Magistrados de un Pueblo libre, permitidme que me dirija a vosotros en particular con mi Deber y Homenaje. Si hay entre los hombres un rango calificado para dar lustre a quienes lo ocupan, es sin duda el que los talentos y la virtud se combinan para otorgar; ese, del que ustedes se han hecho merecedores, y al que sus conciudadanos los han promovido. Su mérito se suma considerablemente al esplendor del vuestro; y considerando que hombres capaces de gobernar a otros hombres os han elegido para gobernarse a sí mismos, os considero tan superior a otros magistrados, como que un pueblo libre, que especialmente tenéis el honor de presidir, está por su conocimiento y su sabiduría por encima de la población de otros estados.

Permítanme citar un ejemplo del que debería quedar alguna huella mejor, un ejemplo en el que mi corazón nunca dejará de pensar. No puedo recordar, sin la más agradable emoción, el recuerdo de ese virtuoso ciudadano al que debo mi ser, y que a menudo agasajó a mi infancia con el respeto que se le debe. Me parece que todavía lo veo, ganándose el pan con el trabajo de sus manos, y al mismo tiempo alimentando su mente con las más sublimes verdades, veo ante él a Tácito, Plutarco y Grocio, entremezclados con las herramientas propias de su oficio. Veo a su lado a un querido hijo que recibe, con demasiado poco fruto, por desgracia, las tiernas instrucciones del mejor de los padres. Pero, aunque los desplantes de una juventud irreflexiva me hicieron olvidar por un tiempo tan sabias lecciones, por fin tengo la felicidad de comprobar que, aunque un alumno esté muy inclinado al vicio, es casi imposible que no mejore un día u otro por la educación que le da un maestro verdaderamente afectuoso.

Tales son, Magníficos y Muy Honrados Señores, los Ciudadanos, e incluso los simples Nativos, del País que usted gobierna; tales son estos Hombres conocedores y sensatos, de los cuales, bajo el Nombre de Comerciantes y del Pueblo, es usual en otras Naciones tener las más mezquinas y falsas Ideas. Mi padre, lo reconozco con placer, no era en modo alguno distinguido entre sus conciudadanos; no era más que lo que todos ellos son; sin embargo, siendo como era, no hay país en el que su conversación no hubiera sido codiciada; en el que una relación con él no hubiera sido cultivada, y cultivada en gran beneficio, por hombres de la mejor posición y fortuna. No es de mi incumbencia y, gracias al cielo, no es en absoluto necesario hablarle de la consideración que le debe a hombres de este tipo, sus iguales por educación así como por naturaleza y nacimiento, sus inferiores por elección, por esa preferencia que le debían a su mérito, que en consecuencia le han concedido, y por la que usted, por su parte, está obligado a expresar cierta gratitud. Me complace oír con qué afabilidad y condescendencia templáis, en todas vuestras transacciones con ellos, esa gravedad que es propia de los ministros de las leyes; cómo les pagáis, con vuestra estima y vuestra atención a su bienestar, el respeto y la obediencia que os rinden; una conducta así de llena de justicia y sabiduría, y apta para borrar cada vez más el recuerdo de esos desafortunados acontecimientos, que deberían ser enterrados en el silencio y el olvido eternos. Una conducta tanto más juiciosa cuanto que este pueblo equitativo y generoso hace de su deber un placer, se aficiona naturalmente a honraros, y los más celosos de entre ellos por mantener sus propios derechos y privilegios son al mismo tiempo los más dispuestos a respetar los vuestros.

No debemos pensar que es extraño que los Jefes de una Sociedad civil tengan en su corazón su Gloria y Bienestar: pero es una Felicidad poco común que aquellos, que se ven a sí mismos como los Magistrados, o más bien como los Maestros, de un País

más santo y más sublime, expresen algún Afecto por el País terrenal que los mantiene. Qué grato es poder hacer en nuestro favor una excepción tan singular, y colocar entre el número de nuestros mejores ciudadanos a esos celosos depositarios de los sagrados artículos de la fe, que las leyes han autorizado, a esos venerables pastores de almas, cuya dulce y viva elocuencia está mucho mejor calificada para plantar en los corazones de los hombres las máximas del Evangelio, ya que ellos mismos son los primeros en mostrar sus frutos. Todo el mundo sabe con qué éxito se cultiva el gran arte del púlpito en Ginebra; pero, demasiado acostumbrados a oír a los divinos decir una cosa y verlos hacer otra, pocas personas se dan tiempo para considerar hasta qué punto el espíritu del cristianismo, la santidad de las costumbres, la autosuficiencia y la indulgencia del prójimo prevalecen en todo el cuerpo de nuestros ministros. Ginebra, quizás, es la única ciudad en todo el mundo que puede presumir de una unión tan perfecta y edificante entre sus hombres de letras y sus divinos. Es, en gran medida, en su reconocida Sabiduría y Moderación, es en su Celo por la Prosperidad de la Mancomunidad, que fundamento las Esperanzas de que goce de una Tranquilidad eterna; y observo con placer, sorpresa y respeto, cuánto detestan las escandalosas máximas de aquellos hombres sagrados y bárbaros, de los que la Historia nos proporciona más de un ejemplo, y que, para mantener los pretendidos derechos del Todopoderoso, es decir, su propio interés, fueron tanto menos parcos en sangre humana, cuanto que se halagaron de que la suya debería ser siempre respetada.

¿Puedo olvidar aquí a esa preciosa mitad de la República que constituye la felicidad de la otra mitad, y cuya suavidad y prudente comportamiento contribuyen tanto a asegurarle las bendiciones de la paz y las buenas costumbres? Amables y virtuosas hermanas ciudadanas, siempre será el destino de vuestro sexo gobernar el nuestro. Felices, mientras vuestro casto poder, confinado a los límites de la unión conyugal, se limite a la gloria y la felicidad de vuestro país. Así es como las mujeres mandaron en Esparta, y como tú mereces mandar en Ginebra. ¿Dónde está el hombre tan

bárbaro como para resistir la voz del honor y la razón en la boca de una tierna esposa? ¿Quién no despreciaría los vacíos encantos del lujo, al contemplar tu sencillo y modesto atuendo, que, por la lujuria que de ti se deriva, parece el más favorable a la belleza? Es vuestro negocio perpetuar, mediante vuestro amable e inocente Imperio y vuestra insinuante Conversación, la Armonía entre los Ciudadanos, con el debido Amor y Respeto a las Leyes de su País; reunir a las Familias divididas mediante Matrimonios felices; y, sobre todo, corregir con la persuasiva suavidad de vuestras lecciones y la modesta gracia de vuestro discurso, las erróneas nociones de las cosas que nuestros jóvenes adquieren en otros países, de donde, en lugar de tantas cosas útiles al alcance de su observación y práctica, no traen nada a casa, además de un tono infantil y aires ridículos adquiridos entre mujeres disolutas, sino la admiración de, no sé qué, una pretendida grandeza, una pobre indemnización por la esclavitud, y que no se puede comparar con la genuina e innata grandeza de la augusta libertad. Sed, pues, siempre, lo que ahora sois, los castos guardianes de nuestras costumbres y los dulces lazos de nuestra paz; y continuad ejerciendo en cada ocasión los privilegios de la naturaleza y del corazón en beneficio del deber y la virtud.

Espero que ningún acontecimiento me contradiga al garantizar, con la fuerza de vuestra poderosa colaboración, la gloria eterna de la República y la felicidad de sus ciudadanos. Debo admitir, sin embargo, que, con todas estas ventajas, nuestro Estado nunca podrá pretender esa figura brillante y resplandeciente, con la que la mayoría de los ojos se deslumbran, y cuyo gusto pueril y deplorable es el más fatal enemigo de la prosperidad y la libertad. Que los jóvenes disolutos corran a otros países en busca de placeres fáciles y de un largo arrepentimiento. Que los pretendientes al buen gusto admiren en otros lugares la grandeza de sus palacios, la belleza de sus equipamientos, la suntuosidad de sus muebles, la pompa de sus espectáculos, todos sus refinamientos de lujo y afeminamiento. En Ginebra, no se encuentra nada más que hombres; pero tal vista

tiene su mérito; y aquellos que buscan esta clase de mérito, son dignos de los admiradores de cualquier otra clase.

Dignaos, Magníficos, muy Honrados y Soberanos Señores, aceptar todos vosotros con la misma Bondad las respetuosas Demostraciones de la Parte que tomo en vuestra común Prosperidad. Si desgraciadamente he dado paso a algún transporte indiscreto en esta viva efusión de mi corazón, os ruego humildemente que lo disculpéis, en consideración al tierno amor de un verdadero patriota, y al ardiente y legítimo celo de quien no desea mayor felicidad para sí mismo que la de veros a todos felices.

Soy, con el más profundo Respeto, Magníficos Señores Honrados y Soberanos,

su más humilde y

más obediente servidor

y conciudadano,

John James Rousseau.

Chamberi, 12

de junio de 1754.

PREFACIO

El más útil y menos mejorado de todos los estudios humanos es, en mi opinión, el del hombre, (2) y me atrevo a decir que la inscripción del templo de Delfos contiene por sí sola un precepto más importante y difícil que todos los enormes volúmenes de los moralistas. Por lo tanto, considero el tema de este discurso como una de las cuestiones más interesantes que la filosofía puede proponer y, desafortunadamente para nosotros, una de las más complicadas que los filósofos pueden resolver: Porque, ¿cómo es posible conocer la fuente de la desigualdad entre los hombres, sin conocer a los propios hombres? ¿Y cómo podrá el hombre verse a sí mismo, tal como la naturaleza lo formó, a pesar de todas las alteraciones que una larga sucesión de años y acontecimientos debe haber producido en su constitución original, y distinguir lo que es de su propia esencia, de lo que las circunstancias en las que ha estado, y los progresos que ha hecho, han añadido o cambiado en su condición primitiva? El alma humana, como la estatua de Glauco, que el tiempo, el mar y las tormentas han desfigurado tanto que se parecía más a una bestia salvaje que a un Dios, el alma humana, digo, alterada en el seno de la sociedad por la sucesión perpetua de mil causas, por la adhesión de innumerables descubrimientos y errores, por los cambios que han ocurrido en la constitución de los cuerpos circundantes, por la perpetua sacudida de sus propias pasiones, ha perdido en cierto modo tanto de su apariencia original como para ser apenas distinguible; y ya no percibimos en ella, en lugar de un Ser que actúa siempre a partir de Principios ciertos e invariables, en lugar de esa celestial y majestuosa Simplicidad que

su Autor le había impreso, sino el estremecedor Contraste de la Pasión que piensa que razona, y un delirante Entendimiento. Pero lo que es aún más cruel, ya que cada mejora hecha por la especie humana sólo sirve para alejarla aún más de su condición primitiva, cuanto más acumulamos nuevas informaciones, más nos privamos de los medios de adquirir la más importante de todas; y es, en cierto modo, a fuerza de estudiar al hombre que hemos perdido el poder de conocerlo.

No hace falta ser muy perspicaz para percibir que es en estas sucesivas alteraciones del cuerpo humano donde hay que buscar el primer origen de las diferencias que distinguen a los hombres, los cuales, según se admite universalmente, son naturalmente tan iguales entre sí, como lo eran los animales de todas las especies, antes de que diversas causas físicas hubieran introducido las variedades que ahora observamos entre algunos de ellos. De hecho, no es posible concebir cómo estos primeros cambios, cualesquiera que sean las causas que los hayan producido, podrían haber alterado, todos a la vez y de la misma manera, a todos los individuos de la especie. Parece evidente que mientras algunos mejoraron o disminuyeron su condición, o adquirieron diversas cualidades buenas o malas no inherentes a su naturaleza, el resto continuó por más tiempo en su postura primitiva; y tal fue entre los hombres la primera fuente de desigualdad, que es mucho más fácil señalar así en general, que rastrear con precisión sus verdaderas causas.

Que mis lectores no se imaginen que me atrevo a presumir de haber visto lo que creo que es tan difícil de descubrir. He abierto algunos argumentos; he arriesgado algunas conjeturas; pero no tanto por la esperanza de ser capaz de resolver la cuestión, sino con la intención de arrojar algo de luz sobre ella, y dar un verdadero estado de la misma. Otros pueden penetrar con gran facilidad en el mismo camino, pero a ninguno le resultará fácil llegar al final del mismo. Porque no es tan fácil distinguir entre lo que es natural y lo

que es artificial en la constitución real del hombre, y familiarizarse con un estado que, si alguna vez existió, no existe ahora, y con toda probabilidad nunca existirá, y del cual, no obstante, es absolutamente necesario tener nociones justas para juzgar adecuadamente nuestro estado actual. Es más, un hombre debe ser más filósofo de lo que la mayoría de la gente piensa para determinar exactamente qué precauciones son necesarias para hacer observaciones sólidas sobre este tema; y, en mi opinión, una buena solución del siguiente problema no sería indigna de los Ariftotles y Plinies de nuestra época: ¿Qué experimentos son necesarios para conocer al hombre tal como está constituido por la naturaleza, y cuáles son los mejores métodos para hacer estos experimentos en el seno de la sociedad? Por mi parte, estoy tan lejos de pretender resolver este Problema, que creo haber reflexionado lo suficiente sobre el Tema para atreverme a responder de antemano, que los Filósofos más sabios no serían demasiado sabios para dirigir tales Experimentos, ni los Soberanos más poderosos demasiado poderosos para hacerlos; una Concurrencia de Circunstancias que apenas hay Razón para esperar, o por lo menos que sea acompañada de esa Perseverancia, o más bien de esa Sucesión de Conocimiento, Penetración y Buena Voluntad requerida por ambos lados para asegurar el Éxito.

Estas investigaciones, tan difíciles de hacer y en las que hasta ahora se ha pensado tan poco, son, sin embargo, el único medio que nos queda para eliminar mil dificultades que nos impiden ver los verdaderos fundamentos de la sociedad humana. Es esta Ignorancia de la Naturaleza del Hombre, la que tanto desconcierta y oscurece la genuina Definición del Derecho natural: porque la Idea del Derecho, como dice Monsieur Burlamaqui, y aún más la del Derecho natural, son Ideas evidentemente relativas a la Naturaleza del Hombre. Es, pues, de esta misma Naturaleza del Hombre, continúa este gran Filósofo, de su Constitución y de su Estado, de donde hemos de deducir los Principios de este Estudio.

Es imposible observar, sin sorpresa y escándalo, el poco acuerdo que hay sobre este importante artículo entre los diferentes autores que lo han tratado. Entre los escritores más graves, apenas se encuentran dos de la misma opinión. Por no hablar de los antiquos Filósofos, que, uno imaginaría, se habían dispuesto a contradecirse en lo que respecta a los Principios más fundamentales, los Jurisconsultos romanos hacen que el Hombre y todos los demás Animales, sin distinción, estén sujetos a la misma Ley natural, porque consideran bajo este Nombre, más bien la Ley que la Naturaleza se impone a sí misma que la que prescribe a otros; o, más probablemente, a causa de la aceptación particular de la palabra Ley entre estos jurisconsultos, quienes, en ocasiones, parecen no haber entendido nada más por ella que las relaciones generales establecidas por la naturaleza entre todos los seres animados en aras de su preservación común. Los Modernos, al no admitir bajo la palabra Derecho nada que no sea una Regla prescrita a un Ser moral, es decir, un Ser inteligente, libre y considerado con vistas a sus Relaciones con otros Seres, deben naturalmente limitar al único Animal dotado de Razón, es decir, al Hombre, la Competencia de la Ley natural; Pero entonces, al definir esta Ley, cada uno de ellos a su manera, establecen sobre ella tales Principios Metafísicos, que, lejos de ser capaces de averiguar estos Principios por sí mismos, hay muy pocas Personas entre nosotros capaces siguiera de entenderlos. Por lo tanto, todas las definiciones de estos hombres eruditos, definiciones en todo lo demás tan constantemente en desacuerdo, sólo están de acuerdo en esto, que es imposible entender la ley de la naturaleza, y por lo tanto obedecerla, sin ser un razonador muy sutil y un metafísico muy profundo. Esto no es ni más ni menos que decir que los hombres deben haber empleado para el establecimiento de la sociedad un fondo de conocimiento, que es una cuestión muy difícil, por no decir absolutamente imposible para la mayoría de las personas a desarrollar, incluso en el seno de la sociedad.

Por lo tanto, como los hombres están tan poco familiarizados con la naturaleza, y están tan poco de acuerdo sobre el significado de la palabra ley, no se puede esperar que alguna vez se pongan de acuerdo sobre una buena definición de la ley natural. Por consiguiente, todas las que encontramos en los libros, además de carecer de uniformidad, se derivan de muchas luces de las que los hombres no disfrutan naturalmente, y de ventajas de las que no pueden tener noción, mientras permanezcan en un estado de naturaleza. Los escritores de estos libros comienzan examinando qué reglas serían apropiadas, para su interés común, que los hombres acordaran entre ellos; y luego, sin más ceremonias, proceden a dar el nombre de ley natural a una colección de estas reglas, sin ninguna otra prueba de que tal colección merezca ese nombre, que la ventaja que resultaría de su cumplimiento universal. Este es, sin duda, un método muy fácil de eliminar las definiciones, y de explicar la naturaleza de las cosas por una adecuación casi arbitraria.

Pero mientras no conozcamos la constitución del hombre, considerada como recién salida de las manos de la naturaleza, será en vano que intentemos determinar qué ley recibió o qué ley le conviene más. Todo lo que podemos distinguir claramente con respecto a esa Ley, es que no sólo, para que sea Ley, la Voluntad de aquel a quien obliga debe someterse a ella con el Conocimiento de tal Obligación, sino también que, para que sea natural, debe hablar inmediatamente por la Voz de la Naturaleza.

Dejando, pues, a un lado todos los Tratados científicos, que nos enseñan simplemente a considerar a los Hombres tal como se han hecho a sí mismos, y limitándome a las primeras y más simples Operaciones del Alma humana, creo poder distinguir en ella dos Principios anteriores a la Razón, uno de los cuales nos interesa profundamente en nuestra propia Preservación y Bienestar, y el otro nos inspira una Aversión natural a ver sufrir o perecer a cualquier otro Ser, pero especialmente a cualquier Ser como nosotros. Es de la Concurrencia y la Combinación que nuestra Mente es capaz de formar entre estos dos Principios, sin que haya la menor Necesidad

de añadir a ellos el de la Sociabilidad, que, en mi Opinión, fluyen todas las Reglas del Derecho natural; Reglas, que la Razón se ve obligada después a restablecer sobre otros Fundamentos, cuando por un Ejercicio gradual de sus propios Poderes ha sofocado al fin la Autoridad de la Naturaleza.

Procediendo de esta manera, nos liberamos de la necesidad de hacer a un hombre filósofo, para hacer de él un hombre; sus obligaciones no le son dictadas simplemente por la lenta voz de la sabiduría; y mientras no resista los impulsos interiores de la compasión, nunca hará ningún daño a otro hombre, ni siquiera a cualquier otro ser sensible, excepto en aquellos casos legítimos en que su propia preservación esté en cuestión, y es por supuesto su deber darse a sí mismo la preferencia. Por este medio también podemos poner fin a las antiguas disputas sobre la participación de otros animales en la ley de la naturaleza; porque es evidente que, como carecen tanto de razón como de libre albedrío, no pueden conocer esa ley; sin embargo, como participan en cierta medida de nuestra naturaleza en virtud de la sensibilidad de la que están dotados, bien podemos imaginar que también deberían participar del beneficio de la ley natural, y que el hombre les debe algunos tipos particulares de deber. De hecho, parece que, si estoy obligado a no dañar a ningún ser como yo, no es tanto porque sea un ser razonable, como porque es un ser sensible; y esta última cualidad, al ser común a los hombres y a las bestias, debería eximir a los segundos de cualquier daño innecesario que los primeros pudieran hacerles. Este mismo estudio del hombre original, de sus necesidades reales y de los principios fundamentales de sus deberes, es también el único buen método que podemos adoptar para superar un número infinito de dificultades relativas al origen de la desigualdad moral, a los verdaderos fundamentos de los cuerpos políticos, a los derechos recíprocos de sus miembros y a otras mil cuestiones similares, tan importantes como mal comprendidas.

Considerar la sociedad humana con un ojo tranquilo y desinteresado, parece a primera vista no mostrar más que la violencia de los poderosos y la opresión de los débiles; la mente se escandaliza ante la crueldad de los unos, y se aflige igualmente ante la ceguera de los otros; Y como nada es menos estable en la vida humana que esas relaciones exteriores, que el azar produce más a menudo que la sabiduría, y que se llaman debilidad o poder, pobreza o riqueza, los establecimientos humanos parecen a primera vista como otros tantos castillos construidos sobre arenas rápidas; sólo al examinarlos más de cerca, y guitando el polvo y la arena que rodean y disfrazan el edificio, podemos percibir la base inconmovible sobre la que se levanta, y aprender a respetar sus cimientos. Ahora bien, si no nos aplicamos seriamente al estudio del hombre, de sus facultades naturales y de sus desarrollos sucesivos, es imposible que podamos hacer estas distinciones y separar, en la constitución real de las cosas, las operaciones de la voluntad divina de las pretendidas mejoras del arte humano. Las reflexiones políticas y morales, a las que da lugar la importante cuestión que examino, son por tanto útiles en todas las formas; y la hipotética Historia de los Gobiernos es, en lo que respecta al Hombre, una Lección instructiva en todos los aspectos. Al considerar lo que habríamos llegado a ser si nos hubieran dejado solos, debemos aprender a bendecir a Aquel cuya mano bondadosa, corrigiendo nuestras instituciones y dándoles una base inamovible, ha evitado los desórdenes que de otro modo habrían producido, y ha hecho que nuestra felicidad fluya de medios que, en apariencia, sin su intervención habrían completado nuestra miseria.

Quem de Deus esse Jussit, et Humanâ quâ parte locatus es in re, Disce.

Anuncio

Con respecto a las Notas.

He añadido algunas notas a esta obra, de acuerdo con mi ociosa costumbre de hacer las cosas por capricho. Estas Notas a veces se alejan demasiado del Tema para ser leídas con el Texto. Por lo tanto, las he colocado todas juntas en la conclusión del discurso mismo, en el que he hecho mis mejores esfuerzos para viajar por el camino más estrecho. Aquellos que tengan el valor suficiente para leerlo por segunda vez, pueden divertirse golpeando los arbustos y tratar de pasar por encima de las notas; no es un gran problema si los demás no se complican con ellas.

PREGUNTA



Pregunta propuesta por la Academia de DIJON.

¿Cuál es el origen de la desigualdad entre los hombres, y si dicha desigualdad está autorizada por la ley de la naturaleza?

Introducción

Es del hombre de quien voy a hablar; y la misma pregunta, en respuesta a la cual voy a hablar de él, me informa suficientemente de que voy a hablar a los hombres; pues sólo a aquellos que no temen honrar la verdad, les corresponde proponer discusiones de este tipo. Por lo tanto, mantendré con confianza la Causa de la Humanidad ante los Sabios, que me invitan a salir en su defensa; y me consideraré feliz, si puedo comportarme de una manera no indigna de mi tema y de mis jueces.

Concibo dos especies de desigualdad entre los hombres; una que llamo natural o física, porque está establecida por la naturaleza y consiste en la diferencia de edad, salud, fuerza corporal y cualidades de la mente o del alma; la otra, que puede llamarse moral o política, porque depende de una especie de convención y está establecida o, al menos, autorizada por el consentimiento común de la humanidad. Esta especie de desigualdad consiste en los diferentes privilegios de que gozan algunos hombres en perjuicio de otros, como el de ser más ricos, más honrados, más poderosos, e incluso el de exigirles obediencia.

Sería absurdo preguntar cuál es la causa de la desigualdad natural, ya que la simple definición de la desigualdad natural responde a la pregunta: sería aún más absurdo preguntar si no hay alguna conexión esencial entre las dos especies de desigualdad, ya

que sería preguntar, en otras palabras, si los que mandan son necesariamente mejores hombres que los que obedecen; y si la fuerza del cuerpo o de la mente, la sabiduría o la virtud se encuentran siempre en los individuos, en la misma proporción que el poder o la riqueza: una cuestión que tal vez sea adecuada para ser discutida por los esclavos en la audiencia de sus amos, pero impropia de seres libres y razonables en busca de la verdad.

¿Cuál es, pues, el objeto de este discurso? Es señalar, en el Progreso de las Cosas, aquel Momento en que, sustituyendo la Violencia por el Derecho, la Naturaleza se sometió a la Ley; mostrar aquella Cadena de Acontecimientos sorprendentes, como consecuencia de la cual los fuertes se sometieron a servir a los débiles, y los Pueblos a comprar una Facilidad imaginaria, a Expensas de la Felicidad real.

Los filósofos que han examinado los fundamentos de la sociedad, han percibido la necesidad de remontarla a un estado de naturaleza, pero ninguno de ellos ha llegado a él. Algunos de ellos no han dudado en atribuir al hombre en ese estado las ideas de justicia e injusticia, sin preocuparse por demostrar que realmente debía tener tales ideas, o incluso que tales ideas le eran útiles: otros han hablado del derecho natural de todo hombre a conservar lo que le pertenece, sin hacernos saber lo que querían decir con la palabra pertenecer; otros, sin más Ceremonia atribuyendo al más fuerte una Autoridad sobre el más débil, han tachado inmediatamente Gobierno, sin pensar en el Tiempo necesario para que los Hombres se formen alguna Noción de las Cosas significadas por las Palabras Autoridad y Gobierno. Todos ellos, en fin, insistiendo constantemente en las necesidades, la avidez, la opresión, los deseos y el orgullo, han transferido al estado de la naturaleza ideas recogidas en el seno de la sociedad. Al hablar de los salvajes, describen a los ciudadanos. Es más, pocos de nuestros escritores parecen haber dudado de que una vez existiera realmente un estado de naturaleza, aunque la historia sagrada demuestra

claramente que incluso el primer hombre, provisto inmediatamente por el propio Dios de instrucciones y preceptos, nunca vivió en ese estado, y que, si damos a los libros de Moisés el crédito que todo filósofo cristiano debería darles, debemos negar que, incluso antes del diluvio, tal estado existiera entre los hombres, a menos que cayeran en él por algún acontecimiento extraordinario: una paradoja muy difícil de mantener, y totalmente imposible de probar.

Comencemos, por lo tanto, dejando de lado los hechos, ya que no afectan a la cuestión. Las investigaciones a las que nos dedicamos en esta ocasión no deben tomarse como verdades históricas, sino simplemente como razonamientos hipotéticos y condicionales, más adecuados para ilustrar la naturaleza de las cosas que para mostrar su verdadero origen, como esos sistemas que nuestros naturalistas hacen a diario sobre la formación del mundo. La religión nos manda creer que los hombres, habiendo sido sacados por Dios mismo de un estado de naturaleza, son desiguales, porque a él le place que lo sean; pero la religión no nos prohíbe sacar conjeturas únicamente de la naturaleza del hombre, considerada en sí misma, y de la de los seres que le rodean, acerca del destino de la humanidad, si se les hubiera dejado solos. Esta es, pues, la cuestión que debo responder, la cuestión que me propongo examinar en el presente discurso. Como la humanidad en general tiene un interés en mi tema, me esforzaré por usar un lenguaje adecuado a todas las naciones; o más bien, olvidando las circunstancias de tiempo y lugar para no pensar en nada más que en los hombres a los que me dirijo, me supondré en el Liceo de Atenas, repitiendo las lecciones de mis maestros ante los Platones y los Jenócratas de esa famosa sede de la filosofía como mis jueces, y en presencia de toda la especie humana como mi audiencia.

Oh, hombre, sea cual sea el país al que pertenezcas, sean cuales sean tus opiniones, atiende a mis palabras; oirás tu historia tal y como creo haberla leído, no en los libros compuestos por quienes son como tú, pues son mentirosos, sino en el libro de la naturaleza,

que nunca miente. Todo lo que voy a repetir después de ella, debe ser verdadero, sin ninguna mezcla de falsedad, pero donde puedo pasar, sin pretenderlo, a introducir mis propios conceptos. Los tiempos de los que voy a hablar son muy remotos. ¡Cuánto has cambiado de lo que eras antes! Es, en cierto modo, la vida de tu especie lo que voy a escribir, a partir de las cualidades que has recibido, y que tu educación y tus hábitos podrían depravar, pero no destruir. Hay, me parece, una edad en la que cada individuo de ustedes elegiría detenerse; y buscarán la edad en la que, si lo desearan, su especie se hubiera detenido. Inquietos por su condición actual, por razones que amenazan a su infeliz posteridad con una inquietud aún mayor, tal vez desearán estar en su poder para volver atrás; y este sentimiento debe ser considerado como el panegírico de sus primeros padres, la condena de sus coetáneos, y una fuente de terror para todos aquellos que puedan tener la desgracia de sucederles.

PRIMERA PARTE

Por muy importante que sea, para formarse un juicio adecuado del estado natural del hombre, considerarlo desde su origen y examinarlo, por así decirlo, en el primer embrión de la especie, no intentaré seguir su organización a través de sus sucesivos acercamientos a la perfección: No me detendré a examinar en el sistema animal lo que podría haber sido al principio, para convertirse finalmente en lo que es en realidad; no preguntaré si, como piensa Aristóteles, sus descuidadas uñas no eran al principio más que garras torcidas; si todo su cuerpo no estaba, como el de un oso, densamente cubierto de pelo áspero; y si, caminando a cuatro patas, (3) sus ojos dirigidos a la tierra, y confinados a un horizonte de unos pocos pasos de extensión, no señalaron de inmediato la naturaleza y los límites de sus ideas. Sólo pude formar conjeturas vagas y casi imaginarias sobre este tema. La Anatomía Comparada no ha sido aún suficientemente perfeccionada, ni las Observaciones de la Filosofía Natural han sido suficientemente comprobadas, para establecer sobre tales Fundamentos la Base de un Sistema sólido. Por esta razón, sin recurrir a las informaciones sobrenaturales con las que hemos sido favorecidos en esta materia, ni prestar ninguna atención a los cambios que deben haber ocurrido en la conformación de las partes interiores y exteriores del cuerpo del hombre, en la medida en que aplicó sus miembros a nuevos propósitos y tomó nuevos alimentos, supondré que su conformación siempre ha sido la que ahora contemplamos; que siempre caminó sobre dos pies, hizo el mismo uso de sus manos que nosotros

hacemos de las nuestras, extendió sus miradas sobre toda la faz de la naturaleza y midió con sus ojos la vasta extensión de los cielos.

Si despojo a este ser, así constituido, de todos los dones sobrenaturales que pueda haber recibido, y de todas las facultades artificiales, que no podría haber adquirido sino por lentos grados; si lo considero, en una palabra, tal como debe haber salido de las manos de la naturaleza, veo un animal menos fuerte que algunos, y menos activo que otros, pero, en general, el más ventajosamente organizado de todos: Lo veo satisfaciendo las llamadas del hambre bajo el primer roble, y las de la sed en el primer riachuelo; lo veo acostándose a dormir al pie del mismo árbol que le proporcionó su comida; y he aquí que, hecho esto, todas sus necesidades están completamente satisfechas.

La tierra dejada a su propia fertilidad natural (4) y cubierta de inmensos bosques, que ningún hacha ha desfigurado, ofrece a cada paso alimento y refugio a todas las especies de animales. Los hombres, dispersos entre ellos, observan e imitan su industria, y así se elevan al instinto de las bestias; con la ventaja de que, mientras que cada especie de bestias se limita a un instinto peculiar, el hombre, que tal vez no tiene ninguno que le pertenezca particularmente, se apropia de los de todos los demás animales, y vive por igual de la mayoría de los diferentes alimentos, (5) que sólo se reparten entre ellos; una circunstancia que le capacita para encontrar su subsistencia, con más facilidad que cualquiera de ellos.

Los hombres, acostumbrados desde su infancia a las inclemencias del tiempo y al rigor de las diferentes estaciones, acostumbrados a la fatiga y obligados a defender, desnudos y sin armas, su vida y sus presas contra los demás habitantes salvajes del bosque, o al menos a evitar su furia mediante la huida, adquieren un hábito corporal robusto y casi inalterable; Los hijos, trayendo consigo al mundo la excelente constitución de sus padres,

y fortaleciéndola con los mismos ejercicios que la produjeron primero, alcanzan por este medio todo el vigor de que es capaz el cuerpo humano. La naturaleza los trata exactamente de la misma manera que Esparta trataba a los hijos de sus ciudadanos; a los que vienen bien formados al mundo los hace fuertes y robustos, y destruye a todos los demás; difiriendo en este aspecto de nuestras sociedades, en las que el Estado, al permitir que los niños se conviertan en una carga para sus padres, los asesina a todos sin distinción, incluso en el vientre de sus madres.

Siendo el cuerpo el único instrumento que el hombre salvaje conoce, lo emplea para diferentes usos, de los cuales los nuestros, por falta de práctica, son incapaces; y podemos agradecer a nuestra industria la pérdida de esa fuerza y agilidad que la necesidad le obliga a adquirir. Si tuviera un hacha, ¿se rompería su mano tan fácilmente de una rama de roble tan robusta? Si tuviera una honda, ¿se lanzaría a una piedra a una distancia tan grande? Si tuviera una escalera, ¿correría tan ágilmente por un árbol? Si tuviera un caballo, ¿podría disparar con tanta rapidez a lo largo de la llanura? Dadle al hombre civilizado el tiempo necesario para reunir todas sus máquinas, y sin duda será un rival para el salvaje; pero si queréis ver una contienda aún más desigual, colocadlos desnudos y desarmados uno frente al otro, y pronto descubriréis la ventaja que supone tener siempre todas nuestras fuerzas a nuestra disposición, estar constantemente preparados contra cualquier acontecimiento, y llevarnos siempre, por así decirlo, enteros. (6)

Hobbes quiere que el hombre esté naturalmente desprovisto de miedo, y siempre dispuesto a atacar y luchar. Un ilustre filósofo piensa, por el contrario, y Cumberland y Puffendorff también lo afirman, que nada es más temible que el hombre en un estado de naturaleza, que siempre está temblando, y listo para volar al primer movimiento que percibe, al primer ruido que golpea sus oídos. Esto, de hecho, puede ser muy cierto en lo que respecta a los objetos con los que no está familiarizado; y no dudo de que se aterroriza ante

cada nueva vista que se presenta, ya que a menudo no puede distinguir el bien y el mal físico que puede esperar de él, ni comparar sus fuerzas con los peligros que tiene que enfrentar; Circunstancias que rara vez ocurren en un estado de naturaleza, donde todas las cosas proceden de una manera tan uniforme, y la faz de la tierra no está sujeta a esos cambios repentinos y continuos ocasionados en ella por las pasiones e inconstancias de los cuerpos reunidos. Pero el Hombre salvaje que vive entre otros Animales sin ninguna Sociedad o Habitabilidad fija, y encontrándose pronto bajo la Necesidad de medir su Fuerza con la de ellos, pronto hace una Comparación entre ambos, y encontrando que él los supera más en Dirección, que ellos lo superan en Fuerza, aprende a no tener más miedo de ellos. Enfrentad a un oso o a un lobo con un salvaje robusto, activo y decidido (y todos lo son), provistos de piedras y de un buen palo, y pronto veréis que el peligro es al menos igual en ambos lados, y que después de varias pruebas de este tipo, las bestias salvajes, que no son aficionadas a atacarse unas a otras, no serán muy aficionadas a atacar al hombre, al que han encontrado tan salvaje como ellas. En cuanto a los animales que tienen realmente más fuerza que el hombre, éste es, con respecto a ellos, lo que son las otras especies más débiles, que encuentran medios para subsistir a pesar de todo; tiene incluso esta gran ventaja sobre tales especies más débiles, que siendo igual de rápido que ellos, y encontrando en cada árbol un asilo casi inviolable, está siempre en libertad de tomarlo o dejarlo, como mejor le parezca, y por supuesto de luchar o volar, lo que más le convenga. A esto podemos añadir que ningún animal hace naturalmente la guerra al hombre, excepto en caso de autodefensa o de hambre extrema; ni expresa nunca contra él ninguna de esas violentas antipatías, que parecen indicar que algunas especies particulares están destinadas por la naturaleza a la alimentación de otras.

Pero hay otros enemigos más formidables, y contra los cuales el hombre no está provisto de los mismos medios de defensa; me refiero a las enfermedades naturales, la infancia, la vejez y las enfermedades de todo tipo; melancólicas pruebas de nuestra debilidad, de las cuales las dos primeras son comunes a todos los animales, y la última afecta principalmente al hombre que vive en sociedad. Es incluso observable en lo que respecta a la infancia, que la madre, al poder llevar a su hijo consigo, dondequiera que vaya, puede desempeñar el deber de enfermera con mucho menos problema que las hembras de muchos otros animales, que se ven obligadas a estar constantemente yendo y viniendo con no poco trabajo y fatiga, de una manera para buscar su propia subsistencia, y otra para amamantar y alimentar a sus crías. Es cierto que, si la mujer perece, su hijo está expuesto al mayor peligro de perecer con ella; pero este peligro es común a otras cien especies, cuyas crías necesitan mucho tiempo para poder mantenerse por sí mismas; y si nuestra infancia es más larga que la de ellos, nuestra vida es igualmente más larga; de modo que, también en este aspecto, todas las cosas son en cierto modo iguales; (7) no obstante, hay otras reglas relativas a la duración de la primera edad de la vida, y al número de las crías del hombre y de otros animales, (8) pero no pertenecen a mi tema. En el caso de los hombres viejos, que se mueven y transpiran poco, la demanda de alimento disminuye con su capacidad para proporcionarlo; y como una vida salvaje les eximiría de la gota y el reumatismo, y la vejez es, de todas las enfermedades, la que menos puede aliviar la ayuda humana, al final se irían, sin que los demás percibieran que han dejado de existir, y casi sin percibirlo ellos mismos.

Con respecto a la enfermedad, no repetiré las vanas y falsas declaraciones que la mayoría de los hombres utilizan para desacreditar la medicina, mientras disfrutan de su salud; sólo preguntaré si hay alguna observación sólida de la que podamos concluir que en aquellos países en los que el arte de curar es más descuidado, la duración media de la vida del hombre es más corta que en aquellos en los que es más cultivado. Y cómo es posible que esto sea así, si nos infligimos más enfermedades de las que la Medicina puede proporcionarnos remedios. Las extremas desigualdades en el modo de vida de las distintas clases de la humanidad, el exceso de ociosidad en unos y de trabajo en otros, la

facilidad para irritar y satisfacer nuestra sensualidad y nuestros apetitos, los alimentos demasiado exquisitos y fuera de lugar de los ricos, que los llenan de jugos ardientes y les provocan indigestiones, la comida insalubre de los pobres, de la que incluso, por mala que sea, a menudo se quedan cortos, y cuya carencia los tienta, en cada oportunidad que se les ofrece, a comer con avidez y a sobrecargar sus estómagos; Las vigilancias, los excesos de todo tipo, los transportes inmoderados de todas las pasiones, las fatigas, el derroche de espíritu, en una palabra, los innumerables dolores y ansiedades anexos a toda condición, y de los que la mente del hombre es constantemente presa; éstas son las pruebas fatales de que la mayoría de nuestros males son de nuestra propia cosecha, y que podríamos haberlos evitado todos adhiriéndonos al modo de vida simple, uniforme y solitario que nos ha prescrito la naturaleza. Admitiendo que la Naturaleza pretendía que gozáramos siempre de buena salud, casi me atrevo a afirmar que un Estado de Reflexión es un Estado contra la Naturaleza, y que el Hombre que medita es un Animal depravado. Basta recordar la buena constitución de los salvajes, al menos de aquellos a quienes no hemos destruido con nuestros fuertes licores; basta reflexionar que son extraños a casi todas las enfermedades, excepto las ocasionadas por las heridas y la vejez, para convencerse en cierto modo de que la historia de las enfermedades humanas podría componerse fácilmente siguiendo la de las sociedades civiles. Tal fue al menos la opinión de Platón, quien concluyó, a partir de ciertos remedios utilizados o aprobados por Podalyrus y Macaon en el asedio de Troya, que varios trastornos, que estos remedios provocaron en sus días, no eran conocidos entre los hombres en ese período remoto.

Por lo tanto, el hombre, en un estado de la naturaleza en el que hay tan pocas fuentes de enfermedad, no puede tener una gran ocasión para la física, y aún menos para los médicos; tampoco es la especie humana más digna de compasión en este sentido, que cualquier otra especie de animales. Preguntad a los que hacen de la caza su recreo o negocio, si en sus excursiones se encuentran con muchos animales enfermos o débiles. Se encuentran con muchos

que llevan las marcas de heridas considerables, que han sido perfectamente curadas y cerradas; con muchos, cuyos huesos antes rotos, y cuyas extremidades casi arrancadas, se han unido completamente, sin ningún otro cirujano sino el tiempo, ningún otro régimen sino su manera habitual de vivir, y cuyas curaciones no fueron menos perfectas por no haber sido torturadas con incisiones, envenenadas con drogas, o desgastadas por la dieta y la abstinencia. En una palabra, por muy útil que sea la medicina bien administrada para nosotros que vivimos en un estado de sociedad, no cabe duda de que si, por un lado, el salvaje enfermo, desprovisto de ayuda, no tiene nada que esperar de la naturaleza, por otro lado, no tiene nada que temer sino de su enfermedad; una circunstancia que a menudo hace que su situación sea preferible a la nuestra.

Guardémonos, pues, de confundir al hombre salvaje con los hombres que vemos y conversamos a diario. La naturaleza se comporta con todos los animales que se le dejan a su cuidado con una predilección que parece demostrar lo celosa que es de esa prerrogativa. El Caballo, el Gato, el Toro, y hasta el mismo Asno, tienen generalmente una estatura más alta, y siempre una constitución más robusta, más Vigor, más Fuerza y Valor en sus Bosques que en nuestras Casas; pierden la mitad de estas Ventajas al convertirse en Animales domésticos; parece como si toda nuestra Atención para tratarlos amablemente, y para alimentarlos bien, sirviera solamente para bastardizarlos. Así sucede con el hombre mismo. En la medida en que se vuelve sociable y esclavo de los demás, se vuelve débil, temeroso y mezquino, y su forma de vivir, blanda y afeminada, completa al mismo tiempo la enervación de su fuerza y de su valor. Podemos añadir que debe haber una diferencia aún mayor entre el Hombre y el Hombre en una condición salvaje y doméstica, que entre la Bestia y la Bestia; porque como los Hombres y las Bestias han sido tratados de igual manera por la Naturaleza, todas las Conveniencias con las que los Hombres se complacen más que las Bestias domesticadas por ellos, son otras tantas Causas particulares que los hacen degenerar más sensiblemente.

La desnudez, por lo tanto, la falta de casas y de todos estos innecesarios, que consideramos tan necesarios, no son males tan poderosos con respecto a estos hombres primitivos, y mucho menos un obstáculo para su preservación. Sus pieles, es cierto, están desprovistas de pelo; pero no tienen ocasión de cubrirse con él en climas cálidos; y en climas fríos aprenden pronto a utilizar las de los animales que han conquistado; no tienen más que dos pies para correr, pero tienen dos manos para defenderse y cubrir todas sus necesidades; les cuesta tal vez mucho tiempo y problemas hacer caminar a sus hijos, pero las madres los llevan con facilidad; una ventaja que no se concede a otras especies de animales, con las que la madre, cuando es perseguida, se ve obligada a abandonar a sus crías, o a regular sus pasos con los de ellas. En resumen, a menos que admitamos esas singulares y fortuitas Concurrencias de Circunstancias, de las que hablaré más adelante, y que, es muy posible, nunca hayan existido, es evidente, en cada Estado de la Cuestión, que el Hombre, que primero se hizo Ropa y se construyó una Cabaña, se abasteció de Cosas que no necesitaba mucho, ya que había vivido sin ellas hasta entonces; y ¿por qué no habría sido capaz de mantener en sus Años más maduros, el mismo tipo de Vida, que había mantenido desde su Infancia?

Solo, ocioso y siempre rodeado de peligros, el hombre salvaje debe ser aficionado al sueño, y dormir ligeramente como otros animales, que piensan poco, y puede, en cierto modo, decirse que duermen todo el tiempo que no piensan: la auto-preservación es casi su única preocupación, debe ejercitar aquellas facultades más útiles para atacar y defender, ya sea para someter a su presa, o para evitar que se convierta en la de otros animales: Por el contrario, aquellos órganos que sólo la suavidad y la sensualidad pueden mejorar, deben permanecer en un estado de rudeza, totalmente incompatible con toda clase de delicadeza; y como sus sentidos están divididos en este punto, su tacto y su gusto deben ser extremadamente toscos y romos; su vista, su oído y su olfato

son igualmente sutiles: tal es el estado animal en general, y por consiguiente, si podemos creer a los viajeros, es el de la mayoría de las naciones salvajes. Por lo tanto, no debemos sorprendernos de que los hotentotes del Cabo de Buena Esperanza distingan con sus ojos desnudos los barcos en el océano, a una distancia tan grande como la de los holandeses con sus anteojos; ni que los salvajes de América hayan rastreado a los españoles con sus narices, con tanta exactitud como los mejores perros; ni que todas estas naciones bárbaras soporten la desnudez sin dolor, usen cantidades tan grandes de piemento para dar sabor a su comida, y beban como agua los licores más fuertes de Europa.

Hasta ahora he considerado al hombre meramente en su capacidad física; tratemos ahora de examinarlo bajo una luz metafísica y moral.

No puedo descubrir nada en un simple animal que no sea una máquina ingeniosa, a la que la naturaleza le ha dado sentidos para que se ponga en marcha y se proteja, hasta cierto punto, contra cualquier cosa que pueda destruirlo o desordenarlo. Percibo las mismas cosas en la máquina humana, con la diferencia de que la naturaleza es la única que actúa en todas las operaciones de la bestia, mientras que el hombre, como agente libre, participa en las suyas. La bestia no puede desviarse de las reglas que le han sido prescritas, incluso en los casos en que tal desviación podría ser útil, mientras que el hombre a menudo se desvía de las reglas establecidas para él en su propio perjuicio. Así, una paloma se moriría de hambre cerca de un plato de la mejor carne, y un gato en un montón de fruta o maíz, aunque ambos podrían muy bien mantener la vida con el alimento que así desdeñan, si sólo se decidieran a probarlo: es así como los hombres disolutos caen en excesos, que provocan fiebres y la propia muerte; porque la mente deprava los sentidos, y cuando la naturaleza deja de hablar, la voluntad sique dictando.

Todos los Animales deben tener Ideas, ya que todos los Animales tienen Sentidos; incluso combinan sus Ideas hasta cierto grado, y, a este respecto, es sólo la Diferencia de tal Grado, lo que constituye la Diferencia entre el Hombre y la Bestia: algunos Filósofos incluso han avanzado, que hay una mayor Diferencia entre algunos Hombres y algunos otros, que entre algunos Hombres y algunas Bestias; no es por lo tanto el Entendimiento lo que constituye, entre los Animales, la Distinción específica del Hombre, como su Calidad de Agente libre. La naturaleza habla a todos los animales, y las bestias obedecen su voz. El hombre siente la misma impresión, pero al mismo tiempo percibe que es libre de resistir o consentir; y es en la conciencia de esta libertad, que la espiritualidad de su alma aparece principalmente: porque la filosofía natural explica, en cierta medida, el mecanismo de los sentidos y la formación de las ideas; pero en el poder de querer, o más bien de elegir, y en la conciencia de este poder, nada puede descubrirse sino actos, que son puramente espirituales, y no pueden ser explicados por las leyes de la mecánica.

Pero aunque las dificultades en las que están envueltas todas estas cuestiones, deberían dejar algún espacio para discutir sobre esta diferencia entre el hombre y la bestia, hay otra cualidad muy específica que los distingue, y una cualidad que no admite discusión; esta es la facultad de mejorar; Una facultad que, a medida que las circunstancias lo ofrecen, despliega sucesivamente todas las demás facultades, y reside entre nosotros no sólo en la especie, sino en los individuos que la componen; mientras que una bestia es, al final de algunos meses, todo lo que será durante el resto de su vida; y su especie, al final de mil años, precisamente lo que era el primer año de ese largo período. ¿Por qué el hombre es el único que está sujeto a la muerte? ¿No es porque así vuelve a su condición primitiva? ¿Y porque, mientras la bestia, que no ha adquirido nada y tampoco tiene nada que perder, continúa siempre en posesión de su instinto, el hombre, al perder por la vejez, o por

accidentes, todas las adquisiciones que había hecho como consecuencia de su perfectibilidad, retrocede aún más que las propias bestias? Sería una melancólica necesidad que nos viéramos obligados a admitir que esta facultad distintiva y casi ilimitada es la fuente de todas las desgracias del hombre; que es esta facultad la que, aunque por lentos grados, los saca de su condición original, en la que sus días se deslizarían insensiblemente en paz e inocencia; que es esta facultad la que, en una sucesión de edades, produce sus descubrimientos y sus errores, sus virtudes y sus vicios, y, a la larga, le convierte en tirano propio y de la naturaleza. (9) Sería chocante verse obligado a elogiar, como un ser benéfico, a quienquiera que haya sido el primero en sugerir a los indios de Orenoco el uso de esas tablas que atan en los templos de sus hijos, y que les aseguran el disfrute de alguna parte, al menos, de su imbecilidad y felicidad naturales.

El Hombre Salvaje, abandonado por la Naturaleza al puro Instinto, o más bien indemnizado por lo que tal vez le ha sido negado por Facultades capaces de suplir inmediatamente el lugar de éste, y de elevarlo después mucho más, comenzaría por tanto con Funciones que fueran meramente Animales: (10) ver y sentir sería su primera Condición, de la que gozaría en común con los demás Animales. Querer y no querer, desear y temer, serían las primeras, y en cierto modo, las únicas operaciones de su alma, hasta que nuevas circunstancias ocasionaran nuevos desarrollos.

Dejemos que los moralistas digan lo que quieran, el entendimiento humano está en deuda con las pasiones, las cuales, por su parte, están universalmente en deuda con el entendimiento humano. Es por la actividad de nuestras Pasiones, que nuestra Razón mejora; codiciamos el Conocimiento simplemente porque codiciamos el Goce, y es imposible concebir, por qué un Hombre exento de Miedos y Deseos debería tomarse la molestia de razonar. Las pasiones, a su vez, deben su origen a nuestros deseos, y su aumento a nuestro progreso en la ciencia; porque no podemos

desear o temer ninguna cosa, sino como consecuencia de las ideas que tenemos de ella, o de los simples impulsos de la naturaleza; y el hombre salvaje, desprovisto de toda especie de conocimiento, no experimenta más pasiones que las de este último tipo; Sus deseos no van más allá de sus necesidades físicas; (11) no conoce más bienes que el alimento, la hembra y el descanso; no teme más males que el dolor y el hambre; digo el dolor, y no la muerte; porque ningún animal, como tal, sabrá jamás lo que es morir, y el conocimiento de la muerte y de sus terrores es una de las primeras adquisiciones hechas por el hombre, como consecuencia de su desviación del estado animal.

Podría fácilmente, si fuera necesario, citar hechos en apoyo de esta opinión, y mostrar que el progreso de la mente se ha mantenido en todas partes al ritmo exacto de las necesidades a las que la naturaleza había dejado a los habitantes expuestos, o a las que las circunstancias los habían sometido, y en consecuencia a las pasiones que los inclinaban a satisfacer estas necesidades. Podría mostrar en Egipto las artes que se inician y se extienden con las inundaciones del Nilo; podría perseguirlas en su progreso entre los griegos, donde se les vio brotar, crecer y elevarse a los cielos, en medio de las arenas y rocas del Ática, sin poder echar raíces en las fértiles orillas del Eurotas; Me gustaría observar que, en general, los habitantes del norte son más industriosos que los del sur, porque pueden prescindir menos de la industria; como si la naturaleza quisiera igualar todas las cosas, dando a la mente la fertilidad que ha negado al suelo.

Pero, aparte de los inciertos testimonios de la historia, ¿quién no percibe que todo parece alejar al hombre salvaje de la tentación y de los medios para cambiar su condición? Su imaginación no le pinta nada; su corazón no le pide nada. Sus necesidades moderadas se suplen tan fácilmente con lo que encuentra a mano en todas partes, y se encuentra a tal distancia del grado de conocimiento necesario para codiciar más, que no puede tener ni

previsión ni curiosidad. El espectáculo de la naturaleza, al hacerse bastante familiar para él, se vuelve al final igualmente indiferente. Es constantemente el mismo orden, constantemente las mismas revoluciones; no tiene el suficiente sentido para sentir sorpresa a la vista de las mayores maravillas; y no hay que buscar en su mente esa filosofía que el hombre debe tener para saber observar una vez lo que ha visto todos los días. Su alma, a la que nada perturba, se entrega por completo a la conciencia de su existencia actual, sin pensar siquiera en el futuro más cercano; y sus proyectos, igualmente confinados con sus vistas, apenas se extienden hasta el final del día. Tal es, incluso en la actualidad, el grado de previsión del caribeño: vende su cama de algodón por la mañana, y viene por la tarde, con lágrimas en los ojos, a comprarla de nuevo, sin haber previsto que la necesitará de nuevo la noche siguiente.

Cuanto más meditamos sobre este tema, más amplia es la distancia entre la mera sensación y el conocimiento más simple a nuestros ojos; y es imposible concebir cómo el hombre, por sus propias fuerzas, sin la ayuda de la comunicación y el estímulo de la necesidad, podría haber superado un intervalo tan grande. ¿Cuántas edades pasaron antes de que los hombres vieran otro fuego que el de los cielos? ¿Cuántos accidentes diferentes habrán concurrido para que conozcan los usos más comunes de este elemento? ¿Cuántas veces han dejado que se apague, antes de conocer el arte de reproducirlo? ¿Y cuántas veces no ha perecido cada uno de estos secretos con el descubridor? ¿Qué diremos de la agricultura, un arte que requiere tanto trabajo y previsión; que depende de otras artes; que, es muy evidente, no puede ser practicada sino en una sociedad, si no formada, al menos de cierta categoría, y que no sirve tanto para extraer alimentos de la Tierra, pues ésta los daría sin todas esas molestias, como para obligarla a producir aquellas cosas, que nos gustan más, preferiblemente a otras? Pero supongamos que los hombres se han multiplicado hasta tal punto que los productos naturales de la Tierra ya no son suficientes para su sustento; una suposición que, por otra parte, demostraría que este tipo de vida sería muy ventajoso para la

especie humana; Supongamos que, sin fragua ni yunque, los instrumentos de labranza hubieran caído del cielo en manos de los salvajes, que estos hombres hubieran superado esa aversión mortal que todos tienen por el trabajo constante; que hubieran aprendido a predecir sus necesidades a tan gran distancia de tiempo; que habían adivinado exactamente cómo debían quebrar la tierra, depositar en ella sus semillas y plantar árboles; que habían descubierto el arte de moler su maíz y de mejorar por fermentación el jugo de sus uvas; todas operaciones que debemos admitir que aprendieron de los Dioses, ya que no podemos concebir cómo debían hacer tales descubrimientos por sí mismos; después de todos estos hermosos regalos, ¿qué hombre estaría tan loco como para cultivar un campo que puede ser robado por el primero que llegue, hombre o bestia, que se encapriche con su producto? ¿Y qué hombre consentiría en pasar sus días en el trabajo y la fatiga, cuando las recompensas de su trabajo y fatiga se volvieran más y más precarias en proporción a su falta de ellas? En una palabra, ¿cómo podría esta situación comprometer a los hombres a cultivar la tierra, mientras no se reparta entre ellos, es decir, mientras subsista un estado de naturaleza?

Aunque supongamos que el hombre salvaje es tan versado en el arte de pensar como lo hacen los filósofos; aunque, después de ellos, lo hagamos filósofo, descubriendo por sí mismo las verdades más sublimes, formando para sí mismo, mediante los argumentos más abstractos, máximas de justicia y razón extraídas del amor al orden en general, o de la voluntad conocida de su Creador: En una palabra, aunque supongamos que su mente es inteligente e iluminada, como debe ser, y se encuentra, de hecho, que es aburrida y estúpida; ¿qué beneficio recibiría la especie de todos estos descubrimientos metafísicos, que no podrían ser comunicados, sino que deben perecer con el individuo que los ha hecho? ¿Qué progreso podría hacer la Humanidad en los bosques, dispersos de arriba a abajo entre los demás animales? Y hasta qué punto podían los hombres mejorarse e ilustrarse mutuamente, cuando no tenían una residencia fija, ni necesitaban la ayuda de los

demás; cuando las mismas personas apenas se encontraban dos veces en toda su vida, y al encontrarse no se hablaban ni se conocían.

Consideremos cuántas ideas debemos al uso del lenguaje; cuánto ejercita la gramática y facilita las operaciones de la mente; reflexionemos, además, sobre los inmensos dolores y el tiempo que debió requerir la primera invención de las lenguas: Añadamos estas reflexiones a las anteriores, y entonces podremos juzgar cuántos miles de años han sido necesarios para desarrollar sucesivamente las operaciones que la mente humana es capaz de producir.

Ahora debo pedir permiso para detenerme un momento a considerar las perplejidades relacionadas con el origen de las lenguas. Apenas podría citar o repetir las investigaciones hechas, en relación con esta cuestión, por el abate de Condillac, que confirman plenamente mi sistema, y tal vez incluso me sugirieron la primera idea del mismo. Pero, como la manera en que este Filósofo resuelve las Dificultades de su propio Principio, sobre el Origen de los Signos arbitrarios, muestra que supone, lo que yo dudo, es decir, una especie de Sociedad ya establecida entre los Inventores de las Lenguas; creo que es mi Deber, al mismo tiempo que me refiero a sus Reflexiones, dar las mías, para exponer las mismas Dificultades en una Luz adecuada a mi Tema. La primera que se presenta es cómo pudieron ser necesarias las lenguas; porque como no había correspondencia entre los hombres, ni la menor necesidad de ella, no se concibe la necesidad de esta invención, ni la posibilidad de ella, si no fuera indispensable. Podría decir, con muchos otros, que las lenguas son el fruto de las relaciones domésticas entre padres, madres e hijos: pero esto, además de no responder a ninguna dificultad, sería cometer el mismo defecto de aquellos que, razonando sobre el Estado de Naturaleza, transfieren a éste las ideas recogidas en la Sociedad, considerando siempre a las Familias como viviendo juntas bajo un mismo Techo, y a sus Miembros como observando entre ellos una Unión, igualmente

íntima y permanente que la que vemos existir en un Estado Civil, donde tantos Intereses comunes conspiran para unirlos; mientras que en este Estado primitivo, como no había ni casas ni cabañas, ni ninguna clase de propiedad, cada uno tomaba su alojamiento al azar, y rara vez permanecía más de una noche en el mismo lugar; los hombres y las mujeres se unían sin ningún designio premeditado, ya que la casualidad, la ocasión o el deseo los unía, ni tenían ninguna gran ocasión de hablar para darse a conocer mutuamente sus pensamientos. Se separaron con la misma facilidad. (12) La madre amamantó a sus hijos, cuando acababan de nacer, por su propio bien; pero después por amor y afecto hacia ellos, cuando el hábito y la costumbre los habían hecho queridos para ella; pero apenas ganaron la fuerza suficiente para correr en busca de comida, se separaron de ella por su propia voluntad; y como apenas tenían otro método para no perderse el uno al otro, que el de permanecer constantemente a la vista del otro, pronto llegaron a tal estado de olvido, que ni siguiera se conocían, cuando se encontraron de nuevo. Debo además observar que el niño, teniendo todas sus necesidades que explicar, y por consiguiente más cosas que decir a su madre, que las que la madre puede decirle a él, es él el que tiene que hacer el mayor gasto de invención, y el lenguaje que utiliza debe ser en gran medida su propio trabajo; esto hace que el número de lenguas sea igual al de los individuos que las hablan; Y esta multiplicidad de lenguas se incrementa aún más por su tipo de vida errante y vagabunda, que no permite que ningún idioma tenga tiempo suficiente para adquirir consistencia alguna; pues decir que la madre habría dictado al niño las palabras que debe emplear para preguntarle esto y aquello, puede explicar bastante bien de qué manera se enseñan las lenguas ya formadas, pero no nos muestra de qué manera se forman por primera vez.

Supongamos que esta primera dificultad ha sido superada: Considerémonos por un momento a este lado del inmenso espacio que debió separar el estado puro de la naturaleza de aquel en que las lenguas se hicieron necesarias, y examinemos, después de admitir tal necesidad (13), cómo pudieron empezar a establecerse las lenguas: Esta es una nueva dificultad, aún más obstinada que la anterior, pues si los hombres necesitaron el habla para aprender a pensar, debieron necesitar aún más el arte de pensar para inventar el de hablar; y aunque pudiéramos concebir cómo los sonidos de la voz llegaron a ser tomados por los intérpretes convencionales de nuestras ideas, no estaríamos más cerca de saber quiénes podrían haber sido los intérpretes de esta convención para tales ideas, ya que, a consecuencia de no tener ningún objeto sensible, no podían ser manifestadas por el gesto o la voz; de modo que apenas podemos formar alguna conjetura tolerable sobre el nacimiento de este arte de comunicar nuestros pensamientos y establecer una correspondencia entre las mentes: Un arte sublime que, aunque esté tan lejos de su origen, los filósofos todavía contemplan a una distancia tan prodigiosa de su perfección, que nunca me he encontrado con uno de ellos lo suficientemente audaz como para afirmar que alguna vez llegaría allí, aunque las revoluciones producidas necesariamente por el tiempo se suspendieran a su favor; aunque el prejuicio pudiera ser desterrado, o al menos consintiera en sentarse en silencio en la presencia de nuestras Academias; y aunque estas Sociedades se consagraran, por completo y durante edades enteras, al estudio de este intrincado objeto.

El primer Lenguaje del Hombre, el más universal y más enérgico de todos los Lenguajes, en resumen, el único Lenguaje que tuvo Ocasión, antes de que hubiera Necesidad de persuadir a Multitudes reunidas, fue el Grito de la Naturaleza. Como este grito sólo se producía por una especie de instinto en los casos más urgentes, para implorar ayuda en grandes peligros o alivio en grandes sufrimientos, era de poca utilidad en las circunstancias comunes de la vida, donde generalmente prevalecen sentimientos más moderados. Cuando las ideas de los hombres empezaron a extenderse y multiplicarse, y una comunicación más estrecha comenzó a tener lugar entre ellos, se esforzaron por idear signos más numerosos, y un lenguaje más extenso: multiplicaron las

inflexiones de la voz, y les añadieron gestos, que son, en su propia naturaleza, más expresivos, y cuyo significado depende menos de cualquier determinación previa. Por lo tanto, expresaban los objetos visibles y móviles por medio de gestos, y los que golpeaban el oído, por medio de sonidos imitativos; pero como los gestos apenas indican nada, excepto los objetos que están realmente presentes o que pueden ser fácilmente descritos, y las acciones visibles; como no son de uso general, ya que la oscuridad o la interposición de un medio opaco los hace inútiles; y como además requieren atención en lugar de excitarla: Los hombres finalmente pensaron en sustituirlas por las articulaciones de la voz, las cuales, sin tener la misma relación con ningún objeto determinado, son, en calidad de signos instituidos, más aptos para representar todas nuestras ideas; una sustitución que sólo pudo hacerse por consenso común, y de una manera bastante difícil de practicar por los hombres, cuyos órganos rudos no estaban mejorados por el ejercicio; una sustitución que en sí misma es aún más difícil de concebir, ya que los motivos de este acuerdo unánime debían ser expresados de una u otra manera, y el habla parece haber sido extremadamente necesaria para establecer el uso del habla.

Debemos admitir que las palabras utilizadas por primera vez por los hombres tenían en sus mentes un significado mucho más extenso que las empleadas en las lenguas de cierto rango, y que, considerando lo ignorantes que eran de la división del habla en sus partes constituyentes, al principio dieron a cada palabra el significado de una proposición completa. Cuando después empezaron a percibir la diferencia entre el Sujeto y el Atributo, y entre el Verbo y el Sustantivo, una distinción que requería un esfuerzo de genio no despreciable, los Sustantivos durante un tiempo sólo eran otros tantos Nombres propios, el Infinitivo era el único Tiempo, y en cuanto a los Adjetivos, grandes dificultades debieron asistir al Desarrollo de la Idea que los representa, ya que todo Adjetivo es una Palabra abstracta, y la Abstracción es una Operación antinatural y muy dolorosa.

Al principio daban a cada objeto un nombre peculiar, sin tener en cuenta su género o su especie, cosas que estos primeros instituyentes del lenguaje no estaban en condiciones de distinguir; y cada individuo se presentaba solitario a sus mentes, tal como se encuentra en la tabla de la naturaleza. Si llamaban a un roble A, llamaban a otro roble B: de modo que su diccionario debía ser más extenso en proporción a su conocimiento más limitado de las cosas. No podía ser más que una tarea muy difícil deshacerse de una nomenclatura tan difusa y embarazosa, ya que para agrupar a los diversos seres bajo denominaciones comunes y genéricas, era necesario conocer primero sus propiedades y sus diferencias; estar provisto de observaciones y definiciones, es decir, entender la historia natural y la metafísica, ventajas de las que los hombres de estos tiempos no podían disfrutar.

Además, las ideas generales no pueden ser transmitidas a la mente sin la ayuda de las palabras, ni el entendimiento puede captarlas sin la ayuda de las proposiciones. Esta es una de las razones por las que los simples animales no pueden formar tales ideas, ni adquirir nunca la perfectibilidad que depende de tal operación. Cuando un mono deja sin la menor vacilación una nuez por otra, ¿debemos pensar que tiene alguna idea general de esa clase de fruta, y que compara estos dos cuerpos individuales con su noción arquetípica de ellos? No, ciertamente; pero la visión de una de estas nueces trae a su memoria las sensaciones que ha recibido de la otra; y sus ojos, modificados de cierta manera, dan aviso a su paladar de la modificación que va a recibir a su vez. Toda idea general es puramente intelectual; si la imaginación la manipula un poco, se convierte inmediatamente en una idea particular. Si intentáis representaros la imagen de un árbol en general, no podréis hacerlo nunca; a pesar de todos vuestros esfuerzos, os parecerá grande o pequeño, delgado o con mechones, de un color brillante o profundo; y si el maestro no viera en él más que lo que se ve en todos los árboles, tal imagen no se parecería a ningún árbol. Los

seres perfectamente abstractos son perceptibles de la misma manera, o sólo son concebibles con la ayuda del habla. La definición de un triángulo es la única que puede darnos una idea justa de esa figura: en el momento en que formamos un triángulo en nuestra mente, es este o aquel triángulo en particular y no otro, y no podemos evitar dar amplitud a sus líneas y color a su área. Debemos, pues, hacer uso de las proposiciones; debemos, pues, hablar para tener ideas generales; porque en el momento en que la imaginación se detiene, la mente debe detenerse también, si no es asistida por el habla. Por lo tanto, si los primeros inventores no podían dar más nombres a las ideas que los que ya tenían, se deduce que los primeros sustantivos no podían ser más que nombres propios.

Pero cuando, por medios que no puedo concebir, nuestros nuevos gramáticos empezaron a extender sus ideas y a generalizar sus palabras, la ignorancia de los inventores debió limitar este método a límites muy estrechos; y como al principio habían multiplicado demasiado los nombres de los individuos por falta de conocimiento de las distinciones llamadas género y especie, después hicieron demasiado pocos géneros y especies por falta de haber considerado a los seres en todas sus diferencias: para llevar las divisiones lo suficientemente lejos, deben haber tenido más conocimiento y experiencia de lo que podemos permitirles, y haber hecho más investigaciones y tomado más dolores, de lo que podemos suponer que están dispuestos a someterse. Ahora bien, si, incluso en la actualidad, descubrimos cada día nuevas especies que antes habían escapado a todas nuestras observaciones, ¡cuántas especies habrán escapado a la atención de los hombres que juzgaban las cosas simplemente por su primera apariencia! En cuanto a las clases primitivas y a las nociones más generales, sería superfluo añadir que también debieron pasarlas por alto: ¿cómo, por ejemplo, podrían haber pensado o comprendido las palabras Materia, Espíritu, Sustancia, Modo, Figura, Movimiento, puesto que incluso nuestros filósofos, que durante tanto tiempo han estado empleando constantemente estos términos, apenas pueden

comprenderlos, y puesto que las ideas anexas a estas palabras, siendo puramente metafísicas, no podían encontrarse modelos de ellas en la naturaleza?

Me detengo en estos primeros avances, y ruego a mis jueces que suspendan un poco su lectura, para considerar el gran camino que el lenguaje tiene todavía que recorrer, en lo que se refiere a la invención de los Sustantivos Físicos solamente, (aunque es la parte del lenguaje más fácil de inventar), para ser capaz de expresar todos los sentimientos del hombre, para asumir una forma invariable, para soportar ser hablado en público, y para influir en la sociedad: Les ruego encarecidamente que consideren cuánto tiempo y conocimiento han sido necesarios para descubrir los números, las palabras abstractas, (14) los aoristos y todos los demás tiempos de los verbos, las partículas y la sintaxis, el método de conectar las proposiciones y los argumentos, de formar toda la lógica del discurso. Por mi parte, estoy tan asustado por las dificultades que se multiplican a cada paso, y tan convencido de la casi demostrada Imposibilidad de que las Lenguas deban su Nacimiento y Establecimiento a Medios meramente humanos, que debo dejar a quien le plazca tomarla, la Tarea de discutir este difícil Problema, "¿Qué fue lo más necesario, la Sociedad ya formada para inventar las Lenguas, o las Lenguas ya inventadas para formar la Sociedad?"

Pero aunque el caso de estos orígenes sea tan misterioso, podemos al menos inferir del poco cuidado que la Naturaleza ha tenido para reunir a los hombres por medio de los deseos mutuos, y facilitarles el uso del lenguaje, lo poco que ha hecho para hacerlos sociables, y lo poco que ha contribuido a cualquier cosa que ellos mismos hayan hecho para serlo. De hecho, es imposible concebir por qué, en este estado primitivo, un hombre debería tener más ocasión de recibir la ayuda de otro, que un mono o un lobo de otro animal de la misma especie; o suponiendo que la tuviera, qué motivo podría inducir a otro a ayudarle; o incluso, en este último

caso, cómo el que quería la ayuda, y el que la quería, podrían acordar entre ellos las condiciones. Los autores, lo sé, nos dicen continuamente que en este estado el hombre habría sido una criatura muy miserable; y si es cierto, como creo que lo he demostrado, que debió continuar muchas edades sin el deseo o la oportunidad de salir de tal estado, esta afirmación sólo podría servir para justificar un cargo contra la naturaleza, y no contra el ser que la naturaleza había constituido; pero, si entiendo bien este término miserable, es una palabra que, o bien no tiene ningún significado, o bien no significa más que una privación acompañada de dolor, y un estado de sufrimiento del cuerpo o del alma: Ahora me gustaría saber qué clase de miseria puede ser la de un ser libre, cuyo corazón goza de perfecta paz, y su cuerpo de perfecta salud. ¿y cuál es la más apta para volverse insoportable para quienes la disfrutan, una Vida Civil o una Vida Natural? En la Vida Civil apenas podemos encontrar una sola Persona que no se queje de su Existencia; muchos incluso tiran todo lo que pueden de ella, y la Fuerza unida de las Leyes Divinas y Humanas apenas puede poner límites a este Desorden. ¿Se sabe de algún salvaje libre que haya estado tan tentado a quejarse de la vida y a poner manos violentas sobre sí mismo? Por lo tanto, juzguemos con menos orgullo de qué lado debe colocarse la verdadera miseria. Nada, por el contrario, debe haber sido tan infeliz como el Hombre Salvaje, deslumbrado por los destellos del Conocimiento, atormentado por las Pasiones, y razonando sobre un Estado diferente del que se veía a sí mismo. Fue consecuencia de una Providencia muy sabia, que las facultades, de las que potencialmente gozaba, no debían desarrollarse sino en la medida en que se ofrecieran Ocasiones para ejercitarlas, para que no le resultaran superfluas o molestas cuando no las necesitaba, o tardías e inútiles cuando las necesitaba. Sólo tenía en su instinto todo lo necesario para vivir en un estado de naturaleza; en su razón cultivada apenas tiene lo necesario para vivir en un estado de sociedad.

Parece a primera vista que, como no había ningún tipo de relaciones morales entre los hombres en este estado, ni deberes

conocidos, no podían ser ni buenos ni malos, y no tenían ni Vicios ni Virtudes, a menos que tomemos estas palabras en un sentido físico, y llamemos Vicios, en el individuo, a las Cualidades que pueden resultar perjudiciales para su propia Preservación, y Virtudes a las que pueden contribuir a ella; en cuyo caso nos veríamos obligados a considerar como más virtuoso a aquel que hizo menos Resistencia contra los simples Impulsos de la Naturaleza. Pero sin desviarnos del significado habitual de estos términos, es conveniente suspender el juicio que podríamos formarnos de tal situación, y estar en quardia contra los prejuicios, hasta que, con el balance en la mano, hayamos examinado si hay más virtudes o vicios entre los hombres civilizados; o si la mejora de su entendimiento es suficiente para compensar el daño que se hacen mutuamente, en la medida en que se informan mejor de los servicios que deben hacer; o si, en general, no serían mucho más felices en una condición en la que no tuvieran nada que temer o esperar de los demás, que en aquella en la que se han sometido a un servilismo universal, y se han visto obligados a depender para todo de la buena voluntad de aquellos que no se creen obligados a dar nada a cambio.

Pero, sobre todo, guardémonos de llegar a la conclusión, como Hobbes, de que el hombre, al no tener idea de la bondad, debe ser naturalmente malo; que es vicioso porque no sabe lo que es la virtud; que siempre se niega a prestar cualquier servicio a los de su propia especie, porque cree que no se les debe ninguno; que, en virtud de ese derecho que reclama con justicia a todo lo que quiere, se considera estúpidamente como propietario de todo el universo. Hobbes vio claramente los defectos de todas las definiciones modernas del derecho natural, pero las consecuencias que extrae de su propia definición muestran que, en el sentido en que él la entiende, es igualmente excepcional. Este autor, para argumentar a partir de sus propios principios, debería decir que el estado de la naturaleza, siendo aquel en el que el cuidado de nuestra propia preservación interfiere menos con la preservación de los demás, era por supuesto el más favorable a la paz, y el más adecuado para la humanidad; mientras que avanza lo contrario como consecuencia de

haber admitido imprudentemente, como objetos de ese cuidado que el hombre salvaje debe tener de su preservación, la satisfacción de innumerables pasiones que son obra de la sociedad, y que han hecho necesarias las leves. Un hombre malo, dice, es un niño robusto. Pero esto no prueba que el Hombre Salvaje sea un Niño robusto; y aunque concediéramos que lo fuera, ¿qué podría inferir este Filósofo de tal Concesión? Que si este hombre, cuando es robusto, depende de otros tanto como cuando es débil, no hay exceso del que no sea culpable. No haría nada por golpear a su madre cuando se demorara un poco en darle el pecho; arañaría, mordería y estrangularía sin remordimiento al primero de sus hermanos menores que le empujara o molestara de alguna manera. Pero estas son dos suposiciones contradictorias en el estado de la naturaleza, ser robusto y dependiente. El hombre es débil cuando es dependiente, y su propio amo antes de ser robusto. Hobbes no consideró que la misma causa que impide a los salvajes hacer uso de su razón, como pretenden nuestros jurisconsultos, les impide al mismo tiempo hacer un mal uso de sus facultades, como él mismo pretende; de modo que podemos decir que los Salvajes no son malos, precisamente porque no saben lo que es ser buenos; porque no es el Desarrollo del Entendimiento, ni el Freno de la Ley, sino la Calma de sus Pasiones y su Ignorancia del Vicio lo que les impide hacer el mal: tanto plus in illis proficit Vitiorum ignorantia, quam in his cognitio Virtutis. Hay, además, otro principio que se le ha escapado a Hobbes, y que, habiendo sido dado al hombre para moderar, en ciertas ocasiones, los ciegos e impetuosos saltos del amor propio, o el deseo de auto-preservación previo a la aparición de esa pasión, (15) alivia el ardor, con el que naturalmente persigue su bienestar privado, por un innato aborrecimiento de ver sufrir a los seres que se le parecen. No se me podrá contradecir al conceder al hombre la única virtud natural, que el más apasionado detractor de las virtudes humanas no podría negarle, es decir, la de la piedad, disposición adecuada a las criaturas débiles como nosotros y expuestas a tantos males; virtud tanto más universal y útil para el hombre, cuanto que en él tiene lugar toda clase de reflexiones; y tan natural, que las mismas bestias dan a veces señales evidentes de ella. Por no hablar de la ternura de las madres por sus crías, y de

los peligros que afrontan para protegerlas del peligro; con qué renuencia se sabe que los caballos pisotean los cuerpos vivos; un animal nunca pasa sin conmoverse ante el cadáver de otro animal de la misma especie: hay incluso algunos que otorgan una especie de sepultura a sus compañeros muertos; y los lúgubres estertores del ganado, al entrar en el matadero, publican la impresión que les causa el horrible espectáculo que allí se les ofrece. Vemos con placer que el autor de la fábula de las abejas se ve obligado a reconocer al hombre como un ser compasivo y sensible; y dejar de lado, en el ejemplo que ofrece para confirmarlo, su frío y sutil estilo, para poner ante nosotros el patético cuadro de un hombre que, con las manos atadas, se ve obligado a contemplar cómo una bestia de presa arranca a un niño de los brazos de su madre, y luego con sus dientes tritura los tiernos miembros, y con sus garras desgarra las palpitantes entrañas de la inocente víctima. ¿Qué horribles emociones no debe experimentar tal espectador al ver un evento que no le concierne personalmente? ¿Qué angustia no debe sufrir al no poder ayudar a la madre que se desmaya o al niño que expira?

Tal es el puro movimiento de la naturaleza, anterior a todo tipo de reflexión; tal es la fuerza de la piedad natural, que los modales más disolutos han encontrado tan difícil de extinguir, ya que todos los días vemos, en nuestras representaciones teatrales, a aquellos hombres que simpatizan con los desafortunados y lloran sus sufrimientos, quienes, si estuvieran en el lugar del tirano, agravarían los tormentos de sus enemigos. Mandeville era muy consciente de que los hombres, a pesar de toda su moralidad, nunca habrían sido mejores que los monstruos, si la naturaleza no les hubiera dado la piedad para ayudar a la razón: pero no percibía que de esta cualidad sola fluyen todas las virtudes sociales, que él disputaría a la humanidad la posesión. En efecto, ¿qué es la Generosidad, qué la Clemencia, qué la Humanidad, sino la Piedad aplicada a los Débiles, a los Culpables, o a la Especie Humana en general? Incluso la Benevolencia y la Amistad, si juzgamos bien, parecerán los Efectos de una Piedad constante, fijada en un Objeto particular: porque desear que una Persona no sufra, ¿qué es sino desear que

sea feliz? Aunque fuera cierto que la conmiseración no es más que un sentimiento que nos pone en el lugar del que sufre, un sentimiento oscuro pero activo en el salvaje, desarrollado pero latente en el hombre civilizado, ¿cómo podría esta noción afectar a la verdad de lo que propongo, sino para hacerla más evidente? De hecho, la conmiseración debe ser tanto más enérgica cuanto más íntimamente se identifique el animal que contempla cualquier tipo de angustia con el que la padece. Ahora bien, es evidente que esta identificación debe ser infinitamente más perfecta en el estado de naturaleza que en el estado de razón. Es la Razón la que engendra el amor propio, y la reflexión la que lo refuerza; es la Razón la que hace que el hombre se encierre en sí mismo; es la Razón la que le hace mantenerse alejado de todo lo que pueda molestarle o afligirle; es la Filosofía la que destruye sus conexiones con otros hombres; es a consecuencia de sus dictados que murmura para sí mismo al ver a otro en apuros: "Puedes perecer por lo que a mí respecta, nada puede dañarme". Nada menos que esos males, que amenazan a toda la especie, pueden perturbar el tranquilo sueño del filósofo y obligarlo a abandonar su lecho. Un hombre puede asesinar impunemente a otro bajo su ventana; no tiene más que llevarse las manos a las orejas, y discutir un poco consigo mismo para impedir que la Naturaleza, que se sobresalta en su interior, lo identifique con el infeliz sufriente. El Hombre Salvaje carece de este admirable Talento; y por falta de Sabiduría y Razón, está siempre dispuesto a obedecer tontamente los primeros Susurros de la Humanidad. En los disturbios y en las peleas callejeras, la población se reúne, y el hombre prudente se escapa. Son las heces del pueblo, los pobres cestos y las carretillas, los que separan a los combatientes e impiden que la gente gentil se corte las gargantas unos a otros.

Por lo tanto, es cierto que la piedad es un sentimiento natural que, al moderar en cada individuo la actividad del amor propio, contribuye a la preservación mutua de toda la especie. Es esta Piedad la que nos impulsa sin reflexión a socorrer a los que vemos en peligro; es esta Piedad la que, en un Estado de Naturaleza, defiende las Leyes, las Costumbres, la Virtud, con esta Ventaja, que nadie está tentado

de desobedecer su dulce y suave Voz: es esta Piedad la que siempre impedirá a un robusto salvaje despojar a un niño débil, o a un anciano enfermo, de la subsistencia que han adquirido con dolor y dificultad, si no tiene la menor perspectiva de proveerse por cualquier otro medio: es esta Piedad la que, en lugar de esa sublime máxima de la Justicia argumentativa, Haz a los demás lo que quieras que los demás te hagan a ti, inspira a todos los hombres esa otra máxima de la Bondad natural mucho menos perfecta, pero tal vez más útil, Consulta tu propia Felicidad con el menor Prejuicio que puedas para la de los demás. En una palabra, es en este sentimiento natural, más que en los argumentos bien hilados, donde debemos buscar la causa de esa reticencia que todo hombre experimentaría a hacer el mal, incluso independientemente de las máximas de la educación. Aunque la felicidad de Sócrates y de otros genios de su clase sea razonar sobre la virtud, la especie humana habría dejado de existir hace mucho tiempo si su conservación dependiera enteramente de los razonamientos de los individuos que la componen.

Con pasiones tan domesticadas y con un freno tan saludable, los hombres, más salvajes que malvados, y más atentos a protegerse del mal que a hacer algo a otros animales, no estaban expuestos a ninguna disensión peligrosa: Como no mantenían ningún tipo de correspondencia entre ellos, y eran por supuesto extraños a la vanidad, al respeto, a la estima y al desprecio; como no tenían ninguna noción de lo que llamamos Meum y Tuum, ni ninguna idea verdadera de la justicia; como consideraban cualquier violencia a la que estaban expuestos, como un mal que podía ser fácilmente reparado, y no como un daño que merecía castigo; Y como nunca soñaron con la Venganza, a menos que fuera mecánica e impremeditadamente, como un Perro que muerde la Piedra que se le ha arrojado; sus Disputas rara vez podían estar acompañadas de derramamiento de sangre, si nunca eran ocasionadas por una Estafa más considerable que la de la Subsistencia: pero hay un tema de disputa más peligroso, que no debo dejar de mencionar.

Entre las pasiones que perturban el corazón del hombre, hay una de naturaleza ardiente e impetuosa, que hace que los sexos se necesiten el uno al otro; una pasión terrible que desprecia todos los peligros, que derriba todos los obstáculos, y que en sus transportes parece que puede destruir la especie humana que está destinada a preservar. ¿Qué debe ser de los hombres abandonados a esta furia anárquica y brutal, sin pudor, sin vergüenza, y que cada día se disputan los objetos de su pasión a costa de su sangre?

Debemos admitir, en primer lugar, que cuanto más violentas son las pasiones, más necesarias son las leyes para frenarlas: pero además de que los Desórdenes y los Crímenes, a los que estas Pasiones dan lugar diariamente entre nosotros, prueban suficientemente la Insuficiencia de las Leyes para ese Propósito, haríamos bien en mirar un poco más atrás y examinar, si estos Males no surgieron con las Leyes mismas; porque a este Ritmo, aunque las Leyes fueran capaces de reprimir estos Males, es lo menos que podría esperarse de ellas, viendo que no es más que detener el Progreso de un Mal que ellas mismas han producido.

Comencemos por distinguir entre lo que es moral y lo que es físico en la Pasión llamada Amor. La parte física es el deseo general que impulsa a los sexos a unirse entre sí; la parte moral es la que determina este deseo y lo fija en un objeto particular con exclusión de todos los demás, o al menos le da un mayor grado de energía para este objeto preferido. Ahora bien, es fácil percibir que la parte moral del Amor es un Sentimiento facticio, engendrado por la Sociedad, y criado por las Mujeres con gran Cuidado y Dirección para establecer su Imperio, y asegurar el Mando a ese Sexo que debe obedecer. Este sentimiento, fundado en ciertas nociones de belleza y mérito que un salvaje no es capaz de tener, y en comparaciones que no es capaz de hacer, apenas puede existir en él: pues como su mente nunca estuvo en condiciones de formar

ideas abstractas de regularidad y proporción, ni su corazón es susceptible de sentimientos de admiración y amor, que, aun sin percibirlo, son producidos por nuestra aplicación de estas ideas; escucha únicamente las disposiciones implantadas en él por la naturaleza, y no el gusto que nunca estuvo en condiciones de adquirir; y toda mujer responde a su propósito.

Confinados enteramente a lo que es físico en el Amor, y lo suficientemente felices como para no conocer estas Preferencias que agudizan el Apetito por él, al mismo tiempo que aumentan la Dificultad de satisfacer tal Apetito, los Hombres, en un Estado de Naturaleza, deben estar sujetos a menos y menos violentos Ataques de esa Pasión, y por supuesto debe haber menos y menos violentas Disputas entre ellos en Consecuencia de ello. La imaginación, que causa tantos estragos entre nosotros, nunca habla al corazón de los salvajes, que esperan pacíficamente los impulsos de la naturaleza, ceden a estos impulsos sin elección y con más placer que furia; y cuyos deseos nunca superan su necesidad de la cosa deseada.

Por lo tanto, nada puede ser más evidente que la sociedad es la única que ha añadido al amor mismo, así como a todas las demás pasiones, ese impetuoso ardor, que tan a menudo lo hace fatal para la humanidad; Y es mucho más ridículo representar a los salvajes asesinándose constantemente para glotonear su brutalidad, ya que esta opinión es diametralmente opuesta a la experiencia, y los caribeños, el pueblo del mundo que menos se ha desviado del estado de naturaleza, son, a todos los efectos, los más pacíficos en sus amores y los menos sujetos a los celos, aunque viven en un clima ardiente que parece aumentar siempre considerablemente la actividad de estas pasiones.

En cuanto a las deducciones que pueden extraerse, con respecto a varias especies de animales, de las batallas de los machos, que en todas las estaciones cubren nuestros corrales con sangre, y en la

primavera particularmente hacen que nuestros bosques vuelvan a sonar con el ruido que hacen al disputar con sus hembras, debemos comenzar por excluir todas aquellas especies, donde la naturaleza ha establecido evidentemente, en el poder relativo de los sexos, relaciones diferentes de las que existen entre nosotros: así, de las batallas de los gallos no podemos formar ninguna inducción que afecte a la especie humana. En las Especies, donde la Proporción es mejor observada, estas Batallas deben ser debidas enteramente a la escasez de las Hembras comparadas con los Machos, o, lo que es todo uno, a los Intervalos exclusivos, durante los cuales las Hembras rechazan constantemente las Direcciones de los Machos: porque si la Hembra admite al Macho sólo dos Meses en el Año, es todo lo mismo que si el Número de Hembras fuera cinco sextos menos de lo que es: Ahora bien, ninguno de estos casos es aplicable a la especie humana, en la que el número de hembras supera generalmente al de los machos, y en la que nunca se ha observado que, incluso entre los salvajes, las hembras tuvieran, como las de otros animales, tiempos declarados de pasión e indiferencia. Además, entre varios de estos Animales toda la Especie se enciende de una vez, y durante algunos Días no se ve entre ellos más que Confusión, Tumulto, Desorden y Derramamiento de Sangre; un Estado desconocido para la Especie humana donde el Amor nunca es periódico. Por lo tanto, no podemos concluir de las batallas de ciertos animales por la posesión de sus hembras, que lo mismo sería el caso del hombre en un estado de naturaleza; y aunque pudiéramos, ya que estos concursos no destruyen a las otras especies, hay por lo menos igual espacio para pensar que no serían fatales para la nuestra; Es más, es muy probable que causen menos estragos de los que causan en la sociedad, especialmente en aquellos países en los que, siendo la moralidad todavía estimada, los celos de los amantes y la venganza de los maridos producen cada día duelos, asesinatos y crímenes aún peores; donde el deber de una fidelidad eterna sólo sirve para propagar el adulterio; y las mismas leyes de la continencia y el honor contribuyen necesariamente a aumentar la disolución y a multiplicar los abortos.

Concluyamos que el hombre salvaje, vagando por los bosques, sin industria, sin habla, sin residencia fija, igualmente extraño a la querra y a toda relación social, sin tener necesidad de sus compañeros, así como sin ningún deseo de hacerles daño, y quizás incluso sin distinguirlos individualmente unos de otros, sometido a pocas pasiones, y encontrando en sí mismo todo lo que necesita, concluyamos que el hombre salvaje en estas circunstancias no tenía más conocimientos ni sentimientos que los propios de esa condición, que sólo era consciente de sus verdaderas necesidades, que no se fijaba en nada más que en lo que le interesaba ver, y que su entendimiento progresaba tan poco como su vanidad. Si llegaba a hacer algún descubrimiento, menos podía comunicarlo, ya que ni siguiera conocía a sus hijos. El arte pereció con el inventor; no hubo ni educación ni mejora; las generaciones se sucedieron en vano; y como todos partieron constantemente del mismo punto, siglos enteros transcurrieron en la rudeza y la barbarie de la primera época; la especie envejeció, mientras el individuo seguía en estado de infancia.

Si me he extendido tanto en la suposición de esta condición primitiva, es porque he creído que era mi deber, considerando los antiguos errores y los inveterados prejuicios que tengo que extirpar, cavar hasta las mismas raíces y mostrar, en una imagen real del estado de la naturaleza, hasta qué punto la desigualdad natural no alcanza en este estado la realidad y la influencia que nuestros escritores le atribuyen.

De hecho, podemos percibir fácilmente que entre las diferencias que distinguen a los hombres, hay varias que pasan por naturales, y que son simplemente obra del hábito y de los diferentes tipos de vida adoptados por los hombres que viven en sociedad. Así, una constitución robusta o delicada, y la fuerza y la debilidad que dependen de ella, son producidas más a menudo por el modo

robusto o afeminado en que un hombre ha sido educado, que por la constitución primitiva de su cuerpo. Lo mismo ocurre con las fuerzas de la mente; y la educación no sólo produce una diferencia entre las mentes cultivadas y las que no lo son, sino que incluso aumenta la que se encuentra entre las primeras en proporción a su cultura; pues si un gigante y un enano emprenden el mismo camino, el gigante a cada paso adquirirá una nueva ventaja sobre el enano. Ahora bien, si comparamos la prodigiosa variedad en la educación y el modo de vida de los diferentes órdenes de hombres en un Estado civil, con la simplicidad y uniformidad que prevalece en la vida animal y salvaje, donde todos los individuos hacen uso de los mismos alimentos, viven de la misma manera, y hacen exactamente las mismas cosas, fácilmente concebiremos cuánta es la diferencia entre hombre y hombre en el estado de naturaleza que en el estado de sociedad, y cuánto toda desigualdad de institución debe aumentar las desigualdades naturales de la especie humana.

Pero aunque la Naturaleza, en la distribución de sus dones, afecte realmente a todas las preferencias que se le atribuyen, ¿qué ventaja podría obtener el más favorecido de su parcialidad, en perjuicio de los demás, en un estado de cosas que apenas admite ningún tipo de relación entre sus alumnos? ¿De qué puede servir la belleza si no hay amor? ¿De qué servirá el ingenio a las personas que no hablan, o a los que no tienen asuntos que tratar? Los autores gritan constantemente que los más fuertes oprimen a los más débiles; pero que expliquen lo que quieren decir con la palabra opresión. Un hombre gobernará con violencia, otro gemirá bajo una constante sujeción a todos sus caprichos: esto es, en efecto, precisamente lo que observo entre nosotros, pero no veo cómo puede decirse de los hombres salvajes, en cuyas cabezas sería difícil introducir incluso el significado de las palabras dominación y servidumbre. Un hombre puede, en efecto, apoderarse de los frutos que otro ha recogido, de la caza que otro ha matado, de la caverna que otro ha ocupado como refugio; pero ¿cómo es posible que le exija obediencia, y qué cadenas de dependencia puede haber entre hombres que no poseen nada? Si soy expulsado de un árbol, no tengo nada que

hacer sino buscar otro; si un lugar se me hace incómodo, ¿qué puede impedirme que tome mi habitación en otra parte? Pero supongamos que me encuentro con un hombre tan superior a mí en fuerza, y además tan malvado, tan perezoso y tan bárbaro como para obligarme a proveer a su subsistencia mientras él permanece ocioso; debe resolver no apartar sus ojos de mí ni un solo momento, para atarme antes de que pueda tomar la menor siesta, no sea que yo lo mate o le dé un resbalón durante su sueño: es decir, debe exponerse voluntariamente a problemas mucho mayores que los que busca evitar, que cualquiera que me dé. Y después de todo, que disminuya siempre un poco su vigilancia; que ante algún ruido repentino no haga más que girar la cabeza en otra dirección; ya estoy enterrado en el bosque, mis grilletes están rotos, y no me vuelve a ver.

Pero sin insistir más en estos detalles, todo el mundo debe ver que, como los lazos de la servidumbre se forman simplemente por la dependencia mutua de los hombres y las necesidades recíprocas que los unen, es imposible que un hombre esclavice a otro, sin haberlo reducido primero a una condición en la que no pueda vivir sin la ayuda del esclavizador; una condición que, como no existe en un estado de naturaleza, debe dejar a cada hombre como su propio amo, y hacer que la ley del más fuerte sea totalmente vana e inútil.

Habiendo demostrado que la desigualdad, que puede subsistir entre el hombre y el hombre en un estado de naturaleza, es casi imperceptible, y que tiene muy poca influencia, debo ahora proceder a mostrar su origen y trazar su progreso, en los sucesivos desarrollos de la mente humana. Después de haber demostrado que la perfectibilidad, las virtudes sociales y las demás facultades que el hombre natural ha recibido en potencia, nunca podrían desarrollarse por sí mismas, y que para ello era necesaria la concurrencia fortuita de varias causas extrañas, que nunca podrían ocurrir, y sin las cuales habría permanecido eternamente en su condición primitiva; Debo proceder a considerar y reunir los diferentes Accidentes que

pueden haber perfeccionado el Entendimiento humano degradando la Especie, hacer a un Ser malvado haciéndolo sociable, y desde un Término tan remoto llevar al Hombre al fin y al Mundo al punto en que ahora los vemos.

Debo admitir que, como los acontecimientos que voy a describir podrían haber sucedido de muchas maneras diferentes, mi elección de las que asignaré no puede basarse más que en meras conjeturas; Pero además de que estas conjeturas se convierten en razones, cuando no sólo son las más probables que pueden extraerse de la naturaleza de las cosas, sino el único medio que podemos tener para descubrir la verdad, las consecuencias que quiero deducir de las mías no serán meramente conjeturales, ya que, sobre los principios que acabo de establecer, es imposible formar cualquier otro sistema que no me proporcione los mismos resultados, y del que no pueda extraer las mismas conclusiones.

Esto me autorizará a ser más conciso en mis reflexiones sobre la manera en que el lapso de tiempo compensa la escasa verosimilitud de los acontecimientos; sobre el sorprendente poder de causas muy triviales, cuando actúan sin interrupción; sobre la imposibilidad de destruir ciertas hipótesis, si por otra parte no podemos darles el grado de certeza que los hechos deben poseer; en que es asunto de la Historia, cuando se proponen dos Hechos, como reales, para ser conectados por una Cadena de Hechos intermedios que son desconocidos o considerados como tales, proporcionar tales Hechos que puedan realmente conectarlos; y el asunto de la Filosofía, cuando la Historia está en silencio, señalar Hechos similares que puedan responder al mismo Propósito; en fin, en el Privilegio de la Similitud, en lo que respecta a los Eventos, para reducir los Hechos a un Número mucho menor de clases diferentes de lo que generalmente se imagina. Me basta con ofrecer estos objetos a la consideración de mis jueces; me basta con haber conducido mi investigación de tal manera que ahorre a los lectores comunes la molestia de considerarlos.

SEGUNDA PARTE

El primer hombre que, después de cercar un trozo de tierra, se tomó la molestia de decir: "Esto es mío", y encontró gente lo suficientemente sencilla como para creerle, fue el verdadero fundador de la sociedad civil. Cuántos Crímenes, cuántas Guerras, cuántos Asesinatos, cuántas Desgracias y Horrores, habría ahorrado a la Especie Humana ese Hombre, que tirando de las Estacas o llenando las Zanjas debería haber gritado a sus Compañeros: No escuchéis a este impostor; estáis perdidos, si olvidáis que los frutos de la tierra nos pertenecen a todos por igual, y la tierra misma a nadie. Pero es muy probable que las cosas hayan llegado a tal punto, que no puedan continuar por mucho tiempo de la misma manera; pues como esta idea de propiedad depende de varias ideas anteriores que sólo podían surgir gradualmente una tras otra, no se formó de una sola vez en la mente humana; Los hombres deben haber hecho un gran progreso; deben haber adquirido un gran stock de Industria y Conocimiento, y haberlo transmitido y aumentado de Edad en Edad antes de que pudieran llegar a este último término del Estado de Naturaleza. Por lo tanto, vamos a tomar las cosas un poco más alto, y recoger en un punto de vista, y en su orden más natural, esta lenta sucesión de eventos y mejoras mentales.

El primer sentimiento del hombre fue el de su existencia, su primer cuidado el de preservarla. Las producciones de la Tierra le proporcionaron toda la ayuda que necesitaba, el instinto le impulsó a hacer uso de ellas. Entre los diversos apetitos que le hacían experimentar en diferentes momentos diferentes modos de existencia, había uno que le incitaba a perpetuar su especie; y esta propensión ciega, totalmente vacía de cualquier cosa como el amor o el afecto puro, no produjo más que un acto que era meramente animal. Una vez calmado el calor presente, los sexos no se fijaron más el uno en el otro, e incluso el niño dejó de tener ningún vínculo con su madre, en el momento en que dejó de necesitar su ayuda.

Tal era la condición del hombre infante; tal era la vida de un animal confinado al principio a puras sensaciones, y tan lejos de albergar cualquier pensamiento de forzar sus regalos de la naturaleza, que apenas se aprovechaba de los que ella le ofrecía por su propia voluntad. Pero pronto surgieron dificultades, y hubo necesidad de aprender a superarlas: la altura de algunos árboles, que le impedía alcanzar sus frutos; la competencia de otros animales igualmente aficionados a los mismos frutos; la ferocidad de muchos que incluso apuntaban a su vida; éstas eran otras tantas circunstancias, que le obligaron a aplicarse al ejercicio corporal. Había una necesidad de volverse activo, rápido y robusto en la batalla. Las armas naturales, que son las piedras y las ramas de los árboles, pronto se ofrecieron a su ayuda. Aprendió a superar los obstáculos de la naturaleza, a contender en caso de necesidad con otros animales, a disputar su subsistencia incluso con otros hombres, o a indemnizarse por la pérdida de lo que se viera obligado a ceder al más fuerte.

En la medida en que la especie humana se hizo más numerosa y se extendió, sus dolores también se multiplicaron y aumentaron. La diferencia de suelos, climas y estaciones, podría haber obligado a los hombres a observar alguna diferencia en su forma de vida. Las malas cosechas, los inviernos largos y severos, y los veranos abrasadores que resecaban todos los frutos de la tierra, requerían extraordinarios esfuerzos de la industria. En la orilla del mar y en las riberas de los ríos, inventaron el sedal y el anzuelo, y se convirtieron

en pescadores e ictiófagos. En los bosques se fabricaron arcos y flechas y se convirtieron en cazadores y guerreros. En los países fríos se cubrieron con las pieles de las bestias que habían matado; un trueno, un volcán o algún feliz accidente les hizo conocer el fuego, un nuevo recurso contra los rigores del invierno: descubrieron el método de conservar este elemento, luego el de reproducirlo y, por último, la forma de preparar con él la carne de los animales, que hasta entonces devoraban cruda del cadáver.

Esta aplicación reiterada de varios seres a sí mismo, y entre sí, debe haber engendrado naturalmente en la mente del hombre la idea de ciertas relaciones. Estas relaciones, que expresamos con las palabras grande, pequeño, fuerte, débil, rápido, lento, temeroso, audaz y otras similares, comparadas ocasionalmente, y casi sin pensarlo, produjeron en él una especie de reflexión, o más bien una prudencia mecánica, que le señaló las precauciones más esenciales para su preservación y seguridad.

Las nuevas luces resultantes de este desarrollo aumentaron su superioridad sobre los demás animales, haciéndole consciente de ello. Se propuso atraparlos; les hizo mil trucos; y aunque varios lo superaban en fuerza o en rapidez, con el tiempo se convirtió en el amo de los que podían serle útiles, y en un gran enemigo de los que podían hacerle algún daño. Es así que la primera mirada que dio a sí mismo le produjo la primera emoción de orgullo; es así que, en un momento en que apenas sabía cómo distinguir entre los diferentes rangos de la existencia, atribuyendo a su especie el primer rango entre los animales en general, se preparó a distancia para pretenderlo como un individuo entre los de su propia especie en particular.

Aunque los otros hombres no eran para él lo que son para nosotros, y apenas tenía más relación con ellos que con los otros animales, no los pasaba por alto en sus observaciones. Las conformidades que con el tiempo pudo descubrir entre ellos, y entre él y su hembra, le hicieron juzgar las que no percibía; y viendo que todos se comportaban como él mismo lo habría hecho en circunstancias similares, concluyó que su manera de pensar y de querer era bastante conforme a la suya; y esta importante verdad, una vez grabada profundamente en su mente, le hizo seguir, por un presentimiento tan seguro como cualquier lógica, y al mismo tiempo mucho más rápido, las mejores reglas de conducta que, en aras de su propia seguridad y ventaja, debía observar con ellos.

Instruido por la experiencia de que el amor a la felicidad es el único principio de todas las acciones humanas, se encontró en condiciones de distinguir los pocos casos en los que el interés común podía autorizarle a recurrir a la ayuda de sus compañeros, y aquellos otros, aún menos, en los que una competencia de intereses podía hacerla sospechosa. En el primer caso, se unía a ellos en el mismo rebaño, o a lo sumo en una especie de asociación libre que no obligaba a ninguno de sus miembros, y que no duraba más que la necesidad transitoria que la había originado. En el segundo caso, cada uno buscaba su propia ventaja privada, ya sea por medio de la fuerza abierta si se encontraba lo suficientemente fuerte, o por medio de la astucia y la dirección si se consideraba demasiado débil para usar la violencia.

Tal era la manera en que los hombres podían haber adquirido insensiblemente alguna idea aproximada de sus compromisos mutuos y de la ventaja de cumplirlos, pero esto sólo en la medida en que su interés presente y sensible lo requería; pues en cuanto a la previsión eran completamente extraños a ella, y lejos de preocuparse por un futuro lejano, apenas pensaban en el día siguiente. ¿Había que cazar un ciervo? Cada uno veía que para tener éxito debía permanecer fielmente en su puesto; pero suponiendo que una liebre se deslizara al alcance de alguno de ellos, no cabe duda de que la perseguiría sin escrúpulos, y cuando

hubiera capturado su presa nunca se reprocharía haber hecho perder la suya a sus compañeros.

Podemos concebir fácilmente que semejante relación no requería un lenguaje más refinado que el de los cuervos y los monos, que se reúnen casi de la misma manera. Exclamaciones inarticuladas, un gran número de gestos y algunos sonidos imitativos, deben haber sido durante mucho tiempo el lenguaje universal de la humanidad, y uniendo a estos en cada país algunos sonidos articulados y convencionales, de los cuales, como ya he insinuado, no es muy fácil explicar la institución, surgieron lenguas particulares, pero rudas, imperfectas, y tan parecidas a las que se encuentran hoy en día entre varias naciones salvajes. Mi pluma, alargada por la rapidez del tiempo, la abundancia de cosas que tengo que decir y el progreso casi insensible de las primeras mejoras, vuela como una flecha sobre innumerables épocas; pues cuanto más lenta es la sucesión de los acontecimientos, más rápido puedo permitirme relatarlos.

Al final, estas primeras mejoras permitieron al hombre mejorar a un ritmo mayor. La industria se perfeccionó en proporción a la iluminación de la mente. Los hombres, que pronto dejaron de dormirse bajo el primer árbol o de refugiarse en la primera caverna, encontraron algunas piedras duras y afiladas, parecidas a las palas o a las hachas, y las emplearon para cavar el suelo, cortar árboles y construir chozas con las ramas, que luego pensaron en recubrir con arcilla o tierra. Esta fue la Epocha de una primera Revolución, que produjo el Establecimiento y la Distinción de las Familias, y que introdujo una Especie de Propiedad, y junto con ella quizás mil Peleas y Batallas. Como los más fuertes, sin embargo, fueron probablemente los primeros en hacerse cabañas, que sabían que eran capaces de defender, podemos concluir que a los débiles les resultó mucho más corto y seguro imitarlos, que intentar desalojarlos: Y en cuanto a los que ya estaban provistos de cabañas, nadie podía tener una gran tentación de apoderarse de la

de su vecino, no tanto porque no le perteneciera, sino porque no podía serle útil; y como además para hacerse dueño de ella, debía exponerse a un conflicto muy agudo con los actuales ocupantes.

Los primeros desarrollos del corazón fueron los efectos de una nueva situación, que unió a maridos y esposas, padres e hijos, bajo un mismo techo; el hábito de vivir juntos dio lugar a los sentimientos más dulces que la especie humana conoce, el amor conyugal y paternal. Cada familia se convirtió en una pequeña sociedad, tanto más firmemente unida cuanto que el apego mutuo y la libertad eran sus únicos lazos; y fue ahora cuando los sexos, cuyo modo de vida había sido hasta entonces el mismo, empezaron a adoptar modos y costumbres diferentes. Las mujeres se volvieron más sedentarias y se acostumbraron a quedarse en casa y a cuidar de los niños, mientras que los hombres salían a buscar el sustento para toda la familia. Los dos sexos, al vivir un poco más tranquilos, empezaron a perder algo de su habitual ferocidad y robustez, pero si por un lado los individuos se volvieron menos capaces de enfrentarse por separado a las bestias salvajes, por otro lado se unieron más fácilmente para hacer una resistencia común contra ellas.

En este nuevo estado de cosas, la simplicidad y soledad de la vida del hombre, la limitación de sus necesidades y los instrumentos que había inventado para satisfacerlas, le dejaban mucho tiempo libre, que empleó para proveerse de varias comodidades desconocidas por sus antepasados; y éste fue el primer yugo que se impuso inadvertidamente a sí mismo, y la primera fuente de maldad que preparó para sus hijos; pues además de continuar ablandando el cuerpo y la mente, estas comodidades, al perder con el uso casi toda su aptitud para agradar, e incluso degenerar en verdaderas necesidades, la privación de ellas se hizo mucho más intolerable de lo que había sido agradable su posesión; perderlas era una desgracia, poseerlas no era una felicidad.

Aquí podemos descubrir un poco mejor cómo el uso del lenguaje comienza o mejora insensiblemente en el seno de cada familia, y también podemos formar conjeturas sobre la manera en que diversas causas particulares pueden haber propagado el lenguaje y acelerado su progreso haciéndolo cada día más necesario. Grandes inundaciones o terremotos rodearon los distritos habitados con agua o precipitaciones. Porciones del continente fueron arrancadas y divididas en islas por las revoluciones del globo. Es obvio que entre los hombres así reunidos, y obligados a vivir juntos, debió surgir una lengua común mucho antes que entre los que vagaban libremente por los bosques de la tierra principal. Por lo tanto, es muy posible que los habitantes de las islas formados de esta manera, después de sus primeros ensayos en la navegación, trajeran entre nosotros el uso del lenguaje; y es muy probable, al menos, que la sociedad y las lenguas comenzaran en las islas, e incluso adquirieran perfección allí, antes de que los habitantes del continente conocieran algo de ambos.

Ahora todo empieza a tener un nuevo aspecto. Aquellos que hasta ahora vagaban por los bosques, al adoptar un modo de vida más estable, gradualmente se reúnen, se unen en varios cuerpos separados, y al final forman en cada país distintas naciones, unidas en carácter y costumbres, no por ninguna ley o reglamento, sino por un modo de vida uniforme, una igualdad de provisiones y la influencia común del clima. Una vecindad permanente debe al final crear infaliblemente alguna conexión entre las diferentes familias. El comercio transitorio requerido por la naturaleza pronto produjo, entre los jóvenes de ambos sexos que vivían en cabañas contiguas, otro tipo de comercio, que además de ser igualmente agradable, se hace más duradero por la relación mutua. Los hombres comienzan a considerar diferentes objetos y a hacer comparaciones; insensiblemente adquieren ideas de mérito y belleza, y éstas pronto producen sentimientos de preferencia. Al verse a menudo, adquieren un hábito que hace que les resulte penoso no verse siempre. Los sentimientos tiernos y agradables se cuelan en el alma, y la menor oposición los convierte en la furia más impetuosa:

Los celos se encienden con el Amor; la Discordia triunfa; y la más suave de las Pasiones requiere Sacrificios de Sangre humana para apaciguarla.

En la medida en que las Ideas y los Sentimientos se suceden, y la Cabeza y el Corazón se ejercitan, los Hombres continúan sacudiéndose de su Salvajismo original, y sus Conexiones se hacen más íntimas y extensas. Ahora comienzan a reunirse alrededor de un gran Árbol: El canto y el baile, auténticos frutos del amor y el ocio, se convierten en la diversión o más bien en la ocupación de los hombres y mujeres, libres de preocupaciones, así reunidos. Cada uno comienza a observar a los demás, y desea ser observado por ellos mismos; y la estima pública adquiere un valor. El que mejor canta o baila, el más guapo, el más fuerte, el más hábil, el más elocuente, llega a ser el más respetado: este fue el primer paso hacia la desigualdad, y al mismo tiempo hacia el vicio. De estas primeras preferencias surgieron, por un lado, la vanidad y el desprecio, y, por otro, la envidia y la vergüenza; y la fermentación suscitada por estas nuevas levaduras produjo finalmente combinaciones fatales para la felicidad y la inocencia.

Tan pronto como los hombres empezaron a valorarse mutuamente y a saber lo que era la estima, cada uno reclamó su derecho, y ya no era seguro para ningún hombre negárselo a otro. De ahí los primeros deberes de urbanidad y cortesía, incluso entre los salvajes; y de ahí que toda injuria voluntaria se convirtiera en una afrenta, ya que además del perjuicio que se derivaba de ella como injuria, la parte ofendida estaba segura de encontrar en ella un desprecio hacia su persona más intolerable que la propia injuria. Es así como cada hombre, castigando el desprecio expresado por otros hacia él en proporción al valor que él mismo se daba, los efectos de la venganza se volvieron terribles, y los hombres aprendieron a ser sanguinarios y crueles. Tal fue precisamente el grado alcanzado por la mayoría de las naciones salvajes que conocemos. Y es por la falta de ideas suficientemente diferenciadas, y por la observación de

la gran distancia a la que se encontraban estos pueblos del primer estado de la naturaleza, por lo que muchos autores se han apresurado a concluir que el hombre es naturalmente cruel, y que requiere un sistema regular de policía para ser recuperado; mientras que nada puede ser más gentil que él en su estado primitivo, cuando es colocado por la Naturaleza a igual distancia de la estupidez de los brutos, y del pernicioso buen sentido del hombre civilizado; e igualmente confinado por el Instinto y la Razón al Cuidado de proveer contra el Mal que lo amenaza, es retenido por la Compasión natural de hacer cualquier Daño a otros, tan lejos de ser siempre tan poco propenso incluso a devolver lo que ha recibido. Porque según el axioma del sabio Locke, donde no hay propiedad, no puede haber daño.

Pero debemos tener en cuenta que la sociedad ahora formada y las relaciones ahora establecidas entre los hombres requerían en ellos cualidades diferentes de las que derivaban de su constitución primitiva; que como el sentido de la moralidad comenzó a insinuarse en las acciones humanas, y cada hombre, antes de la promulgación de las leyes, era el único juez y vengador de los daños que había recibido, esa bondad de corazón adecuada al estado puro de la naturaleza de ninguna manera se adaptaba a la sociedad infantil; que era necesario que los castigos se volvieran más severos en la misma proporción en que las oportunidades de delinquir se volvían más frecuentes, y que el temor a la venganza añadiera fuerza al freno demasiado débil de la Ley. Así, aunque los hombres se volvieran menos pacientes, y la compasión natural hubiera sufrido ya alguna alteración, este período del desarrollo de las facultades humanas, que mantenía un justo medio entre la indolencia del estado primitivo y la petulante actividad del amor propio, debió ser la época más feliz y duradera. Cuanto más reflexionemos sobre este estado, más convencidos estaremos de que era el menos sujeto a las revoluciones, el mejor para el hombre, (16) y que nada podría haberle sacado de él sino algún accidente fatal, que, por el bien público, nunca debería haber ocurrido. El ejemplo de los salvajes, la mayoría de los cuales han sido encontrados en esta condición,

parece confirmar que la humanidad fue formada para permanecer siempre en ella, que esta condición es la verdadera juventud del mundo, y que todas las mejoras posteriores han sido otros tantos pasos, en apariencia hacia la perfección de los individuos, pero en realidad hacia la decadencia de la especie.

Mientras los hombres siguieron satisfechos con sus rústicas cabañas; mientras se limitaron a usar ropas hechas con pieles de otros animales, y a usar espinas y huesos de pescado para unir estas pieles; mientras siguieron considerando las plumas y las conchas como adornos suficientes, y pintando sus cuerpos de diferentes colores, mejorando o adornando sus arcos y flechas, formando y sacando con piedras afiladas algunos pequeños barcos de pesca, o torpes instrumentos de música; En una palabra, mientras emprendían las obras que una sola persona podía terminar, y se dedicaban a las artes que no requerían el esfuerzo conjunto de varias manos, vivían libres, sanos, honestos y felices, tanto como su naturaleza lo permitía, y continuaban disfrutando entre sí de todos los placeres de una relación independiente; pero desde el momento en que un hombre comenzó a necesitar la ayuda de otro; desde el momento en que parecía una ventaja para un hombre poseer la cantidad de provisiones necesarias para dos, toda la igualdad se desvaneció; la propiedad se puso en marcha; el trabajo se hizo necesario; y los bosques ilimitados se convirtieron en campos sonrientes, que se vio la necesidad de regar con el sudor humano, y en los que la esclavitud y la miseria pronto se vieron brotar y crecer con los frutos de la tierra.

La metalurgia y la agricultura fueron las dos artes cuya invención produjo esta gran revolución. Para el poeta, son el oro y la plata, pero para el filósofo, son el hierro y el maíz, los que han civilizado a los hombres y arruinado a la humanidad. En consecuencia, tanto uno como otro eran desconocidos por los salvajes de América, que por esa misma razón siempre han seguido siendo salvajes; es más, otras naciones parecen haber continuado en un estado de barbarie,

mientras seguían ejerciendo una sola de estas artes sin la otra; y tal vez una de las mejores razones que se pueden asignar, por la que Europa ha sido, si no antes, al menos más constantemente y mejor civilizada que las otras partes del mundo, es que ella es la que más abunda en hierro y está mejor calificada para producir maíz.

Es muy difícil decir cómo los hombres llegaron a conocer el hierro y el arte de emplearlo, ya que no podemos suponer que pensaran en extraerlo de la mina y prepararlo para la fusión antes de saber cuál sería el resultado de tal proceso. Por otra parte, hay menos razón para atribuir este descubrimiento a un fuego accidental, ya que las minas no se forman en ningún lugar sino en lugares secos y estériles, y en los que no hay árboles ni plantas, de modo que parece que la naturaleza se ha esforzado por ocultarnos un secreto tan malicioso. Por lo tanto, no queda más que la extraordinaria circunstancia de algún Vulcano, que arrojando sustancias metálicas ya fundidas, podría haber dado a los espectadores la idea de imitar esa operación de la naturaleza; y después de todo, debemos suponer que estaban dotados de una extraordinaria reserva de valor y previsión para emprender un trabajo tan doloroso, y tener, a tan gran distancia, un ojo para las ventajas que podrían derivar de él; Cualidades apenas adecuadas sino para las cabezas más ejercitadas, que las de tales descubridores pueden suponerse que han sido.

En cuanto a la agricultura, sus principios se conocían mucho antes de que se practicara, y no es posible que los hombres, constantemente empleados en obtener su subsistencia de los árboles y las plantas, no hayan dado pronto con los medios empleados por la naturaleza para la generación de vegetales; pero con toda probabilidad fue muy tarde antes de que su industria tomara ese camino, ya sea porque los árboles, que con su tierra y su juego de agua les proporcionaban suficiente alimento, no requerían su atención; o porque no conocían el uso del maíz; o porque no tenían instrumentos para cultivarlo; o porque estaban

desprovistos de previsión con respecto a las necesidades futuras; o en fin, porque querían medios para impedir que otros huyeran con el fruto de sus trabajos. Podemos creer que al volverse más industriosos comenzaron su agricultura cultivando con piedras afiladas y palos puntiagudos unos pocos pulgares o raíces alrededor de sus cabañas; y que pasó mucho tiempo antes de que conocieran el método de preparar el maíz y se proveyeran de los instrumentos necesarios para cultivarlo en grandes cantidades; por no hablar de la necesidad, para seguir esta ocupación y sembrar tierras, de consentir en perder algo en el presente para ganar mucho en el futuro; una precaución muy extraña al giro de la mente del hombre en un estado salvaje, en el que, como ya he notado, apenas puede prever sus necesidades de la mañana a la noche.

Por esta razón, la invención de otras artes debe haber sido necesaria para obligar a la humanidad a aplicarse a la agricultura. Tan pronto como se necesitaron hombres para fundir y forjar el hierro, se necesitaron otros para mantenerlos. Cuantas más manos se empleaban en las manufacturas, menos manos quedaban para proveer la subsistencia de todos, aunque el número de bocas que debían ser abastecidas con alimentos continuaba siendo el mismo; y como algunos requerían productos básicos a cambio de su hierro, el resto finalmente descubrió el método de hacer que el hierro sirviera para la multiplicación de los productos básicos. De ahí, por un lado, la ganadería y la agricultura y, por otro, el arte de trabajar los metales y de multiplicar sus usos.

A la labranza de la tierra sucedió necesariamente la distribución de la misma, y a la propiedad se le reconocieron una vez las primeras reglas de la justicia: pues para asegurar a cada hombre lo suyo, cada uno debe tener algo. Además, cuando los hombres empezaron a extender su visión hacia el futuro, y todos se encontraron en posesión de más o menos bienes susceptibles de perderse, cada uno en particular tuvo razones para temer que se le hicieran represalias por cualquier daño que pudiera hacer a otros.

Este origen es tanto más natural cuanto que es imposible concebir cómo la propiedad puede provenir de otra fuente que no sea la industria; pues ¿qué puede añadir un hombre sino su trabajo a cosas que no ha hecho, para adquirir una propiedad sobre ellas? Sólo el trabajo de las manos, que da al agricultor un título de propiedad sobre el producto de la tierra que ha cultivado, le da un título de propiedad sobre la propia tierra, al menos hasta que haya recogido los frutos de la misma, y así sucesivamente de año en año; y este disfrute que forma una posesión continua se transforma fácilmente en una propiedad. Los antiguos, dice Grocio, al dar a Ceres el epíteto de Legisladora, y a un festival celebrado en su honor el nombre de Tesmoforia, insinuaron que la distribución de las tierras producía un nuevo tipo de derecho; es decir, el derecho de propiedad diferente del que resulta de la ley de la naturaleza.

Las cosas así circunstanciadas podrían haber permanecido iguales, si los talentos de los hombres hubieran sido iguales, y si, por ejemplo, el uso del hierro y el consumo de productos básicos hubieran guardado siempre una proporción exacta entre sí; pero como esta proporción no tenía apoyo, pronto se rompió. El hombre que tenía más fuerza realizaba más trabajo; el más hábil aprovechaba mejor su trabajo; el más ingenioso encontraba métodos para disminuir su trabajo; el agricultor requería más hierro, o el herrero más maíz, y aunque ambos trabajaban por igual, uno ganaba mucho con su trabajo, mientras que el otro apenas podía vivir de él. Es así como la desigualdad natural se despliega insensiblemente con la que surge de una variedad de combinaciones, y que la diferencia entre los hombres, desarrollada por la diferencia de sus circunstancias, se hace más sensible, más permanente en sus efectos, y comienza a influir en la misma proporción en la condición de las personas privadas.

Una vez que las cosas han llegado a este período, es fácil imaginar el resto. No me detendré a describir las sucesivas invenciones de otras artes, el progreso del lenguaje, la prueba y el empleo de los talentos, la desigualdad de las fortunas, el uso o el abuso de las riquezas, ni todos los detalles que siguen a estos, y que cada uno puede suplir fácilmente. Me limitaré a dar un vistazo a la humanidad situada en este nuevo orden de cosas.

Contemplad entonces todas nuestras facultades desarrolladas; nuestra memoria e imaginación trabajando; el amor propio interesado; la razón activa; y la mente casi llegada a los límites máximos de la perfección de la que es capaz. Contemplad todas nuestras cualidades naturales puestas en movimiento; el rango y la condición de cada hombre establecidos, no sólo en cuanto a la cantidad de propiedad y el poder de servir o dañar a otros, sino también en cuanto al genio, la belleza, la fuerza o la dirección, el mérito o los talentos; y como éstas eran las únicas cualidades que podían imponer respeto, se encontró que era necesario tenerlas o al menos afectarlas. Era necesario que los hombres fueran considerados como lo que realmente no eran. Ser y parecer se convirtieron en dos cosas muy diferentes, y de esta distinción surgieron la pompa y la bajeza, y todos los vicios que forman su tren. Por otra parte, el hombre, hasta entonces libre e independiente, estaba ahora, como consecuencia de una multitud de nuevas necesidades, sometido, por así decirlo, a toda la naturaleza, y especialmente a sus compañeros, de los que en cierto modo se convirtió en esclavo, incluso al convertirse en su amo; si era rico, necesitaba sus servicios, si era pobre, su ayuda; incluso la propia mediocridad no podía permitirle prescindir de ellos. Por lo tanto, debía estar continuamente trabajando para interesarlos en su felicidad, y hacerlos, si no realmente, al menos aparentemente, encontrar su ventaja en trabajar para la suya: esto lo hizo astuto y astuto en sus tratos con algunos, imperioso y cruel en sus tratos con otros, y lo puso bajo la necesidad de usar mal a todos aquellos de los que tenía necesidad, siempre que no pudiera convencerlos de que cumplieran con su voluntad, y no encontrara su interés en comprarla a expensas de servicios reales. En fin, una insaciable Ambición, la Furia de aumentar sus relativas Fortunas, no tanto por verdadera Necesidad, como para sobrepasar a los demás, inspiran

a todos los Hombres una malvada Inclinación a perjudicarse mutuamente, y con una secreta Celosía tanto más peligrosa, como para llevar su Punto con la mayor Seguridad que a menudo pone en la Cara de la Benevolencia. En una palabra, a veces no se veía otra cosa que una Contención de Esfuerzos por un lado, y una Oposición de Intereses por el otro, mientras prevalecía constantemente un secreto Deseo de prosperar a expensas de otros. Tales fueron los primeros efectos de la propiedad y los asistentes inseparables de la desigualdad infantil.

La riqueza, antes de la invención de los signos para representarla, apenas podía consistir en otra cosa que en tierras y ganado, los únicos bienes reales que los hombres pueden poseer. Pero cuando los estados aumentaron tanto en número y en extensión como para abarcar países enteros y tocarse unos a otros, se hizo imposible que un hombre se engrandeciera si no era a costa de algún otro; y los habitantes supernumerarios, que eran demasiado débiles o demasiado indolentes para hacer tales adquisiciones a su vez, empobrecidos sin perder nada, porque mientras todo a su alrededor cambiaba sólo ellos permanecían igual, se vieron obligados a recibir o forzar su subsistencia de las manos de los ricos. Y así comenzó a fluir, según los diferentes caracteres de cada uno, la dominación y la esclavitud, o la violencia y la rapiña. Los ricos, por su parte, apenas empezaron a probar el placer de mandar, cuando lo prefirieron a cualquier otro; y sirviéndose de sus antiguos esclavos para adquirir otros nuevos, ya no pensaron en otra cosa que en someter y esclavizar a sus vecinos; como esos lobos voraces, que habiendo probado una vez la carne humana, desprecian cualquier otro alimento, y no devoran más que hombres para el futuro.

Es así que los más poderosos o los más miserables, considerando respectivamente su poder y su miseria como una especie de Título sobre la Sustancia de los demás, incluso equivalente al de la Propiedad, la Igualdad una vez rota fue seguida por los más escandalosos Desórdenes. Es así que las Usurpaciones

de los Ricos, los Saqueos de los Pobres, y las Pasiones desenfrenadas de todos, al sofocar los Gritos de la Compasión natural, y la aún débil Voz de la Justicia, hicieron al Hombre avaro, malvado y ambicioso. Surgió entre el título del más fuerte y el del primer ocupante un conflicto perpetuo, que siempre terminaba en batería y derramamiento de sangre. (17) La sociedad infantil se convirtió en un escenario de la más horrible guerra: La humanidad, así degradada y acosada, y sin poder ya retirarse o renunciar a las infelices adquisiciones que había hecho; trabajando, en resumen, meramente para su confusión por el abuso de esas facultades, que en sí mismas le hacen tanto honor, se llevó a sí misma al borde mismo de la ruina y la destrucción.

Attonitus novitate mali, divesque miserque,

Effugere optat opes; & quæ modò voverat, odit.

Pero es imposible que los hombres no hayan reflexionado tarde o temprano sobre una situación tan miserable y sobre las calamidades con las que estaban abrumados. Los ricos, en particular, debieron percibir pronto cuánto sufrían por una guerra perpetua, de la que sólo ellos soportaban todos los gastos, y en la que, aunque todos arriesgaban la vida, sólo ellos arriesgaban alguna sustancia. Además, sea cual sea el color que pretendan dar a sus usurpaciones, se dieron cuenta de que estas usurpaciones se basaban principalmente en títulos falsos y precarios, y que lo que habían adquirido por la mera fuerza, otros podían volver a arrancarlo de sus manos por la mera fuerza, sin dejarles el menor espacio para quejarse de tal procedimiento. Incluso aquellos que debían todas sus riquezas a su propia industria, apenas podían basar sus adquisiciones en un título mejor. De nada les servía decir: "Yo construí este muro; yo adquirí este lugar con mi trabajo". ¿Quién lo trazó por ti? Otro podría objetar, y ¿qué derecho tienes a esperar que te paguemos por hacer lo que no te obligamos a hacer? ¿No sabéis que muchos de vuestros hermanos perecen o sufren

gravemente por la falta de lo que vosotros poseéis más de lo que la naturaleza puede satisfacer, y que deberíais haber tenido el consentimiento expreso y unánime de la humanidad para apropiaros de lo que es común, más de lo que es necesario para vuestra subsistencia privada? Desprovisto de razones sólidas que lo justifiquen, y de fuerzas suficientes para defenderse; aplastando a los individuos con facilidad, pero con igual facilidad aplastados por los números; uno contra todos, e incapaz, a causa de los celos mutuos, de unirse con sus iguales contra los bandidos unidos por las esperanzas comunes de saqueo; el hombre rico, así presionado por la necesidad, concibió por fin el proyecto más profundo que jamás haya entrado en la mente humana: este era emplear a su favor las mismas fuerzas que le atacaban, para hacer aliados a sus enemigos, para inspirarles otras máximas, y hacerles adoptar otras instituciones tan favorables a sus pretensiones, como la ley de la naturaleza les era desfavorable.

Con esta perspectiva, después de exponer a sus vecinos todos los horrores de una situación que los enfrentaba a todos, que hacía que sus posesiones fueran tan gravosas como intolerables sus necesidades, y en la que nadie podía esperar seguridad alguna, ni en la pobreza ni en la riqueza, inventó fácilmente argumentos engañosos para convencerlos de su propósito. "Unámonos, dijo, para proteger a los débiles de la opresión, frenar a los ambiciosos y asegurar a cada hombre la posesión de lo que le pertenece: Formulemos reglas de justicia y de paz, a las que todos estén obligados a ajustarse, que no acepten a las personas, pero que en cierto modo compensen el capricho de la fortuna, sometiendo tanto a los poderosos como a los débiles a la observancia de los deberes mutuos. En una palabra, en lugar de volver nuestras Fuerzas contra nosotros mismos, reunámoslas en un Poder soberano, que pueda gobernarnos por medio de sabias Leyes, pueda proteger y defender a todos los Miembros de la Asociación, repeler a los Enemigos comunes, y mantener una Concordia y Armonía perpetua entre nosotros "

Muchas menos palabras de este tipo fueron suficientes para atraer a un grupo de rústicos, a los que fue fácil imponer, que además tenían demasiadas disputas entre ellos para vivir sin árbitros, y demasiada avaricia y ambición para vivir mucho tiempo sin maestros. Todos ofrecieron sus cuellos al yugo con la esperanza de asegurar su libertad; porque aunque tenían suficiente sentido común para percibir las ventajas de una constitución política, no tenían suficiente experiencia para ver de antemano los peligros de la misma; aquellos de entre ellos, que estaban mejor calificados para prever los abusos, eran precisamente los que esperaban beneficiarse de ellos; incluso los más sobrios juzgaron necesario sacrificar una parte de su libertad para asegurar la otra, como un hombre, herido peligrosamente en cualquiera de sus miembros, se desprende fácilmente de él para salvar el resto de su cuerpo.

Tal fue, o debería haber sido si se hubiera dejado al hombre en libertad, el origen de la sociedad y de las leyes, que aumentaron los grilletes de los débiles y la fuerza de los ricos; (18) destruyeron irremediablemente la libertad natural, fijaron para siempre las leyes de la propiedad y de la desigualdad; convirtieron una usurpación artera en un título irrevocable; y, en beneficio de unos pocos individuos ambiciosos, sometieron al resto de la humanidad a un trabajo perpetuo, a la servidumbre y a la miseria. Podemos concebir fácilmente cómo el establecimiento de una sola sociedad hizo absolutamente necesario el de todas las demás, y cómo, para hacer frente a las fuerzas unidas, fue necesario que el resto de la humanidad se uniera a su vez. Las sociedades, una vez formadas de esta manera, pronto se multiplicaron o se extendieron a tal grado, que cubrieron la faz de la Tierra; y no dejaron un rincón en todo el Universo, donde un hombre pudiera deshacerse del yugo, y retirar su cabeza de debajo de la espada, a menudo mal conducida, que veía perpetuamente colgando sobre ella. Habiéndose convertido la Ley Civil en la norma común de los ciudadanos, la Ley de la Naturaleza ya no existía más que entre las diferentes sociedades,

en las que, bajo el nombre de Ley de las Naciones, fue calificada por algunas convenciones tácitas para hacer posible el comercio, y suplir el lugar de la compasión natural, que, perdiendo poco a poco toda la influencia sobre las Sociedades que tenía originalmente sobre los Individuos, ya no existe sino en algunas grandes Almas, que se consideran a sí mismas como Ciudadanos del Mundo, y forzando las Barreras imaginarias que separan a los Pueblos de los Pueblos, según el Ejemplo del Ser Soberano del que todos derivamos nuestra Existencia, hacen de toda la Raza humana el Objeto de su Benevolencia.

Los Cuerpos Políticos, permaneciendo así en un Estado de Naturaleza entre ellos, pronto experimentaron las Inconveniencias que habían obligado a los Individuos a abandonarlo; y este Estado se volvió mucho más fatal para estos grandes Cuerpos, de lo que había sido antes para los Individuos que ahora los componían. De ahí esas Guerras nacionales, esas Batallas, esos Asesinatos, esas Represalias, que hacen que la Naturaleza se estremezca y escandalice a la Razón; de ahí todos esos horribles Prejuicios, que hacen que sea una Virtud y un Honor derramar Sangre humana. Los hombres más dignos aprendieron a considerar el corte de las gargantas de sus compañeros como un deber; al final los hombres empezaron a matarse unos a otros por miles sin saber por qué; y se cometieron más asesinatos en una sola acción, y más horribles desórdenes en la toma de una sola ciudad, que los que se habían cometido en el estado de naturaleza durante eras juntas en toda la faz de la Tierra. Tales son los primeros efectos que podemos concebir como resultado de la división de la humanidad en diferentes sociedades. Volvamos a su Institución.

Sé que varios Escritores han asignado otros Orígenes de la Sociedad Política; como por ejemplo, las Conquistas de los Poderosos, o la Unión de los Débiles; y no importa cuál de estas Causas adoptemos con respecto a lo que voy a establecer: sin embargo, la que acabo de establecer, me parece la más natural, por

las siguientes Razones. 1. Porque, en el primer caso, el Derecho de Conquista no siendo de hecho ningún Derecho, no podría servir como fundamento para ningún otro Derecho, permaneciendo el Conquistador y el Conquistado siempre uno respecto al otro en un Estado de Guerra, a menos que los Conquistados, restaurados a la plena Posesión de su Libertad, eligieran libremente a su Conquistador como su Jefe. Hasta entonces, cualesquiera que sean las Capitulaciones que se hayan hecho entre ellos, ya que estas Capitulaciones estaban fundadas en la Violencia, y por supuesto de facto nulas y sin efecto, no podría haber existido en esta Hipótesis ni una verdadera Sociedad, ni un Cuerpo político, ni ninguna otra Ley que la del Más Fuerte. 2. Porque las palabras Fuerte y Débil son ambiguas en el segundo caso, ya que durante el intervalo entre el establecimiento del derecho de propiedad u ocupación previa y el del gobierno político, el significado de estos términos se expresa mejor con las palabras Pobre y Rico, ya que antes del establecimiento de las leyes los hombres no tenían en realidad otro medio de reducir a sus iguales que invadiendo la propiedad de estos iguales o cediéndoles parte de su propia propiedad. 3. Porque los Pobres no teniendo nada más que su Libertad que perder, habría sido el colmo de la locura en ellos renunciar voluntariamente a la única Bendición que les quedaba sin obtener alguna Contraprestación por ella: mientras que los Ricos, siendo sensibles, si se me permite decirlo, en cada parte de sus posesiones, era mucho más fácil hacerles daño, y por lo tanto les correspondía más protegerse contra ello; y porque, en fin, no es más que razonable suponer que una cosa ha sido inventada por aquel a quien podría serle útil, antes que por aquel a quien debe resultar perjudicial.

El gobierno en su infancia no tenía una forma regular y permanente. Por falta de un fondo suficiente de filosofía y experiencia, los hombres no podían ver más allá de los inconvenientes presentes, y nunca pensaron en proporcionar remedios para los futuros, sino en la proporción en que surgieran. A pesar de todos los trabajos de los más sabios legisladores, el Estado político seguía siendo imperfecto, porque en cierto modo era

obra del azar; y, como sus cimientos estaban mal puestos, el tiempo, aunque era suficiente para descubrir sus defectos y sugerir los remedios para ellos, nunca pudo reparar sus vicios originales. Los hombres estaban continuamente reparando; mientras que, para erigir un buen edificio, deberían haber empezado como lo hizo Licurgo en Esparta, limpiando el área y eliminando los viejos materiales. Al principio, la sociedad consistía simplemente en algunas convenciones generales que todos los miembros se comprometían a observar, y para cuyo cumplimiento todo el cuerpo se convertía en garantía para cada individuo. La experiencia fue necesaria para mostrar la gran debilidad de tal Constitución, y lo fácil que era para aquellos que la infringían, escapar a la condena o al castigo de las faltas, de las que sólo el público debía ser testigo y juez; las leyes no podían dejar de ser eludidas de mil maneras; las incomodidades y los desórdenes no podían sino multiplicarse continuamente, hasta que al final se vio la necesidad de pensar en encomendar a personas privadas la peligrosa confianza de la autoridad pública, y a los magistrados el cuidado de hacer cumplir la obediencia al pueblo: pues decir que los Jefes fueron elegidos antes de que se formaran las Confederaciones, y que los Ministros de las Leyes existían antes que las propias Leyes, es una Suposición demasiado ridícula para merecer que la refute seriamente.

Sería igualmente irrazonable imaginar que los hombres se lanzaron al principio a los brazos de un amo absoluto, sin ninguna condición o consideración por su parte; y que el primer medio ideado por hombres celosos e invictos para su seguridad común fue correr de la mano a la esclavitud. De hecho, ¿por qué se dieron a sí mismos Superiores, si no era para ser defendidos por ellos contra la Opresión, y protegidos en sus Vidas, Libertades y Propiedades, que son en cierto modo los Elementos constitucionales de su Ser? Ahora bien, en las relaciones entre el hombre y el hombre, lo peor que puede sucederle a un hombre es verse a sí mismo a la discreción de otro, ¿no habría sido contrario a los dictados del buen sentido comenzar por entregar a un jefe las únicas cosas para cuya preservación necesitaban su ayuda? ¿Qué equivalente podría

haberles ofrecido por tan bello privilegio? Y si hubiera presumido de exigirlo con el pretexto de defenderlos, ¿no habría recibido inmediatamente la respuesta en forma de disculpa? ¿Qué peor trato podemos esperar de un enemigo? Por lo tanto, ya no se discute, y de hecho es una máxima fundamental del Derecho Político, que los pueblos se dieron a sí mismos jefes para defender su libertad y no para ser esclavizados por ellos. Si tenemos un Príncipe, dijo Plinio a Trajano, es para que nos impida tener un Amo.

Los escritores políticos argumentan sobre el amor a la libertad con la misma sofistería que los filósofos lo hacen sobre el estado de la naturaleza; por las cosas que ven juzgan cosas muy diferentes que nunca han visto, y atribuyen a los hombres una inclinación natural a la esclavitud, a causa de la paciencia con la que los esclavos a su cargo llevan el yugo; sin reflexionar que ocurre con la libertad lo mismo que con la inocencia y la virtud, cuyo valor no es conocido sino por quienes las poseen, aunque el gusto por ellas se pierde con las cosas mismas. Conozco los encantos de tu país, dijo Brasidas a un sátrapa que comparaba la vida de los espartanos con la de los persepolitas; pero no puedes conocer los placeres del mío.

Al igual que un jinete no domado levanta la cabeza, da zarpazos en el suelo y se enfurece al ver el bocado, mientras que un caballo adiestrado sufre pacientemente el látigo y la espuela, el bárbaro nunca se someterá al yugo que el hombre civilizado lleva sin murmurar, sino que prefiere la más tormentosa libertad a una tranquila sujeción. Por lo tanto, no es por la disposición servil de las naciones esclavizadas por lo que debemos juzgar las disposiciones naturales del hombre a favor o en contra de la esclavitud, sino por los prodigios realizados por cada pueblo libre para protegerse de la opresión. Sé que los primeros no cesan de gritar que la Paz y la Tranquilidad que disfrutan en sus Hierros, y que miserrimam servitutem pacem appellant: Pero cuando veo a los otros sacrificar los placeres, la paz, las riquezas, el poder y hasta la vida misma por la preservación de esa única joya tan despreciada por los que la han

perdido; cuando veo a los animales nacidos libres, por un natural aborrecimiento del cautiverio, estrellar sus cerebros contra los barrotes de su prisión; cuando veo a multitudes de salvajes desnudos despreciar los placeres europeos, y desafiar el hambre, el fuego y la espada, y la misma muerte para preservar su independencia; siento que no corresponde a los esclavos discutir sobre la libertad.

En cuanto a la Autoridad paterna, de la que varios han derivado el Gobierno absoluto y cualquier otro modo de Sociedad, es suficiente, sin recurrir a Locke y Sidney, observar que nada en el Mundo difiere más del cruel Espíritu del Despotismo que la Gentileza de esa Autoridad, que mira más a la Ventaja de quien obedece que a la Utilidad de quien manda; que por la Ley de la Naturaleza, el Padre sigue siendo el amo de su Hijo, no más que cuando éste necesita su ayuda; que después de ese término se vuelven iguales, y que entonces el Hijo, enteramente independiente del Padre, no le debe obediencia, sino sólo respeto. La gratitud es, en efecto, un deber que estamos obligados a pagar, pero que los benefactores no pueden exigir. En lugar de decir que la Sociedad civil se deriva de la Autoridad paterna, deberíamos más bien decir que es a la primera a la que ésta debe su principal Fuerza: Ningún individuo fue reconocido como padre de otros varios individuos, hasta que se establecieron en torno a él. Los bienes del padre, de los que puede disponer a su antojo, son los lazos que mantienen a sus hijos en dependencia de él, y puede repartir su sustancia entre ellos en la medida en que hayan merecido su atención por una continua deferencia a sus mandatos. Ahora bien, los súbditos de un jefe despótico, lejos de tener tal favor que esperar de él, ya que tanto ellos como todo lo que tienen son su propiedad, o al menos son considerados por él como tal, están obligados a recibir como favor lo que él les cede de su propia propiedad. Les hace Justicia cuando los despoja; los trata con Misericordia cuando les permite vivir.

Si continuáramos comparando los hechos con el derecho, descubriríamos tan poca solidez como verdad en el establecimiento voluntario de la tiranía; y sería difícil probar la validez de un contrato que sólo obligara a una de las partes, en el que una de ellas se jugara todo y la otra nada, y que pudiera resultar en perjuicio de la única que se hubiera obligado. Este odioso sistema está incluso, en la actualidad, lejos de ser el de los sabios y buenos monarcas, y especialmente el de los reyes de Francia, como puede verse por diversos pasajes de sus edictos, y particularmente por el de una célebre pieza publicada en 1667 en nombre y por orden de Lewis XIV. "Que no se diga, pues, que el Soberano no está sujeto a las Leyes de su Reino, ya que, que lo está, es una Máxima de la Ley de las Naciones que la Adulación ha atacado a veces, pero que los buenos Príncipes han defendido siempre como la Divinidad tutelar de sus Reinos. ¿Cuánto más razonable es decir con el Sabio Platón, que la perfecta Felicidad de un Estado consiste en que los Súbditos obedezcan a su Príncipe, que el Príncipe obedezca a las Leyes, y que las Leyes sean equitativas y estén siempre dirigidas al Bien del Público? No me detendré a considerar si, siendo la Libertad la más noble Facultad del Hombre, no es degradar la propia Naturaleza, reducirse al nivel de los Brutos, que son los Esclavos del Instinto, e incluso ofender al Autor de nuestro Ser, el renunciar sin reservas al más precioso de sus Dones, y someterse a la comisión de todos los Crímenes que nos ha prohibido, simplemente para gratificar a un amo loco o cruel; y si este sublime Artista debería estar más irritado por ver su Obra destruida que por verla deshonrada. Sólo preguntaré qué derecho tienen aquellos que no temen degradarse a sí mismos, a someter a sus descendientes a la misma ignominia, y a renunciar, en nombre de su posteridad, a las bendiciones que no se deben a su liberalidad, y sin las cuales la vida misma debe parecer una carga para todos los que son dignos de vivir.

Puffendorf dice que, así como podemos transferir nuestra propiedad de uno a otro por medio de contratos y convenciones, también podemos despojarnos de nuestra libertad a favor de otros hombres. Esto, en mi opinión, es una manera muy pobre de

argumentar; porque, en primer lugar, la Propiedad que cedo a otro se convierte por tal Cesión en una cosa bastante extraña a mí, y cuyo Abuso no puede afectarme de ninguna manera; pero me preocupa mucho que no se abuse de mi Libertad, y no puedo, sin incurrir en la Culpa de los Crímenes que puedo ser forzado a cometer, exponerme a convertirme en el Instrumento de ninguno. Además, siendo el derecho de propiedad una mera convención e institución humana, cada hombre puede disponer como quiera de lo que posee: Pero el caso es diferente con respecto a los Dones esenciales de la Naturaleza, como la Vida y la Libertad, que a todo Hombre le es permitido disfrutar, y de los cuales es dudoso, al menos, que algún Hombre tenga Derecho a desprenderse: Al renunciar a la una, degradamos nuestro Ser; al renunciar a la otra, la aniquilamos en la medida en que está en nuestra mano hacerlo; y como ningún goce temporal puede indemnizarnos por la pérdida de ninguna de las dos, sería a la vez una ofensa a la Naturaleza y a la Razón renunciar a ellas por cualquier consideración. Pero aunque pudiéramos transferir nuestra Libertad como lo hacemos con nuestra Sustancia, la diferencia sería muy grande con respecto a nuestros Hijos, que disfrutan de nuestro Sustento pero por medio de una Cesión de nuestro Derecho; mientras que siendo la Libertad una Bendición, que como Hombres tienen de la Naturaleza, sus Padres no tienen Derecho a despojarlos de ella; de modo que, así como para establecer la esclavitud fue necesario violentar la naturaleza, también fue necesario alterar la naturaleza para perpetuar tal derecho; y los jurisconsultos, que han pronunciado gravemente que el hijo de un esclavo viene al mundo como esclavo, han decidido en otras palabras que un hombre no viene al mundo como hombre.

Por lo tanto, me parece incontestablemente cierto que no sólo los Gobiernos no empezaron por el poder arbitrario, que no es más que la corrupción y el término extremo del Gobierno, y que al final lo devuelve a la ley del más fuerte contra la que los Gobiernos fueron al principio el remedio, sino que incluso, si hubieran empezado de esta manera, tal poder, siendo ilegal en sí mismo, nunca podría

haber servido de fundamento a los derechos de la sociedad, ni por supuesto a la desigualdad de la institución.

No entraré ahora en las investigaciones que aún quedan por hacer sobre la naturaleza de los pactos fundamentales de todo tipo de gobierno, sino que, siguiendo la opinión común, me limitaré en este lugar al establecimiento del cuerpo político como un verdadero contrato entre la multitud y los jefes elegidos por ella. Un Contrato por el que ambas Partes se obligan a la Observancia de las Leyes que en él se estipulan, y forman las Bandas de su Unión. Habiendo la Multitud, con motivo de las Relaciones sociales entre ellos, concentrado todas sus Voluntades en una sola Persona, todos los Artículos, respecto a los cuales esta Voluntad se explica, se convierten en otras tantas Leyes fundamentales, que obligan sin Excepción a todos los Miembros del Estado, y una de cuyas Leyes regula la Elección y el Poder de los Magistrados designados para velar por la Ejecución de las demás. Este Poder se extiende a todo lo que pueda mantener la Constitución, pero no se extiende a nada que pueda alterarla. A este Poder se añaden los Honores, que pueden hacer respetables las Leyes y los Ministros de las mismas; y las Personas de los Ministros se distinguen por ciertas Prerrogativas, que pueden compensar las grandes Fatigas inseparables de una buena Administración. El Magistrado, por su parte, se obliga a no usar el Poder que se le ha confiado sino conforme a la Intención de sus Constituyentes, a mantener a cada uno de ellos en la Posesión pacífica de su Propiedad, y en todas las Ocasiones preferir el Bien del Público a su propio Interés privado.

Antes de que la experiencia demostrara, o un conocimiento profundo del corazón humano señalara, los abusos inseparables de tal Constitución, ésta debía parecer tanto más perfecta cuanto que los designados para velar por su preservación eran ellos mismos los más interesados en ella; pues estando la Magistratura y sus Derechos construidos únicamente sobre las Leyes fundamentales, tan pronto como éstas dejaran de existir, los Magistrados dejarían

de ser legales, el Pueblo ya no estaría obligado a obedecerlos, y, como la Esencia del Estado no consistía en los Magistrados sino en las Leyes, los Miembros del mismo pasarían inmediatamente a tener derecho a su Libertad primitiva y natural.

Un poco de reflexión nos proporcionaría nuevos argumentos en confirmación de esta verdad, y la naturaleza del contrato podría convencernos de que no puede ser irrevocable: porque si no hubiera un poder superior capaz de garantizar la fidelidad de las partes contratantes y de obligarlas a cumplir sus compromisos mutuos, seguirían siendo los únicos jueces en su propia causa, y cada una de ellas tendría siempre derecho a renunciar al contrato, tan pronto como descubriera que la otra ha roto las condiciones del mismo, o que estas condiciones han dejado de convenir a su conveniencia privada. Sobre este principio, el derecho de abdicación puede probablemente ser fundado. Ahora bien, considerando como lo hacemos nada más que lo que es humano en esta Institución, si el Magistrado, que tiene todo el Poder en sus propias manos, y que se apropia de todas las Ventajas del Contrato, tiene no obstante un Derecho a despojarse de su Autoridad; cuánto mejor Derecho debe tener el Pueblo, que paga todas las Faltas de su Jefe, a renunciar a su Dependencia de él. Pero los escandalosos disensos y desórdenes, sin número, que serían la consecuencia necesaria de un privilegio tan peligroso, muestran más que cualquier otra cosa la necesidad que tienen los gobiernos humanos de una base más sólida que la de la mera razón, y lo necesario que era para la tranquilidad pública que la voluntad del Todopoderoso se interpusiera para dar a la autoridad soberana un carácter sagrado e inviolable, que privara a los súbditos del malvado derecho a disponer de ella a su antojo. Si la humanidad no recibiera ninguna otra ventaja de la religión, sólo esto bastaría para que la adoptara y la apreciara, ya que es el medio de salvar más sangre de la que el fanatismo ha sido la causa de derramar. Pero retomando el hilo de nuestra hipótesis.

Las diversas formas de gobierno deben su origen a los diversos grados de desigualdad entre los miembros, en el momento en que se unieron por primera vez en un cuerpo político. Cuando un hombre resultaba ser eminente por su poder, por su virtud, por su riqueza o por su crédito, se convertía en el único magistrado y el Estado asumía una forma monárquica; si muchos de igual eminencia superaban a todos los demás, eran elegidos conjuntamente, y esta elección producía una aristocracia; aquellos, entre cuya fortuna o talento no existía tal desproporción, y que se habían desviado menos del estado de naturaleza, conservaban en común la administración suprema y formaban una democracia. El tiempo demostró cuál de estas formas convenía más a la Humanidad. Algunos permanecieron totalmente sometidos a las Leves; otros pronto inclinaron sus cuellos ante los Amos. Los primeros se esforzaron por conservar su libertad; los segundos no pensaron en otra cosa que en invadir la de sus vecinos, celosos de ver a otros disfrutar de una bendición que ellos mismos habían perdido. En una palabra, las riquezas y la conquista correspondían a los unos, y la virtud y la felicidad a los otros.

En estos diversos modos de gobierno, los cargos eran al principio todos electivos; y cuando las riquezas no predominaban, se daba preferencia al mérito, que da un ascendente natural, y a la edad, que es la madre de la deliberación en el consejo y la experiencia en la ejecución. Los antiguos entre los hebreos, los gerontes de Esparta, el Senado de Roma, es más, la propia etimología de nuestra palabra Seigneur, demuestran cuánto se respetaban antiguamente las canas. Cuanto más a menudo la elección recaía en los hombres viejos, más a menudo era necesario repetirla, y más se percibía la molestia de tales repeticiones; se producían elecciones; surgían facciones; los partidos contraían mala sangre; estallaban guerras civiles; las vidas de los ciudadanos se sacrificaban a la supuesta felicidad del Estado; y las cosas finalmente llegaron a tal punto, que estaban listas para recaer en su confusión primitiva. La ambición de los principales hombres les indujo a aprovechar estas circunstancias para perpetuar los cargos

hasta entonces temporales en sus familias; el pueblo, ya acostumbrado a la dependencia, a la facilidad y a las comodidades de la vida, y demasiado enervado para romper sus grilletes, consintió en el aumento de su esclavitud con el fin de asegurar su tranquilidad; y es así como los Jefes, convertidos en Hereditarios, contrajeron el hábito de considerar a las Magistraturas como un Estado Familiar, y a ellos mismos como Propietarios de esas Comunidades, de las cuales al principio no eran más que simples Oficiales; para llamar a sus Conciudadanos sus Esclavos; para considerarlos, como tantas Vacas u Ovejas, como una parte de su Sustancia; y para stilizarse a sí mismos como Pares de Dioses, y Reyes de Reyes.

Siguiendo el progreso de la desigualdad en estas diferentes revoluciones, descubriremos que el establecimiento de las leyes y del derecho de propiedad fue el primer término de la misma; la institución de los magistrados, el segundo; y el tercero y último, el cambio del poder legal por el arbitrario; de modo que los diferentes estados de ricos y pobres fueron autorizados por la primera Epocha; los de poderosos y débiles, por la segunda; y por la tercera, los de amo y esclavo, que constituyeron el último grado de desigualdad, y el término en el que terminan todos los demás, hasta que nuevas revoluciones disuelvan por completo el gobierno, o lo vuelvan a acercar a su constitución legal.

Para concebir la necesidad de este progreso, no debemos considerar tanto los motivos para el establecimiento de los cuerpos políticos, como las formas que estos cuerpos asumen en su administración, y los inconvenientes con los que están esencialmente relacionados: pues los vicios que hacen necesarias las instituciones sociales son los mismos que hacen inevitable el abuso de dichas instituciones; y como (exceptuando a Esparta, cuyas leyes se referían principalmente a la educación de los niños, y donde Licurgo estableció unos usos y costumbres que en gran medida hacían innecesarias las leyes) las leyes, en general menos

fuertes que las pasiones, frenan a los hombres sin cambiarlas; no sería difícil demostrar que todo gobierno que, protegiéndose cuidadosamente contra toda alteración y corrupción, cumpliera escrupulosamente con los fines de su institución, fue instituido innecesariamente; y que un país en el que nadie eludiera las leyes o hiciera un mal uso de la magistratura, no necesitaría ni leyes ni magistrados.

Las distinciones políticas van necesariamente acompañadas de distinciones civiles. La desigualdad entre el pueblo y los jefes aumenta tan rápidamente que pronto es percibida por los miembros privados, y aparece entre ellos en mil formas según sus pasiones, sus talentos y las circunstancias de los asuntos. El Magistrado no puede usurpar ningún Poder ilegal sin hacerse criaturas, con las que debe repartirlo. Además, los ciudadanos de un Estado libre se ven oprimidos sólo en la medida en que, apresurados por una ciega ambición, y mirando más bien hacia abajo que hacia arriba, llegan a amar la autoridad más que la independencia. Cuando se someten a los grilletes, es sólo para poder encadenar mejor a otros a su vez. No es fácil hacer obedecer a quien no desea mandar; y la política más refinada encontraría imposible someter a aquellos hombres que sólo desean ser independientes; pero la desigualdad gana terreno fácilmente entre las almas bajas y ambiciosas, siempre dispuestas a correr los riesgos de la fortuna, y casi indiferentes a mandar u obedecer, según les resulte favorable o adversa. Así, pues, debió de haber una época en la que los ojos del pueblo estaban embrujados hasta tal punto, que sus gobernantes sólo necesitaban decir al más lamentable de los desgraciados: "Sé grande tú y toda tu descendencia", para que inmediatamente pareciese grande a los ojos de todos, así como a los suyos propios; y sus descendientes tomaron aún más sobre ellos, en proporción a su alejamiento de él: Cuanto más lejana e incierta es la causa, mayor es el efecto; cuanto más larga es la línea de zánganos que produce una familia, más ilustre se considera.

Si éste fuera un lugar apropiado para entrar en detalles, podría explicar fácilmente de qué manera las desigualdades en cuanto a crédito y autoridad se vuelven inevitables entre las personas privadas (19) en el momento en que, unidas en un solo cuerpo, se ven obligadas a compararse unas con otras, y a notar las diferencias que encuentran en el uso continuo que cada hombre debe hacer de su vecino. Estas diferencias son de varios tipos; pero siendo las riquezas, la nobleza o el rango, el poder y el mérito personal, en general, las principales distinciones por las que los hombres en sociedad se miden unos a otros, podría demostrar que la armonía o el conflicto entre estas diferentes fuerzas es la indicación más segura de la buena o mala constitución original de cualquier Estado: Podría hacer ver que, como entre estas cuatro clases de desigualdad, las cualidades personales son la fuente de todas las demás, la riqueza es aquello en lo que finalmente terminan, porque, siendo la más inmediatamente útil para la prosperidad de los individuos, y la más fácil de comunicar, se utiliza para comprar cualquier otra distinción. Mediante esta observación podemos juzgar con tolerable exactitud cuánto se ha desviado un pueblo de su institución primitiva y qué pasos tiene que dar todavía hasta el extremo de la corrupción. Podría mostrar cuánto este deseo universal de reputación, de honores, de preferencia, con el que todos estamos devorados, ejercita y compara nuestros talentos y nuestras fuerzas; cuánto excita y multiplica nuestras pasiones; y, creando una competencia universal, rivalidad, o más bien enemistad entre los hombres, cuántas decepciones, éxitos y catástrofes de todo tipo causa diariamente entre los innumerables pretendientes a los que compromete en la misma carrera. Podría demostrar que es a esta picazón de que se hable de nosotros, a esta furia de distinguirnos que rara vez o nunca nos da un momento de respiro, a lo que debemos lo mejor y lo peor entre nosotros, nuestras Virtudes y nuestros Vicios, nuestras Ciencias y nuestros Errores, nuestros Conquistadores y nuestros Filósofos; es decir, una gran cantidad de cosas malas a muy pocas cosas buenas. Podría demostrar, en resumen, que si contemplamos a un puñado de hombres ricos y poderosos sentados en el pináculo de la fortuna y la grandeza, mientras la multitud se arrastra en la oscuridad y la carencia, se

debe simplemente a que los primeros premian lo que disfrutan pero en el mismo grado en que otros lo desean, y que, sin cambiar su condición, dejarían de ser felices en el momento en que el pueblo dejara de ser miserable.

Pero estos detalles proporcionarían por sí solos materia suficiente para un trabajo más considerable, en el que se podrían sopesar las ventajas y desventajas de cada especie de gobierno, en relación con los derechos del hombre en un estado de naturaleza, y también se podrían desvelar todas las diferentes caras bajo las que la desigualdad ha aparecido hasta este día, y puede aparecer en lo sucesivo hasta el final de los tiempos, de acuerdo con la naturaleza de estos diversos gobiernos, y las revoluciones que el tiempo debe inevitablemente ocasionar en ellos. Veremos entonces a la multitud oprimida por los tiranos nacionales como consecuencia de las mismas precauciones que tomaron para protegerse de los amos extranjeros. Veríamos cómo la opresión aumenta continuamente sin que los oprimidos puedan saber dónde se detendrá, ni qué medios legales les quedan para frenar su progreso. Deberíamos ver cómo los Derechos de los Ciudadanos y las Libertades de las Naciones se extinguen por lentos Grados, y los Gemidos, y las Protestas y Apelaciones de los Débiles son tratados como Murmullos sediciosos. Veremos cómo la política confía a una parte mercenaria del pueblo el honor de defender la causa común. Veremos que tales medidas hacen necesarias las imposiciones, que el desanimado agricultor abandona su campo incluso en tiempos de paz, y que deja el arado para tomar la espada. Veríamos reglas fatales y caprichosas establecidas en relación con el punto de honor. Veríamos a los campeones de su país convertirse tarde o temprano en sus enemigos, y sostener perpetuamente sus puntas en los pechos de sus conciudadanos. Más aún, llegaría el momento en que se les oiría decir al opresor de su país

Pectore si fratris gladium juguloque parentis

Condere me jubeas, gravidæque in viscera partu

Conjugis, in vitâ peragam tamen omnia dextrâ.

De la vasta desigualdad de condiciones y fortunas, de la gran variedad de pasiones y de talentos, de artes inútiles, de artes perniciosas, de ciencias frívolas, surgirían nubes de prejuicios igualmente contrarios a la razón, a la felicidad, a la virtud. Veríamos a los Jefes fomentar todo lo que tiende a debilitar a los Hombres formados en Sociedades dividiéndolos; todo lo que, mientras da a la Sociedad un Aire de Armonía aparente, siembra en ella las Semillas de la División real; todo lo que puede inspirar a los diferentes Órdenes desconfianza y odio mutuos por una Oposición de sus Derechos e Intereses, y por supuesto fortalecer ese Poder que los contiene a todos.

Es desde el seno de este desorden y estas revoluciones, que el Despotismo gradualmente levanta su horrible cresta, y devorando en cada parte del Estado todo lo que aún permanece sano e impoluto, finalmente saldrá a pisotear las Leyes y el Pueblo, y se establecerá sobre las Ruinas de la República. Los tiempos inmediatamente anteriores a esta última alteración serían tiempos de calamidad y problemas: Pero al final todo sería tragado por el Monstruo; y el Pueblo ya no tendría Jefes ni Leyes, sino sólo Tiranos. En este período fatal, toda la consideración de la Virtud y de las Costumbres desaparecería igualmente; porque el Despotismo, cui ex honesto nulla est spes, no tolera ningún otro Amo, dondequiera que reine; en el momento en que habla, la Probidad y el Deber pierden toda su Influencia, y la Obediencia más ciega es la única Virtud que les queda a los miserables Esclavos para practicar.

Este es el último término de la desigualdad, el punto extremo que cierra el círculo y se encuentra con aquel del que partimos. Es aquí donde todos los hombres privados vuelven a su primitiva igualdad,

porque ya no tienen ninguna importancia; y que, no teniendo los súbditos otra ley que la de su amo, ni el amo otra ley que sus pasiones, desaparecen de nuevo todas las nociones del bien y los principios de justicia. Es aguí donde todo vuelve a la única Ley del Más Fuerte, y por supuesto a un nuevo Estado de Naturaleza diferente del que empezamos, en la medida en que el primero era el Estado de Naturaleza en su Pureza, y el último la consecuencia de una excesiva Corrupción. Hay, en otros aspectos, tan poca Diferencia entre estos dos Estados, y el Contrato de Gobierno está tan disuelto por el Despotismo, que el Déspota no es más Amo que el que sigue siendo el más fuerte, y que, tan pronto como sus Esclavos pueden expulsarlo, pueden hacerlo sin que él tenga el menor Derecho a quejarse de que lo usen mal. La insurrección, que termina con la muerte o la deposición de un sultán, es un acto tan jurídico como cualquiera por el que la víspera dispuso de las vidas y las fortunas de sus súbditos. Sólo la fuerza lo sostuvo, sólo la fuerza lo derrocó. Así, todas las cosas tienen lugar y se suceden en su orden natural; y cualquiera que sea el resultado de estas apresuradas y frecuentes Revoluciones, ningún Hombre tiene razón para quejarse de la Injusticia de otro, sino sólo de su propia Indiscreción o mala Fortuna

Descubriendo y siguiendo así las huellas perdidas y olvidadas por las que el hombre, desde el estado natural, debió llegar al estado civil; restableciendo, con las posiciones intermedias que acabo de indicar, aquellas que la falta de ocio me obliga a suprimir, o que mi imaginación no ha sugerido, todo lector atento debe quedar inevitablemente sorprendido por el inmenso espacio que separa estos dos estados. Es en esta lenta sucesión de cosas que puede encontrar la solución de un número infinito de problemas en la moral y la política, que los filósofos están desconcertados para resolver. Percibirá que, al no ser la humanidad de una época la de otra, la razón por la que Diógenes no pudo encontrar un hombre fue que buscó entre sus coetáneos el hombre de una época anterior: Catón, verá entonces, cayó con Roma y con la Libertad, porque no se ajustaba a la Edad en la que vivió; y el más grande de los Hombres

sólo sirvió para asombrar a ese Mundo, que le habría obedecido con gusto, si hubiera llegado a él quinientos Años antes. En una palabra, se encontrará en condiciones de comprender cómo el alma y las pasiones de los hombres, por medio de insensibles alteraciones, cambian como su naturaleza; cómo sucede que a la larga nuestros deseos y nuestros placeres cambian de objeto; que, desapareciendo gradualmente el hombre original, la sociedad no ofrece ya a nuestra inspección sino un conjunto de hombres artificiales y de pasiones ficticias, que son obra de todas estas nuevas relaciones, y que no tienen ningún fundamento en la naturaleza. La reflexión no nos enseña nada al respecto, sino lo que la experiencia confirma perfectamente. El hombre salvaje y el hombre civilizado difieren tanto en el fondo en cuanto a inclinaciones y pasiones, que lo que constituye la suprema felicidad del uno reduciría al otro a la desesperación. El primero no suspira más que por el reposo y la libertad; no desea más que vivir y estar exento de trabajo; es más, la ataraxia del estoico más convencido no alcanza su consumada indiferencia por cualquier otro objeto. Por el contrario, el Ciudadano siempre en movimiento, está perpetuamente sudando y esforzándose, y devanándose los sesos para encontrar ocupaciones aún más laboriosas: continúa siendo un trabajador hasta su último minuto; es más, corteja a la Muerte para poder vivir, o renuncia a la Vida para adquirir la Inmortalidad. Se encoge ante los hombres en el poder, a los que odia, y ante los hombres ricos, a los que desprecia; no se aferra a nada para tener el honor de servirles; no se avergüenza de valorar su propia debilidad y la protección que le proporcionan; y orgulloso de sus cadenas, habla con desdén de aquellos que no tienen el honor de ser los compañeros de su esclavitud. ¡Qué espectáculo deben formar los dolorosos y envidiados trabajos de un Ministro de Estado europeo a los ojos de un caribeño! ¿Cuántas muertes crueles no preferiría este indolente salvaje a una vida tan horrible, que muy a menudo ni siquiera está endulzada por el placer de hacer el bien? Pero para ver la deriva de tantas preocupaciones, su mente debería primero haber fijado algún significado a estas palabras Poder y Reputación; debería estar informado de que hay hombres que consideran como algo las miradas del resto de la Humanidad, que saben cómo ser felices y

estar satisfechos con ellos mismos sobre el testimonio de otros antes que sobre el suyo propio. De hecho, la verdadera fuente de todas esas diferencias, es que el salvaje vive en sí mismo, mientras que el ciudadano, constantemente al lado de sí mismo, sólo sabe vivir en la opinión de los demás; hasta el punto de que es, si se me permite decirlo, simplemente de su juicio de lo que deriva la conciencia de su propia existencia. Es ajeno a mi tema el mostrar cómo esta Disposición engendra tanta Indiferencia por el bien y el mal, a pesar de tantos y tan bellos Discursos de Moralidad; cómo cada cosa, al ser reducida a las Apariencias, se convierte en mero Arte y Misterio; el Honor, la Amistad, la Virtud, y a menudo el Vicio mismo, del que al final aprendemos el secreto para presumir; cómo, en fin, preguntando siempre a los demás lo que somos, y no atreviéndonos nunca a interrogarnos a nosotros mismos sobre un punto tan delicado, en medio de tanta Filosofía Humanidad y Cortesía, y de tantas sublimes Máximas, no tenemos nada que mostrar para nosotros mismos sino un Exterior engañoso y frívolo, el Honor sin la Virtud, la Razón sin la Sabiduría, y el Placer sin la Felicidad. Basta con que haya demostrado que ésta no es la condición original del hombre, y que es sólo el espíritu de la sociedad y la desigualdad que ésta engendra, lo que cambia y transforma todas nuestras inclinaciones naturales.

Me he esforzado en exponer el origen y el progreso de la desigualdad, la institución y el abuso de las sociedades políticas, en la medida en que estas cosas pueden deducirse de la naturaleza del hombre por la mera luz de la razón, e independientemente de esas sagradas máximas que dan a la autoridad soberana la sanción del derecho divino. De este cuadro se deduce que, como en el estado de naturaleza apenas hay desigualdad entre los hombres, todo lo que ahora contemplamos debe su fuerza y su crecimiento al desarrollo de nuestras facultades y al perfeccionamiento de nuestro entendimiento, y al final se convierte en permanente y lícito por el establecimiento de la propiedad y de las leyes. Se deduce igualmente que la Desigualdad moral, autorizada por cualquier Derecho que sea meramente positivo, choca con el Derecho natural,

en la medida en que no se combina en la misma Proporción con la Desigualdad física; Distinción que determina suficientemente lo que hemos de pensar a este respecto del tipo de desigualdad que se da en todas las naciones civilizadas, ya que es evidentemente contrario a la ley de la naturaleza que la infancia mande en la vejez, que la insensatez conduzca a la sabiduría, y que un puñado de hombres esté dispuesto a ahogarse con las superfluidades, mientras que la multitud hambrienta carece de las necesidades más comunes de la vida.

NOTAS

Notas

Dedicatoria. Pag. viii.

(1.) Herodoto relata que después del asesinato del falso Esmerdis, los siete libertadores de Persia se reunieron para consultar sobre la forma de gobierno que debían dar a su país, Otanes abogó fuertemente a favor del republicano; un consejo aún más extraordinario en la boca de un sátrapa, ya que, además de las pretensiones que podría haber formado para el trono, los hombres en el poder generalmente temen más que la propia muerte una especie de gobierno que les obliga a respetar a otros hombres. Pero Otanes, como bien podemos imaginar, no fue escuchado; por lo que viendo al resto a punto de proceder a la Elección de un Monarca, él, que no pretendía mandar ni obedecer, cedió voluntariamente su Derecho a la Corona a los demás Competidores, sin exigir más Indemnización que la de ser independiente, él y toda su Posteridad. Aunque Herodoto no nos hubiera informado de los límites establecidos para este privilegio, nos veríamos obligados a suponer algunos; de lo contrario, Otanes, al no reconocer ninguna clase de ley y no estar obligado a rendir cuentas a nadie por su conducta, no tenía nada que temer por lo que intentara, y habría sido más

poderoso que el propio Rey. Pero había muy poco peligro de que un hombre, capaz de hacer frente a tal ocasión con tal privilegio, hiciera un mal uso de él. De hecho, no parece que este derecho haya causado nunca la menor perturbación en el Reino, ni por parte del sabio Otanes, ni de ninguno de sus descendientes.

Prefacio. Pag. xlv.

(2.) Desde mi primera exposición, me baso con confianza en una de esas autoridades que los filósofos respetan, porque se derivan de razones sólidas y sublimes, que ellos, y sólo ellos, son capaces de descubrir y sentir.

"Cualquiera que sea el interés que tengamos en conocernos a nosotros mismos, dudo que no conozcamos mucho mejor aquellas cosas que no forman parte de nosotros. Dotados por la naturaleza de órganos únicamente adaptados a nuestra conservación, los empleamos únicamente para recibir impresiones extrañas; todo nuestro cuidado es existir sin nosotros mismos; demasiado ocupados en multiplicar las funciones de nuestros sentidos y en aumentar la extensión exterior de nuestro ser, rara vez hacemos uso de ese sentido interior que nos reduce a nuestras verdaderas dimensiones, y que separa de nosotros todo lo que no hace parte de nosotros. Este es, sin embargo, el sentido del que debemos hacer uso, si pretendemos conocernos a nosotros mismos; este es el único sentido por el que podemos juzgarnos. Pero la dificultad estriba en dar a este sentido su actividad y su extensión adecuada; en liberar nuestra alma, en la que reside, de toda ilusión de nuestro entendimiento: Hemos perdido el hábito de emplearlo; ha permanecido en un estado de inacción en medio del tumulto creado por nuestras sensaciones corporales, y ha sido resecado por el calor de nuestras pasiones; el corazón, la mente, los sentidos, todo ha trabajado para oponerse a él". Hist. Nat. T. 4. p. 151. de la Nature de l'homme.

Discurso. Pag. 15.

(3.) Las alteraciones que un largo hábito de caminar sobre dos piernas podría haber producido en el cuerpo del hombre, las relaciones todavía observables entre sus brazos y los pies delanteros de los cuadrúpedos, y la inducción extraída de su forma de caminar, podría haber dado lugar a algunas dudas sobre lo que debe ser más natural para nosotros. Los niños comienzan a caminar a cuatro patas, y necesitan tanto el precepto como el ejemplo para mantenerse erguidos. Hay incluso algunas naciones salvajes, por ejemplo, los hotentotes, que siendo muy descuidados con sus niños les permiten caminar tanto tiempo sobre sus manos, que es con gran dificultad que luego los llevan a una postura erguida; este es también el caso de los niños de los salvajes de la India Occidental. Podría presentar varios casos de hombres cuadrúpedos; entre otros, el del niño que fue encontrado en 1344 en la vecindad de Hesse, donde había sido amamantado por lobos, y que solía decir después en la corte del Príncipe Enrique, que si pudiera elegir, preferiría volver a estar en su compañía que vivir entre hombres. Había adquirido el hábito de caminar como esos animales hasta tal punto, que era necesario cargarle con troncos de madera para obligarle a mantenerse erguido y a ponerse en pie. Lo mismo ocurrió con el niño que fue encontrado en 1694 en los bosques de Lituania y que vivía entre osos. No mostraba, dice Monsieur de Condillac, la menor marca de razón, caminaba sobre las manos y los pies, no tenía más lenguaje que algunos sonidos groseros, que no tenían nada en común con los de otros hombres. El pequeño salvaje de Hannover, que fue traído hace varios años a la Corte de Inglaterra, tuvo toda la dificultad del mundo para ponerse a caminar sobre sus piernas: Y en 1719 se encontraron otros dos salvajes en las montañas de los Pirineos que corrían a la manera de los cuadrúpedos. En cuanto a la objeción de que al caminar sobre nuestras manos perderíamos el uso de ellas en muchos otros aspectos en los que nos resultan tan útiles; para no insistir en la práctica de los monos, por la que es evidente que la mano puede emplearse muy bien de ambas

maneras, este argumento sólo podría demostrar que el hombre puede dar a sus miembros un destino más útil que el asignado por la naturaleza, y no que la naturaleza haya destinado al hombre a caminar de otra manera que la que ella misma le enseña a caminar.

Pero hay, imagino, razones mucho más fuertes para afirmar que el hombre es un bípedo. En primer lugar, suponiendo que se pudiera demostrar que, aunque originalmente se formó de otra manera, podría llegar a ser con el tiempo lo que ahora es, ¿no sería esto suficiente para hacernos concluir que realmente sucedió así? Porque, después de mostrar la posibilidad de estos cambios, todavía sería necesario, para establecerlos, mostrar al menos alguna probabilidad de que hayan ocurrido realmente. Además, si se admite que los brazos del hombre pudieron servirle de piernas en caso de necesidad, es la única observación favorable a este sistema, mientras que hay muchas otras que lo contradicen. Las principales son: que la forma en que la cabeza del hombre está fijada a su cuerpo, en lugar de dar a sus ojos una dirección horizontal, como la tienen todos los demás animales, y como él mismo la tiene cuando camina erguido, los habría fijado directamente sobre la tierra, situación muy desfavorable para la conservación de los individuos; que la cola, que la naturaleza no le ha dado, y que no tiene ocasión de usar al caminar, es útil para los cuadrúpedos, y que no se encuentra ninguno que la necesite; que la situación de los pechos de las mujeres, bien adaptada a los bípedos que sostienen a sus hijos en sus brazos, sería tan inconveniente para los cuadrúpedos, que ninguno de ellos tiene estas partes colocadas de esa manera; que, siendo nuestras piernas y muslos tan excesivamente largos en proporción a las manos y los brazos, que al caminar a cuatro patas nos vemos obligados a arrastrarnos sobre nuestras rodillas, el conjunto habría formado un animal mal proporcionado, y muy poco apto para caminar: Que si tal Animal pusiera su Pie así como su Mano en plano sobre la Tierra, tendría en la Pierna Inferior una Articulación menos que otros Animales, a saber, la que une el Canon con la Tibia, y que al pararse sobre la Punta del Pie, como sin duda debe estar obligado a hacerlo, el

Tarso, para no insistir en que está compuesto de tantos Huesos, debe haber sido demasiado grande para responder al Fin del Canon: Y las articulaciones con el Metatarso y la Tibia están demasiado cerca una de la otra para proporcionar a la pierna humana, en esa situación, el grado de flexibilidad observable en las piernas de los cuadrúpedos. El ejemplo de los niños, extraído de una edad en la que nuestras fuerzas naturales aún no están desarrolladas ni nuestros miembros confirmados en su fuerza, no concluye nada; y también podría afirmar que los perros no están hechos para caminar, porque durante algunos días después de su nacimiento no hacen más que arrastrarse. Tampoco los hechos particulares son de gran valor contra la práctica universal de la humanidad, incluso de aquellas naciones que, al no tener comunicación con otras naciones, no pueden ser sospechosas de haber copiado después de ellas. Un niño abandonado en un bosque antes de tener la fuerza para caminar, y amamantado por alguna bestia, debe haber seguido el ejemplo de su enfermera, y se esforzó por caminar como ella; el hábito podría haberle dado una facilidad que no recibió de la naturaleza; y como un hombre que ha perdido sus manos, se lleva a sí mismo a fuerza de ejercicio a hacer con sus pies solamente todo lo que antes hacía con sus manos, así tal niño abandonado adquirirá a la larga la facilidad de emplear sus manos en el trabajo destinado a sus pies.

Pag. 17.

(4.) Para que ninguno de mis lectores esté tan poco familiarizado con la filosofía natural como para poner dificultades a la suposición de esta fertilidad natural de la tierra, me esforzaré por obviarla con el siguiente pasaje.

"Como los vegetales obtienen para su sustento mucha más sustancia del aire y del agua que de la tierra, así, cuando se descomponen, devuelven a la tierra más de lo que recibieron de ella; además, los bosques absorben grandes cantidades de agua de lluvia al detener los vapores que la forman. Así, en los bosques que han permanecido intactos durante mucho tiempo, la capa de tierra, en la que se desarrolla la actividad de la vegetación, debe haber recibido una considerable adición. Pero los animales devuelven a la Tierra menos de lo que obtienen de ella, y los hombres consumen enormes cantidades de vegetales para el fuego y otros propósitos, se deduce que la capa de tierra vegetal, en los países bien poblados, debe estar constantemente en declive, y convertirse finalmente en la superficie de Arabia Petrea, y tantas otras provincias del Este, (que de hecho es la parte del mundo que fue habitada más temprano) donde nada más que la sal y la arena se encuentra en la actualidad; porque la sal fija de las plantas y los animales se queda atrás, mientras que todas las demás partes se vuelven volátiles y vuelan. " Sr. de Buffon, Hist. Nat.

Esta teoría puede ser confirmada por los hechos, a saber, la gran cantidad de árboles y plantas de todo tipo, que cubrían todas las islas desartadas descubiertas en los últimos siglos, y por los inmensos bosques que la historia nos informa que fue necesario cortar en todas las partes del mundo, en la medida en que se volvieron mejor habitadas, y los habitantes se volvieron más civilizados. A lo que debo añadir las tres siguientes observaciones. La primera es que, si existen vegetales capaces de reemplazar la materia vegetal consumida por los animales, según Monsieur Buffon, deben ser aquellos árboles cuyas hojas y ramas recogen y se apropian de la mayor cantidad de agua y vapor. La segunda, que la destrucción del suelo, es decir, la pérdida de sustancia apta para la vegetación, no puede sino aumentar en la proporción en que la tierra es cultivada, y en que los habitantes, más industriosos, consumen sus producciones de todo tipo en mayor cantidad. Mi tercera y más importante observación es que los frutos de los árboles proporcionan a los animales un alimento más abundante que el que pueden esperar de otros vegetales. Esto lo sé por mi propia experiencia, habiendo comparado el producto de dos

pedazos de tierra de igual superficie y calidad, uno sembrado con trigo y el otro plantado con castaños.

Pag. 18.

(5.) Entre los cuadrúpedos, las dos distinciones más universales de las tribus carnívoras se deducen, una de la figura de los dientes, y la otra de la conformación de los intestinos. Los animales que se alimentan de vegetales tienen todos los dientes romos, como el caballo, el buey, la oveja y la liebre; pero los animales carnívoros los tienen afilados, como el gato, el perro, el lobo y el zorro. Y en cuanto a los intestinos, los frugívoros tienen algunos, como el colon, que no se encuentran en los animales carnívoros. Parece, por tanto, que el hombre, teniendo dientes e intestinos como los de los animales frugívoros, debería naturalmente ser clasificado en esa clase; y no sólo las observaciones anatómicas confirman esta opinión, sino que los monumentos de la Antigüedad la favorecen enormemente. "Dicearchus, dice San Jerónimo, relata en sus Libros de Antigüedades Griegas, que bajo el Reinado de Saturno, cuando la Tierra era todavía fértil por sí misma, nadie comía Carne, sino que todos vivían de Frutas y otros Vegetales, que la Tierra producía naturalmente". (Lib. 2. Adv. Jovinian.) Con esto se verá que renuncio a muchas ventajas de las que podría aprovecharme. Ya que su presa es casi el único tema de disputa entre los animales carnívoros, y los frugívoros viven juntos en perpetua paz y armonía, si los hombres fueran de esta última clase, es evidente que encontrarían mucho más fácil subsistir en un estado de naturaleza, y tendrían muchas menos llamadas y ocasiones para abandonarlo.

Pag. 20.

(6.) Todas aquellas ramas del conocimiento que requieren reflexión, que no pueden ser alcanzadas sino por una cadena de

ideas, y que sólo pueden ser llevadas a la perfección una tras otra, parecen estar totalmente fuera del alcance del hombre salvaje, por falta de comunicación con sus compañeros, es decir, por falta de un instrumento con el que formar esta comunicación, y de llamadas que la hagan necesaria. Todo su conocimiento e industria consiste en saltar, correr, luchar, lanzar una piedra o trepar a un árbol. Pero, si por un lado no puede hacer nada más, por otro puede hacer todas estas cosas mucho mejor que nosotros, que estamos mucho menos obligados a tales ejercicios; y como la habilidad y la destreza en tales ejercicios depende enteramente de la práctica, y no puede ser comunicada ni transmitida de un individuo a otro, el primer hombre podría haber sido tan experto en ellos como el último de sus descendientes.

Los relatos de los viajeros abundan en ejemplos de la fuerza y el vigor de los hombres en los países bárbaros y salvajes; exaltan casi igualmente su agilidad y destreza; y como sólo los ojos son suficientes para hacer tales observaciones, podemos dar crédito en estas ocasiones a los testigos oculares. Extraeré al azar algunos ejemplos de los primeros libros que se me presentan.

"Los hotentotes, dice Kolben, son mejores pescadores que los europeos del Cabo. Utilizan la red, el anzuelo y el dardo, con igual destreza, en los arroyos de la costa del mar y en sus ríos. No son menos expertos en capturar peces con las manos. En la natación, nada puede compararse con ellos. Su forma de nadar tiene algo muy sorprendente y muy peculiar. Nadan erguidos con las manos por encima del agua, de modo que parecen caminar sobre tierra firme. En los mares más montañosos, bailan sobre la espalda de las olas, subiendo y bajando como un trozo de corcho".

El mismo autor nos dice en otro lugar que los hotentotes son sorprendentemente hábiles en la caza, y que su agilidad en la carrera es totalmente inconcebible; y se asombra de que no hagan más a menudo un mal uso de su agilidad; porque lo hacen a veces, como podemos ver en la siguiente historia.

"Un marinero holandés, al desembarcar en el Cabo, ordenó a un hotentote que le siguiera a la ciudad con un rollo de tabaco de unas veinte libras de peso. Cuando llegaron a cierta distancia del resto de la compañía, el hotentote le preguntó al marinero si había corrido bien. Corrió bien, respondió el holandés, sí, muy bien. Veamos, contestó el africano; y corriendo con el tabaco, al momento siguiente se perdió de vista. El marinero, asombrado por la sorprendente rapidez del salvaje, fue demasiado prudente para pensar en perseguirlo, y no volvió a ver ni el tabaco ni el mozo.

"Su vista es tan rápida, y su puntería con la mano tan segura, que los europeos se quedan muy cortos en estos aspectos. A cien pasos de distancia te golpearán con una piedra una marca no mayor que medio penique; y lo que es aún más sorprendente, en lugar de fijar sus ojos en ella, están todo el tiempo corriendo de un lado a otro, y retorciendo sus cuerpos. Uno podría pensar que su piedra es llevada por una mano invisible".

El Padre du Tertre dice más o menos lo mismo de los salvajes de la India Occidental, que hemos leído de Kolben sobre los hotentotes del Cabo de Buena Esperanza: sobre todo destaca su destreza para disparar con sus flechas a los pájaros que vuelan y a los peces que nadan, que luego cogen buceando. Los salvajes de América del Norte no son menos famosos por su fuerza y destreza: Y la siguiente historia puede ayudar a darnos una idea de estas cualidades en los indios de América del Sur.

En el año 1746, un indio de Buenos Ayres que había sido condenado a las Galias de Cádiz, propuso al Gobernador comprar su libertad exponiendo su vida en un festival público. Se comprometió a atacar por sí mismo al más furioso de los toros sin

más arma que una cuerda, a llevarlo al suelo, a agarrar con su cuerda la parte que se le ordenara, a ensillarlo, a ponerle las bridas, y a continuación, montado sobre su espalda, a luchar contra otros dos de los más furiosos toros del Torillo, y a matarlos a ambos uno tras otro, en el momento en que se le ordenara hacerlo, y todo ello sin ningún tipo de ayuda. Aceptados estos términos por el Gobernador, el indio cumplió su palabra y realizó todo lo que había prometido. Para conocer la forma en que lo hizo y los detalles de tan extraordinario compromiso, el lector puede consultar el Primer Volumen de Observaciones sobre Historia Natural del Sr. Gautier, de quien he tomado prestado este relato. Página xxx.

Pag. 25.

(7.) "La duración de la vida de los caballos, dice el señor de Buffon, es, como en todas las demás especies de animales, proporcional a la duración de su estado de crecimiento. El hombre, que tiene catorce años de crecimiento, puede vivir seis o siete veces más, es decir, noventa o cien años: El caballo, cuyo crecimiento se realiza en cuatro años, puede vivir seis o siete veces más, es decir, cinco y veinte o treinta años. Los casos de desviación de esta regla son tan escasos, que no deben considerarse como una excepción de la que se pueda extraer ninguna consecuencia; y como los caballos grandes alcanzan su tamaño completo en un tiempo mucho más corto que los de complexión delicada, son menos longevos, y envejecen incluso a los quince años".

Pag. 25.

(8.) Creo que veo entre los animales carnívoros y los frugívoros otra diferencia aún más general que la establecida en la nota (5.), ya que se extiende incluso a las aves. Esta diferencia consiste en el número de sus crías, que nunca excede de dos por camada en los

animales que se alimentan de vegetales, pero que generalmente es mayor en los de presa. No es difícil adivinar las intenciones de la naturaleza a este respecto por el número de tetas, que nunca es más de dos en las hembras de la primera clase, como la yegua, la vaca, la cabra, la oveja, etc., y siempre seis u ocho en las otras hembras, como la perra, la gata, la loba, la oveja, etc. La gallina, el ganso y el pato, que son aves carnívoras, así como el águila, el gavilán y el búho, también ponen y empollan un gran número de huevos, cosa que no se conoce en el caso de la paloma o de otras aves que sólo tocan el grano. Estas rara vez ponen y empollan más de dos huevos a la vez. La mejor razón que se puede dar para esta diferencia, es que los animales, que viven enteramente de hierbas y plantas, al estar obligados a pasar la mayor parte del día buscando su alimento, y requiriendo una gran cantidad de tiempo para tomar su alimento, les sería imposible amamantar a muchas crías; mientras que las de presa, al hacer su comida en un momento o dos, pueden ir y venir más fácilmente entre sus crías y su presa, y reparar el gasto de una cantidad tan grande de leche. Podría hacer muchas otras observaciones y reflexiones sobre este tema, pero este no es un lugar para ellas; y es suficiente para mi propósito que en esta parte haya señalado el sistema más general de la naturaleza, un sistema que ofrece una nueva razón para sacar al hombre de la clase de animales carnívoros a la de frugívoros.

Pag. 38.

(9.) Un célebre Autor, calculando los Bienes y los Males de la Vida Humana y comparando las dos Sumas, encontró que la última superaba ampliamente a la primera, y que todo lo que se consideraba Vida para el Hombre no era un Regalo tan valioso. No me sorprenden sus conclusiones; extrajo todos sus argumentos de la constitución del hombre en un Estado civilizado. Si hubiera mirado al hombre en un estado de naturaleza, es obvio que el resultado de sus investigaciones habría sido muy diferente; que el hombre le habría parecido sujeto a muy pocos males, excepto a los de su

propia creación, y que habría absuelto a la naturaleza. Algo nos ha costado hacernos tan miserables. Cuando, por una parte, consideramos los inmensos trabajos de la Humanidad, tantas ciencias llevadas a la perfección, tantas artes inventadas, tantas fuerzas empleadas, tantos abismos rellenados, tantas montañas niveladas, tantas rocas despedazadas, tantos ríos hechos navegables, tantas extensiones de tierra despejadas, lagos vaciados, pantanos drenados, enormes edificios levantados sobre la tierra y el mar cubierto de barcos y marineros; y, por otra parte, sopesar con tan poca atención las verdaderas Ventajas que han resultado de todas estas Obras para la Especie Humana; no podemos dejar de asombrarnos de la enorme Desproporción observable entre estas Cosas, y deplorar la Ceguera del Hombre, que, para alimentar su insensato Orgullo y no sé qué vana Auto-Admiración, le hace cortejar y perseguir ávidamente todas las Miserias que es capaz de sentir, y que la benéfica Naturaleza ha tenido cuidado de mantener a Distancia de él.

El hombre civilizado es un ser travieso; una lamentable y constante experiencia hace innecesaria la prueba de ello; el hombre, sin embargo, es naturalmente bueno; creo haberlo demostrado; qué podría entonces haberlo depravado hasta tal grado, a no ser los cambios que han ocurrido en su constitución, sus mejoras y las luces que ha adquirido. Critiquemos la sociedad humana tanto como nos plazca, no será menos cierto que necesariamente compromete a los hombres a odiarse mutuamente en la medida en que sus intereses chocan; a prestarse mutuos servicios aparentes, y de hecho a amontonar entre sí todos los males imaginables. ¿Qué hemos de pensar de un comercio en el que el interés de cada individuo le dicta máximas diametralmente opuestas a las que el interés de la comunidad recomienda al conjunto de la sociedad; un comercio en el que cada hombre encuentra su cuenta en las desgracias de su vecino? No hay, tal vez, un solo hombre en circunstancias fáciles, cuya muerte no deseen secretamente sus codiciosos herederos, es más, con demasiada frecuencia sus propios hijos; ni un barco en el mar, cuya pérdida no sea una noticia

agradable para algún comerciante; ni una casa que un deudor no se alegre de ver reducida a cenizas con todos sus papeles; ni una nación que no se alegre de las desgracias de sus vecinos. Es así que encontramos nuestra ventaja en los desastres de nuestros compañeros, y que la pérdida de un hombre casi siempre constituye la prosperidad de otro. Pero, lo que es aún más peligroso, las calamidades públicas son siempre objeto de las esperanzas y expectativas de una multitud de personas privadas. Unos por la Enfermedad, otros por la Mortalidad; éstos por la Guerra, aquellos por el Hambre. He visto a monstruos de hombres llorar de pena ante la aparición de una temporada abundante; y la gran y fatal conflagración de Londres, que costó a tantos desdichados su vida o su fortuna, demostró, tal vez, la fabricación de más de diez mil personas. Sé que Montaigne critica a Demades, el ateniense, por haber hecho castigar a un obrero que, vendiendo sus ataúdes a un precio muy alto, se benefició de la muerte de sus conciudadanos: Pero siendo la razón de Montaigne, que por la misma regla todos los hombres deben ser castigados, es evidente que confirma mi argumento. Veamos, pues, a través de nuestras frívolas demostraciones de benevolencia, lo que ocurre en lo más íntimo del corazón, y reflexionemos sobre lo que debe ser ese estado de cosas, en el que los hombres se ven obligados con el mismo aliento a acariciarse y a maldecirse mutuamente, y en el que nacen enemigos por deber y bribones por interés. Tal vez alguien objetará que la sociedad está formada de tal manera que todos los hombres ganan sirviendo a los demás. Puede ser así, pero ¿no gana aún más perjudicándolos? No hay ganancia lícita sino la que es superada en gran medida por la que se puede obtener ilícitamente, y siempre ganamos más perjudicando a nuestros vecinos que haciéndoles el bien. La única objeción, por lo tanto, que queda ahora, es la dificultad que los malhechores encuentran para protegerse del castigo, y es para lograr esto, que los poderosos emplean toda su fuerza, y los débiles toda su astucia.

El hombre salvaje, cuando ha cenado, está en paz con toda la Creación, y es amigo de todos sus compañeros. ¿Sucede a veces

una disputa en torno a una comida? Rara vez llega a los golpes sin haber comparado primero la dificultad de vencer con la de encontrar un suministro en algún otro lugar; y, como el orgullo no tiene parte en la disputa, ésta termina en unos pocos puñetazos; el conquistador come, el conquistado se retira a buscar su fortuna en otra parte, y todo vuelve a estar tranquilo. Pero con el hombre en sociedad el caso es muy diferente; en primer lugar, hay que proveer las necesidades, y luego las superfluidades; siguen los manjares, y luego las inmensas riquezas, y luego los súbditos, y luego los esclavos. No goza de la menor relajación; y lo que es más extraordinario, cuanto menos naturales y apremiantes son sus deseos, más obstinadas se vuelven sus pasiones, y lo que es aún peor, mayor es su poder para satisfacerlas; de modo que después de una larga serie de prosperidad, tras haber engullido inmensos tesoros y arruinado a miles de personas, nuestro héroe cierra la escena cortando todas las gargantas, "hasta que por fin se encuentra como único dueño de un universo vacío". Tal es, en miniatura, el cuadro moral, si no de los asuntos humanos, al menos de las secretas pretensiones de todo corazón civilizado.

Compara sin prejuicios el estado del ciudadano con el del salvaje, y averigua, si puedes, cuántas entradas, además de su maldad, sus deseos y sus miserias, ha abierto el primero al dolor y a la muerte. Si consideras las aflicciones de la mente que nos asaltan, las violentas pasiones que nos desgastan y agotan, los excesivos trabajos con los que los pobres se ven sobrecargados, la aún más peligrosa indolencia en la que se hunden los ricos, y que lleva a la tumba a aquellos por la carencia, y a éstos por el exceso. Pero reflexionad un momento sobre la mezcla monstruosa y la manera perniciosa de condimentar tantas clases de alimentos, el estado corrupto en que a menudo se utilizan; sobre la sofisticación de los medicamentos, los trucos de quienes los venden, los errores de quienes los administran, las cualidades venenosas de los recipientes en que se preparan: pero pensad un poco en las enfermedades epidémicas producidas por el mal aire entre un gran número de hombres amontonados, o las ocasionadas por nuestro

delicado modo de vida, por nuestras transiciones alternas desde las partes más cercanas de nuestras casas al aire libre, por tomar o dejar de tomar nuestras ropas con muy poca precaución, y por todas esas comodidades que nuestra ilimitada sensualidad ha convertido en hábitos necesarios, y cuyo descuido o pérdida nos cuesta después la vida o la salud; Enumerad las conflagraciones y los terremotos que, devorando o derribando ciudades enteras, destruyen por millares a sus miserables habitantes; resumid en pocas palabras los peligros que conllevan todos estos males, y veréis entonces cuán caro nos hace pagar la naturaleza el desprecio que hemos manifestado por sus lecciones.

No repetiré ahora lo que he dicho en otra parte sobre las calamidades de la guerra; sólo desearía que las personas suficientemente informadas para ello estuvieran dispuestas o fueran lo suficientemente audaces como para favorecernos con el detalle de las villanías cometidas en los ejércitos por los encargados de las provisiones y los hospitales; entonces descubriríamos claramente que sus monstruosos fraudes, pero ya demasiado conocidos, destruyen más soldados que los que realmente caen por la espada del enemigo, de modo que a menudo hacen que los ejércitos más gallardos desaparezcan casi instantáneamente de la faz de la Tierra. El número de los que cada año perecen en el mar por el hambre, por el escorbuto, por los piratas, por los naufragios, proporcionaría materia para otro cálculo muy impactante. Además, es evidente que debemos incluir en la cuenta del establecimiento de la propiedad y, por supuesto, de la sociedad, los asesinatos, los envenenamientos, los robos en la carretera e incluso los castigos infligidos a los desgraciados culpables de estos crímenes; castigos, es cierto, necesarios para prevenir males mayores, pero que, al hacer que el asesinato de un hombre suponga la muerte de dos, duplican de hecho la pérdida de la especie humana. ¿Cuántos son los vergonzosos métodos para impedir el nacimiento de los hombres y engañar a la naturaleza? Ya sea por medio de esos apetitos brutales y depravados que insultan su obra más encantadora, apetitos que ni los salvajes ni los simples animales conocieron

jamás, y que en los países civilizados sólo podían surgir de una imaginación corrupta; o por medio de esos abortos secretos, los dignos frutos del libertinaje y del honor vicioso; o por la Exposición o el Asesinato de Multitudes de Niños, Víctimas de la Pobreza de sus Padres, o de la bárbara Vergüenza de sus Madres; o en fin por la Mutilación de esos Desgraciados, Parte de cuya Existencia, con la de toda su Posteridad, es sacrificada a la vana canción, o, lo que es aún peor, a los brutales Celos de algunos otros Hombres: Una mutilación que, en el último caso, es doblemente ultrajante para la naturaleza por el trato que reciben guienes la sufren y por el servicio al que son condenados. Pero, ¿qué pasaría si me propusiera mostrar que la especie humana es atacada en su mismo origen, e incluso en el más sagrado de todos los lazos, en cuya formación la naturaleza nunca es escuchada hasta que se ha consultado a la fortuna, y el desorden civil que confunde toda la virtud y el vicio, la continuidad se convierte en una precaución criminal, y la negativa a dar vida a seres como uno mismo, en un acto de humanidad? pero no debo abrir el velo que oculta tantos horrores; basta con que haya señalado la enfermedad, ya que es asunto de otros aplicar un remedio.

Añadamos a esto el gran número de oficios insalubres que reducen la vida, o destruyen la constitución; como la excavación y preparación de metales y minerales, especialmente plomo, cobre, mercurio, cobalto, arsénico, realgar; esos otros oficios peligrosos, que cada día matan a tantos hombres, por ejemplo, los albañiles, los carpinteros, los albañiles y los canteros; unamos, digo, todos estos objetos, y entonces descubriremos en el establecimiento y la perfección de las sociedades las razones de esa disminución de la especie, de la que tantos filósofos se han dado cuenta.

El lujo, que nada puede impedir entre los hombres dispuestos a sacrificar todo a su propia conveniencia, y deseosos de comprar a cualquier precio el respeto de los demás, pronto pone fin a los males que la sociedad había comenzado; y con el pretexto de dar pan a los pobres, que más bien debería haber evitado hacer, empobrece a todos los demás, y tarde o temprano despoja al Estado.

El lujo es un remedio mucho peor que la enfermedad que pretende curar; o más bien es en sí mismo la peor de todas las enfermedades, tanto en los Estados grandes como en los pequeños. Para mantener esas multitudes de sirvientes y miserables que nunca deja de crear, aplasta y arruina a los laboriosos habitantes de la ciudad y del campo: No es diferente a esos vientos abrasadores del Sur, que cubriendo los árboles y las hierbas con insectos devoradores, roban a los animales útiles de la subsistencia, y llevan el hambre y la muerte con ellos dondequiera que soplan.

De la Sociedad y del Lujo engendrado por ella, surgen las Artes liberales y mecánicas, el Comercio, las Letras, y todas aquellas Inutilidades que hacen florecer la Industria, enriquecen y arruinan a las Naciones. Las razones de tal ruina son muy simples. Es evidente que la agricultura, por su propia naturaleza, debe ser la menos lucrativa de todas las artes, porque siendo su producto la necesidad más indispensable para todos los hombres, el precio de este producto debe ser proporcional a las facultades de los más pobres. Del mismo principio puede deducirse que, en general, las artes son lucrativas en proporción inversa a su utilidad, y que al final las más necesarias deben ser las más descuidadas. Por lo cual se nos enseña a formarnos un juicio de las verdaderas ventajas de la industria y de los verdaderos efectos de su progreso.

Tales son las causas evidentes de todas las miserias en las que la opulencia precipita finalmente a las naciones más admiradas. En la medida en que la Industria y las Artes se extienden y florecen, el campesino despreciado, cargado con los Impuestos necesarios para el Mantenimiento del Lujo, y condenado a pasar su Vida entre el Trabajo y el Hambre, abandona sus Campos para buscar en la Ciudad el Pan que debería llevar allí. Cuanto más admiran nuestras

ciudades capitales los ojos del estúpido vulgo, más razón hay para llorar, considerando qué grandes extensiones de tierra están completamente desiertas, qué campos fructíferos están sin cultivar, cómo las carreteras están llenas de infelices ciudadanos convertidos en mendigos o salteadores de caminos, y condenados, tarde o temprano, a dejar su miserable vida en la rueda o en el estercolero. Es así que mientras los Estados se enriquecen por un lado, se debilitan y se despoblan por el otro; y las Monarquías más poderosas, después de innumerables Trabajos para enriquecerse y adelgazar, caen al fin en presa de alguna Nación pobre, que ha cedido a la fatal Tentación de invadirlos, y entonces se vuelve opulenta y débil a su vez, 'hasta que ella misma es invadida y destruida por alguna otra.

Desearía que alguien se dignara a informarnos sobre lo que ha podido producir esos enjambres de bárbaros que durante tantas épocas han invadido Europa, Asia y África. ¿Fue a la industria de sus artes, a la sabiduría de sus leyes y a la excelencia de su policía a lo que debieron tan prodigioso aumento? Desearía que nuestros sabios tuvieran la amabilidad de decirnos por qué, en lugar de multiplicarse en tal grado, estos hombres feroces y brutales, sin sentido ni ciencia, sin control, sin educación, no se asesinaban unos a otros cada minuto en disputas por los productos espontáneos de sus campos y bosques. Que nos digan cómo estos miserables pudieron tener la seguridad de mirar a la cara a hombres tan hábiles como nosotros, con una disciplina militar tan fina, códigos tan excelentes y leyes tan sabias. En fin, desde que la sociedad se ha perfeccionado en los climas del Norte, y desde que se han tomado tantas medidas con los habitantes de estos países para instruirlos en sus deberes mutuos y en el arte de vivir pacíficamente y en armonía, ya no los vemos producir nada parecido a las innumerables huestes que solían enviar. Temo que alquien se tome la molestia de responderme diciendo que, en verdad, todas estas grandes cosas, a saber, las artes, las ciencias y las leyes, fueron inventadas muy sabiamente por los hombres, como una plaga saludable, para evitar la multiplicación excesiva de la humanidad, si

este mundo, que se nos ha dado para que lo habitemos, resulta finalmente demasiado pequeño para sus habitantes.

¿Entonces qué? ¿Deben destruirse las sociedades? ¿Se abolirán el Meum y el Tuum, y el hombre se enterrará de nuevo en los bosques entre lobos y osos? Una consecuencia en el estilo de mis adversarios, que prefiero obviar antes de permitirles la vergüenza de sacarla. Oh tú, que no has escuchado la Voz del Cielo, y que no permites a tu Especie otra suerte que la de terminar en Paz esta corta Vida; tú, que puedes dejar en medio de las Ciudades tus fatales Adquisiciones, tus Espíritus turbulentos, tus Corazones corrompidos y tus ilimitados Deseos, retoma, ya que está en tu Poder, tu antigua y primitiva Inocencia; retiraos a los bosques, para perder la vista y el recuerdo de los crímenes cometidos por vuestros coetáneos; ni temáis degradar vuestra especie, renunciando a sus mejoras para renunciar a sus vicios. En cuanto a los Hombres como yo, cuyas Pasiones han destruido irremediablemente su Simplicidad original, que ya no pueden vivir de Hierba y Bellotas, o sin Leyes y Magistrados; todos aquellos que fueron honrados en la Persona de su primer Padre con Lecciones sobrenaturales; aquellos, que descubren, en la Intención de dar inmediatamente a las Acciones Humanas una Moralidad que de otra manera habrían estado tanto tiempo en adquirir, la Razón de un Precepto indiferente en sí mismo, y completamente inexplicable en cualquier otro Sistema; aquellos, en una palabra, que están convencidos de que la Voz Divina ha llamado a todos los Hombres a la Perfección y a la Felicidad de las Inteligencias celestiales; todos ellos se esforzarán, por la Práctica de aquellas Virtudes a las que se obligan al aprender a distinguirlas, en merecer la Recompensa eterna prometida a su Obediencia. Respetarán los sagrados vínculos de las Sociedades a las que pertenecen; amarán a sus compañeros y los servirán en la medida de sus posibilidades; obedecerán religiosamente las Leyes y a todos los que las hacen o las administran; honrarán por encima de todo a los buenos y sabios Príncipes que encuentran medios para prevenir, curar o incluso paliar la multitud de males y abusos que siempre están a punto de abrumarnos; animarán el celo de esos dignos

Jefes, mostrándoles sin miedo ni adulación la importancia de su tarea y el rigor de sus deberes. Pero después de todo, deben despreciar una Constitución que no puede subsistir sin la ayuda de tantos hombres de valor, que a menudo se necesitan más que se encuentran, y de la que, a pesar de todos sus cuidados, siempre surgen más calamidades reales que ventajas aparentes.

Pag. 39.

(10.) Entre los hombres que conocemos, o que conocemos por la historia, o por las relaciones de los viajeros, algunos son negros, otros blancos y otros rojos; algunos llevan el pelo largo, otros en lugar de pelo no tienen más que una lana rizada; algunos están cubiertos de pelo por todas partes, otros no tienen ni siquiera barba; Ha habido, y tal vez todavía hay, naciones de tamaño gigantesco; para no insistir en la fábula de los pigmeos, que tal vez no sea más que una exageración, es bien sabido que los lapones, y especialmente los groenlandeses, están muy por debajo de la estatura media; Incluso se pretende que hay naciones enteras con colas como cuadrúpedos; y sin dar crédito ciegamente a Heródoto y Ctesias, podemos al menos extraer esta opinión muy probable de sus relaciones, que si se hubieran podido hacer buenas observaciones en estos primeros tiempos, cuando los modos y costumbres de las naciones diferían más de lo que lo hacen en la actualidad, habrían aparecido igualmente variedades más sorprendentes en la figura y el hábito de sus cuerpos. Todos estos hechos, de los que se pueden dar fácilmente pruebas incontestables, sólo pueden asombrar a aquellos que nunca consideran otros objetos que los que les rodean, y que son extraños a la poderosa influencia de los diferentes modos de vida, clima, aire, comida, y sobre todo al sorprendente poder de las mismas causas, cuando actúan continuamente en una larga sucesión de generaciones. En la actualidad, dado que las naciones dispersas por la faz de la Tierra están mejor unidas por el comercio, los viajes y la conquista, y que sus modales y costumbres se asemejan cada día

más como consecuencia de una relación más frecuente, ciertas diferencias nacionales han disminuido considerablemente. Por ejemplo, es evidente que los franceses ya no son aquellos cuerpos grandes, de pelo y piel claros descritos por los historiadores latinos, aunque el tiempo, ayudado por la mezcla de francos y normandos igualmente blancos, debería, uno imaginaría, haber restaurado lo que el clima, por las frecuentes visitas de los romanos, podría haber perdido de su influencia sobre la constitución natural y la complexión de los habitantes. Todas estas Observaciones sobre las Variedades, que mil Causas pueden producir y han producido de hecho en la Especie Humana, me hacen dudar si varios Animales, que los Viajeros han tomado por Bestias, por Falta de examinarlos adecuadamente, a causa de alguna Diferencia que observaron en su Configuración exterior, o simplemente porque estos Animales no hablaban, no eran de hecho verdaderos Hombres, (aunque en un Estado salvaje,) cuya Raza tempranamente dispersa en los Bosques nunca tuvo ninguna Oportunidad de desarrollar sus Facultades virtuales, y no había adquirido ningún Grado de Perfección, sino que todavía permanecía en el Estado primitivo de la Naturaleza. Daré un ejemplo para ilustrar mi significado.

"El traductor de la Historia de los viajes, etc., dice que en el Reino del Congo se encuentran muchos de esos grandes animales, llamados Orang-Outang, en las Indias Orientales, que forman una especie de rango medio de seres entre los hombres y los babuinos. Battel nos dice que en los bosques de Mayomba, en el Reino de Loango, hay dos tipos de monstruos, los más grandes llamados Pongos y los otros Enjokos. Los primeros se parecen exactamente al Hombre, pero son mucho más grandes y altos. Su rostro es humano, pero con los ojos muy hundidos. Sus manos, sus mejillas y sus orejas están bastante desprovistas de pelo, hasta las cejas, que son muy largas. El resto de su cuerpo es bastante peludo, y el pelo es de color marrón. En resumen, lo único que los distingue de la especie humana es la forma de sus piernas, que no tienen pantorrilla. Caminan erguidos, sosteniendo en sus manos el pelo de su cuello. Se mantienen en los bosques; duermen en los árboles,

donde hacen una especie de techo que los protege de la lluvia. Nunca tocan la carne de los animales, sino que viven de nueces y otros frutos silvestres. Los Negros, con quienes es costumbre, cuando su camino pasa por los Bosques, encender Fuegos en la Noche, observan que tan pronto como parten en la Mañana, los Pongos se reúnen alrededor del Fuego, y continúan allí hasta que se apaga: porque aunque estos Animales son muy hábiles, no tienen el Sentido suficiente para mantener el Fuego suministrándole Combustible.

A veces marchan en grandes compañías y matan a los negros que cruzan los bosques. Incluso caen sobre los Elefantes que vienen a alimentarse en los Lugares que ellos frecuentan, y maltratan tanto a estos Animales con sus Puños desnudos o con Palos, que los hacen rugir de nuevo, y volar para evitar su furia. Los Pongos, cuando crecen, nunca son capturados vivos, porque son tan fuertes, que diez hombres no serían capaces de dominar a uno de ellos. Pero los Negros toman varios (de) los jóvenes después de matar a la Madre, de cuyo Cuerpo, se aferran tan rápido, que no es fácil separarlos. Cuando uno de estos animales muere, el resto cubre su cuerpo con un montón de hojas o ramas. Purchass añade que, en sus conferencias con Battel, él mismo le informó de que un día un Pongo se llevó a un pequeño negro, que pasó un mes entero entre estos animales, ya que no hacen ningún daño a los hombres a los que sorprenden, siempre que sus cautivos no los miren, como observó el pequeño negro. Battel no ha descrito la segunda especie de monstruo.

Dapper confirma que el Reino del Congo está lleno de estos animales, que en las Indias Orientales se conocen con el nombre de Orang-Outang, es decir, habitantes de los bosques, y que los africanos llaman Quojas-Morros. Esta bestia, dice, es tan parecida a un hombre, que algunos viajeros han sido tan tontos como para pensar que podría ser la descendencia de una mujer y un mono: una quimera de la que se ríen los propios negros. Uno de estos

animales fue traído del Congo a Holanda y presentado a Federico Enrique, Príncipe de Orange. Era tan alto como un niño de tres años, moderadamente corpulento y, aunque de complexión cuadrada, estaba bien proporcionado y, además, era muy activo y vivaz; sus patas eran fuertes y carnosas, la parte trasera del cuerpo estaba cubierta de pelo negro y la parte delantera no tenía pelo alguno. A primera vista, su cara se parecía a la de un hombre, pero la nariz era plana y respingona; sus orejas también se parecían a las de la especie humana; su pecho, ya que era una hembra, tenía hoyuelos, el ombligo hundido, los hombros bien colgados, las manos divididas en dedos y pulgares, las pantorrillas de las piernas y los talones gordos y carnosos. A menudo caminaba erquida sobre sus piernas, y podía levantar y llevar cargas bastante pesadas. Cuando quería beber, se agarraba a la tapa del recipiente con una mano y al fondo con la otra, y después de beber se limpiaba los labios muy bien. Cuando se acostaba para descansar, colocaba su cabeza sobre una almohada y se cubría con tanta destreza que uno la habría tomado por una mujer en la cama. Los negros cuentan extrañas historias sobre este animal. Nos aseguran que el macho no sólo violenta a las mujeres adultas y a las jóvenes, sino que incluso no teme atacar a los hombres armados; en una palabra, hay una gran razón para pensar que éste es el sátiro de los antiguos. Son, tal vez, los animales a los que se refiere Merolla, cuando dice que los negros, cuando cazan, a veces capturan hombres y mujeres salvajes".

En el tercer tomo de la misma Historia de los Viajes se menciona también esta clase de animales antropoformes, con el nombre de Beggos y Mandriles; pero para atenerse a las relaciones precedentes, hay en la descripción de estos pretendidos monstruos conformidades muy llamativas con la especie humana, y diferencias menores de las que pueden señalarse entre un hombre y otro. No podemos descubrir por estos pasajes, qué razones tuvieron los escritores para negar a los animales en cuestión el nombre de hombres salvajes; pero podemos adivinar fácilmente, que fue a causa de su estupidez y falta de habla; argumentos débiles para

aquellos que saben, que, aunque los órganos del habla son naturales para el hombre, es de otra manera con el habla misma, y son conscientes de lo que la perfectibilidad de la especie humana puede haber exaltado al hombre civil por encima de su condición original. El pequeño número de líneas dedicadas a estas descripciones es suficiente para mostrar con qué prejuicio se han visto estos animales y con qué poco se han examinado. Por ejemplo, se les representa como monstruos, y al mismo tiempo se les permite engendrar. En un lugar, Battel dice que "los pongos matan a los negros que encuentran en el bosque"; en otro, Purchass añade que "no les hacen ningún daño, incluso cuando los sorprenden, siempre que los negros tengan cuidado de no mirarlos demasiado. Los pongos se reúnen alrededor de las hogueras encendidas por los negros, cuando éstos las han abandonado, y se retiran a su vez, tan pronto como el fuego se apaga." Tal es el hecho, ahora el comentario sobre él; "porque con toda su dirección no tienen suficiente sentido para mantener el fuego suministrándolo con madera". Me gustaría saber por qué medios Battel, o su compilador Purchass, descubrieron que la retirada de los Pongos era el efecto de la estupidez en ellos más que la inclinación. En un clima como el de Loango, los animales no pueden tener mucha necesidad de fuego, y si los negros hacen fuego, no es tanto para calentarse como para asustar y mantener a distancia a las bestias salvajes que pululan por el país; por lo tanto, es natural que los Pongos, después de haberse entretenido durante algún tiempo con las llamas, o haberse calentado lo suficiente, se cansen de permanecer inmóviles en el mismo lugar, y vuelvan a sus frutos silvestres que requieren más tiempo que la carne de los animales. Además, es bien sabido que la mayoría de los animales, y el propio hombre, son naturalmente indolentes, y nunca se preocupan por cualquier cosa de la que puedan prescindir. En fin, parece muy extraño que los Pongos, cuya destreza y fuerza es tan criticada, que saben cómo enterrar a sus Muertos, y hacerse Toldos con Hojas y Ramas, no sepan cómo mantener un Fuego de Madera empujando los Palos medio quemados en él. Recuerdo haber visto a un Mono hacer la misma cosa que Battel y Purchass no permiten hacer a los Pongos Sense; es cierto que, no habiendo tomado mis

pensamientos todavía un giro en esta dirección, cometí yo mismo la misma falta con la que ahora reprocho a nuestros Viajeros, y descuidé examinar si la Intención del Mono era mantener el Fuego, o apenas imitar a aquellos a quienes había visto hacerlo. Sea como fuere, es evidente que el mono no pertenece a la especie humana, no sólo porque le falta la facultad de hablar, sino sobre todo porque su especie no tiene la facultad de mejorar, que es la característica específica de la especie humana. Pero no parece que se hayan hecho los mismos experimentos con los Pongos y los Orang-Outang con el suficiente cuidado como para llegar a la misma conclusión. Existe, sin embargo, un método por el cual, si el Orang-Outang u otros animales fueran de la especie humana, los observadores más analfabetos podrían estar seguros de ello; pero además de que una sola generación no sería suficiente para tal experimento, debe considerarse como impracticable, porque es necesario que lo que ahora no es más que una suposición se convierta en un hecho, antes de que el experimento necesario para determinar la realidad de la misma pueda ser inocentemente realizado.

Las conclusiones apresuradas, y las que no son fruto de una razón bien ilustrada, son propensas a llegar a grandes extremos. Nuestros viajeros hacen bestias bajo el nombre de Pongos, Mandriles y Orang-Outang, de los mismos seres que los antiguos exaltaban como divinidades bajo el nombre de Sátiros, Faunos y Silvanos. Tal vez investigaciones más exactas demuestren que son hombres. Mientras tanto, me parece tan razonable atenerse al relato de Merolla, un religioso erudito, un testigo ocular, y que con todo su candor era un hombre de genio, como al de Battel, un simple comerciante, o a los de Dapper, Purchass y otros simples compiladores.

¿Qué podemos pensar que tales observadores habrían dicho del niño encontrado en 1699, que ya he mencionado? No mostraba el menor signo de razón, caminaba a cuatro patas, no tenía habla y emitía sonidos que no se parecían en nada a los de un hombre: estuvo durante mucho tiempo, continúa el filósofo del que tengo este dato, sin poder pronunciar ni siquiera unas pocas palabras, y las que pronunciaba eran de una manera bárbara. Tan pronto como pudo hablar, fue interrogado sobre su primera condición, pero no recordaba nada de ella, como nosotros recordamos lo que nos ocurrió en la cuna. Si el niño hubiera tenido la desgracia de caer en manos de nuestros viajeros, seguramente, a causa de su silencio y de su estupidez, lo habrían vuelto a soltar en el bosque o lo habrían encerrado en un monasterio, y habrían publicado relaciones muy eruditas sobre él, como si se tratara de una bestia muy curiosa y no muy diferente de un hombre.

Aunque los habitantes de Europa, desde hace tres o cuatro siglos, han invadido las demás partes del mundo y publican constantemente nuevas colecciones de viajes, estoy convencido de que los europeos son los únicos hombres que conocemos hasta ahora; es más, a juzgar por los ridículos prejuicios que hasta hoy prevalecen incluso entre los hombres de letras, muy pocos, con el pomposo título de estudio de la humanidad, se refieren a algo más que al estudio de sus propios compatriotas. Los individuos pueden ir y venir tanto como les plazca, la Filosofía, uno se imaginaría, permaneció inmóvil; y en consecuencia la de una Nación se adapta poco a otra. La razón de esto es evidente, al menos en lo que respecta a los países lejanos. No hay más que cuatro clases de personas que realizan largos viajes: marineros, comerciantes, soldados y misioneros: Ahora bien, es difícil esperar que los tres primeros tipos sean buenos observadores; y en cuanto a los últimos, aunque no sean como los demás, propensos a los prejuicios de la profesión, podemos concluir que están demasiado ocupados con los deberes de su sublime vocación, para descender a investigaciones que parecen ser meramente curiosas, y que interferirían con las labores más importantes a las que se dedican. Además, para predicar el Evangelio con éxito, sólo el celo es suficiente, Dios da el resto; pero para estudiar a los hombres, se requieren talentos que Dios no se ha comprometido a dar a ningún hombre, y que no siempre caen en la parte de los santos. No podemos abrir un libro

de viajes sin caer en descripciones de personajes y costumbres; pero debe parecer muy sorprendente que estos viajeros, que han descrito tantas cosas, no digan nada que no conozca ya muy bien todo lector; y que no tengan el suficiente sentido común para observar en el otro extremo del globo más de lo que podrían haber visto fácilmente sin salir de su propia calle; y que esos verdaderos rasgos que distinguen a las naciones, y que llaman la atención de todo ojo juicioso, hayan escapado casi siempre a los suyos. De ahí ese bello adagio, tan usado por los filósofos, de que los hombres son iguales en todos los países; que, como tienen en todas partes las mismas pasiones y los mismos vicios, es casi inútil tratar de caracterizar a las diferentes naciones que habitan la Tierra; una manera de argumentar poco mejor, en cierto modo, que la que nos haría concluir que es imposible distinguir entre Pedro y Santiago, porque ambos tienen una boca, una nariz y un par de ojos.

No volveremos a contemplar aquellos días felices en los que la gente común no se inmiscuía en la filosofía, sino que los Platones, los Taleses y los Pitogoras, sedientos de conocimiento, emprendían los viajes más largos sólo para instruirse, y visitaban los rincones más remotos de la Tierra para sacudirse el yugo de los prejuicios nacionales, para aprender a distinguir a los hombres por la verdadera conformidad y diferencia entre ellos, y adquirir esa visión universal de la naturaleza, que no pertenece a una época o a un país en exclusiva, sino que, al coexistir con todos los tiempos y lugares, compone, por así decirlo, la ciencia común de todos los sabios...

Admiramos la magnificencia de algunas personas curiosas, que a un gran costo han viajado ellas mismas, o han enviado a otros al Oriente con hombres eruditos y pintores, para tomar dibujos de ruinas, o descifrar inscripciones: Pero me asombra que en una época en la que los hombres son tan aficionados a la enseñanza útil y cortés, no surjan dos hombres perfectamente unidos y ricos, uno en dinero y el otro en genio, ambos amantes de la gloria y

estudiosos de la inmortalidad, uno de los cuales esté dispuesto a sacrificar veinte mil coronas de su fortuna y el otro diez años de su vida para hacer un viaje tan serio alrededor del mundo, que recomiende sus nombres a las generaciones presentes y futuras; que no se limitaran a las plantas y a las piedras, sino que estudiaran por una vez a los hombres y a las costumbres; y que, después de haber pasado tantas edades midiendo y examinando la casa, se tomaran por fin la molestia de conocer a sus habitantes.

Los Académicos, que visitaron las partes norteñas de Europa y las partes ecuatoriales de América, lo hicieron más en calidad de geómetras que de filósofos. Sin embargo, como eran a la vez geómetras y filósofos, no podemos considerar como totalmente desconocidas aquellas regiones que han sido vistas y descritas por un Condamine y un Maupertuis. El joyero Chardin, que viajó como Platón, no ha dejado nada sin decir sobre Persia; China parece haber sido bien estudiada por los jesuitas. Kempfer da una idea tolerable de lo poco que vio en Japón. Salvo lo que nos dicen estas relaciones, no sabemos nada de los habitantes de las Indias Orientales, frecuentadas únicamente por europeos más atentos a llenar sus bolsillos de dinero que sus cabezas de conocimientos útiles. Toda África y sus numerosos habitantes, igualmente singulares en cuanto a su carácter y color, siguen sin ser examinados; toda la Tierra está cubierta de naciones de las que no conocemos más que los nombres, y sin embargo nos erigimos en jueces de la humanidad. Supongamos que un Montesquieu, un Buffon, un Diderot, un Duclos, un d'Alembert, un Condillac, u otros hombres de esa calaña, emprendieran un viaje para instruir a sus compatriotas, observando y describiendo con toda la atención y exactitud de que son dueños, a Turquía, Egipto, Berbería, el Imperio de Marruecos, Guinea, la Tierra de los Cafres, las partes interiores y las costas orientales de África, Malabar, el país de los mogoles, las orillas del Ganges, los reinos de Siam, Pegu y Ava, China, Tartaria, y sobre todo Japón; Luego, en el otro hemisferio, México, Perú, Chile, la Tierra de Magallanes, sin olvidar las patagonas reales o imaginarias, Tucumán, Paraguay, si es posible, Brasil, en fin, las islas Carribee, Florida, y todos los países salvajes, la parte más

importante de todo el circuito, y la que requeriría el mayor cuidado y atención; Supongamos que estos nuevos Hércules, a su regreso de estas memorables expediciones, se sentasen a componer en su tiempo libre una Historia natural, moral y política de lo que habían visto; nosotros mismos veríamos salir de sus plumas un nuevo Mundo, y aprenderíamos así a juzgar el nuestro: Digo que cuando tales observadores afirmaran de un animal que era un hombre, y de otro que era una bestia, podríamos creer en su palabra; pero sería el colmo de la simplicidad confiar en estos asuntos a viajeros analfabetos, respecto de los cuales a veces se podría iniciar la misma duda que ellos se encargan de resolver respecto de otros animales.

Pag. 40.

(11.) Esto me parece tan claro como la luz del día, y no puedo concebir de dónde nuestros filósofos pueden derivar todas las pasiones que atribuyen al hombre natural. Exceptuando las necesidades físicas que la misma naturaleza requiere, todos nuestros otros deseos son meramente los efectos del hábito, antes de lo cual no eran deseos, o de nuestras ansias desmedidas, pero no deseamos lo que no estamos en condiciones de conocer. De ahí se deduce que, como el hombre salvaje no anhela nada más que lo que conoce, y no conoce nada más que lo que realmente posee o puede adquirir fácilmente, nada puede estar tan tranquilo como su Alma, ni tan confinado como su Entendimiento.

Pag. 50.

(12.) Encuentro en el Gobierno Civil de Locke una Objeción, que me parece demasiado especiosa para ser disimulada aquí. "El fin, dice este filósofo, de la unión entre el macho y la hembra, no es apenas la procreación, sino la continuación de la especie: esta unión

entre el macho y la hembra debe durar, incluso después de la procreación, tanto tiempo como sea necesario para la alimentación y el mantenimiento de las crías, que han de ser mantenidas por quienes las tuvieron, hasta que sean capaces de desplazarse y mantenerse por sí mismas. Esta regla, que el infinito y sabio Hacedor ha establecido para las Obras de sus Manos, encontramos que las Criaturas inferiores obedecen constantemente. En los animales vivíparos que se alimentan de hierba, la unión entre el macho y la hembra no dura más que el mismo acto de la cópula, porque la teta de la madre es suficiente para alimentar a la cría hasta que pueda alimentarse de hierba, el macho sólo engendra, pero no se preocupa por la hembra o la cría, a cuyo sustento no puede contribuir. Pero en las bestias de presa la conjunción dura más tiempo, porque la presa no puede subsistir por sí misma y alimentar a sus numerosas crías sólo con su propia presa, una forma de vida más laboriosa y peligrosa que alimentarse de hierba; la asistencia del macho es necesaria para el mantenimiento de su familia común, que no puede subsistir hasta que sea capaz de cazar por sí misma, sino por el cuidado conjunto de macho y hembra. Lo mismo se observa en todas las aves (excepto en algunas domésticas, en las que la abundancia de comida excusa al gallo de alimentar y cuidar a la cría) cuyas crías necesitan comida en el nido, el gallo y la gallina siguen siendo compañeros hasta que las crías son capaces de usar sus alas, y proveerse a sí mismas.

Y aquí creo que se encuentra la principal, si no la única razón, por la que el macho y la hembra en la humanidad están atados a una conjunción más larga que otras criaturas, a saber. Porque la hembra es capaz de concebir, y de hecho es comúnmente con el niño de nuevo, y da a luz a un nuevo nacimiento mucho antes de que el primero está fuera de una dependencia de la ayuda de sus padres, y capaz de cambiar por sí mismo, y tiene toda la asistencia se debe a él de sus padres, por lo que el padre, que está obligado a cuidar de los que ha engendrado, está bajo la obligación de continuar en sociedad conyugal con la misma mujer más tiempo que otras criaturas, cuyas crías son capaces de subsistir por sí mismas, antes

de que el tiempo de la procreación vuelva de nuevo, el vínculo conyugal se disuelve por sí mismo, y están en libertad; hasta que Himen, en su temporada habitual de aniversario, las convoca de nuevo para elegir nuevas parejas. Por lo que uno no puede sino admirar la Sabiduría del gran Creador, quien habiendo dado al Hombre la Capacidad de acumular para el futuro, así como de suplir la necesidad presente, ha hecho necesario que la Sociedad de Hombre y Esposa sea más duradera que la de Hombre y Mujer entre otras Criaturas; para que así su Industria pueda ser alentada, y su Interés mejor unido, para hacer Provisión, y acumular Bienes para su Asunto común, lo cual la Mezcla incierta, o las Soluciones fáciles y frecuentes de la Sociedad conyugal perturbarían poderosamente".

El mismo amor a la verdad, que me ha hecho exponer fielmente esta objeción, me induce a acompañarla de algunas observaciones, si no para refutarla, al menos para arrojar algo de luz sobre ella.

- 1. En primer lugar, debo observar que las pruebas morales no tienen gran fuerza en materia física, y que más bien sirven para dar cuenta de los hechos que existen que para determinar la existencia real de estos hechos. Ahora bien, este es el tipo de prueba que utiliza el Sr. Locke en el pasaje que he citado; pues aunque sea el interés de la especie humana que la unión entre el hombre y la mujer sea permanente, no se deduce que tal unión haya sido establecida por la naturaleza; de lo contrario, habría que admitir que la naturaleza también ha instituido la sociedad civil, las artes, el comercio y todo lo que se pretende que sea útil para la humanidad.
- 2. No sé dónde ha aprendido el Sr. Locke que entre los animales de presa la sociedad entre el macho y la hembra dura más tiempo que entre los que viven sobre la hierba, y que uno ayuda al otro en la crianza de sus crías: Porque no encontramos que el perro, el gato, el oso o el lobo muestren mayor consideración hacia sus

hembras que el caballo, el carnero, el toro, el ciervo y todos los demás cuadrúpedos hacia las suyas. Por el contrario, parece que, si la asistencia del macho fuera necesaria para la hembra para la preservación de sus crías, sería particularmente así entre aquellos animales que no viven más que de la hierba, porque la madre requiere más tiempo para alimentarse de esa manera, y se ve obligada a descuidar a sus crías, mientras que la presa de una hembra de oso o de lobo es devorada en un instante, y ella tiene por lo tanto, sin sufrir de hambre, más tiempo para amamantar a su camada. Esta observación es confirmada por el número relativo de tetas y crías, que distingue a los tipos carnívoros de los frugívoros, y de los que ya he hablado en la nota (8). Si esta observación es justa y general, el hecho de que una mujer tenga sólo dos pechos, y que rara vez tenga más de un hijo a la vez, proporciona una razón más, y una fuerte, para dudar de si la especie humana es naturalmente carnívora; de modo que para sacar la conclusión del Sr. Locke, parecería necesario invertir completamente su argumento. Hay tan poca solidez en la misma distinción cuando se aplica a las aves, pues quién puede creer que la unión de macho y hembra es más duradera entre los buitres y los cuervos que entre las palomas. Tenemos dos especies de aves domésticas, el pato y la paloma, que nos ofrecen ejemplos diametralmente opuestos al sistema de este autor. La paloma vive enteramente de maíz, y permanece constantemente unida a su pareja, y ambos alimentan en común a sus crías. El pato, cuya voracidad es notoria, no se ocupa de sus crías ni de su madre, y no contribuye en nada a su subsistencia; y entre los gallos y las gallinas, una especie apenas menos voraz, no se sabe que el primero se preocupe por los huevos o los pollos. Si entre otras especies el macho comparte con la hembra el cuidado de alimentar a sus crías, es porque esas aves, al no poder volar tan pronto como salen del cascarón, y que la madre no puede amamantar, pueden prescindir mucho menos de la ayuda del padre que los cuadrúpedos, que, al menos durante algún tiempo, no necesitan más que el pezón de la madre.

3. Hay una gran incertidumbre en el hecho principal sobre el que el Sr. Locke construye todo su argumento. Porque para saber si, en un estado puro de la naturaleza, la mujer, como él pretende, generalmente se queda embarazada y da a luz un nuevo hijo mucho tiempo antes de que el inmediatamente anterior pueda satisfacer sus necesidades, se requerirían experimentos, que seguramente el Sr. Locke no ha hecho, y que nadie está en condiciones de hacer. La continua cohabitación de marido y mujer es una ocasión tan cercana para que la primera se exponga a un nuevo embarazo, que es poco probable que una concurrencia fortuita o un mero arrebato de pasión produzcan efectos tan frecuentes en un estado puro de la naturaleza como en el de la sociedad conyugal; un retraso que contribuiría quizás a hacer más robustos a los niños, y que además podría ser compensado por el poder de concebir que se extiende a una edad más avanzada en las mujeres que no han abusado tanto de él en sus días más jóvenes. En cuanto a los niños, hay muchas razones para creer que su poder y órganos se desarrollan entre nosotros más tarde de lo que lo hicieron en el estado primitivo del que hablo. La debilidad original que se deriva de la constitución de sus padres, el cuidado que se tiene para doblar, tensar y acalambrar todos sus miembros, la suavidad en la que se crían, quizás también el uso de la leche de otra mujer, todo se opone y frena en ellos las primeras operaciones de la naturaleza. La aplicación que les obligamos a dar en mil cosas en las que fijamos constantemente su atención, mientras que sus facultades corporales se dejan sin ejercicio, también puede contribuir en gran medida a retrasar su crecimiento. Así que si, en lugar de sobrecargar y fatigar sus mentes de mil maneras diferentes, les permitiéramos ejercitar sus cuerpos en esos movimientos continuos que la naturaleza parece requerir, es probable que estuvieran mucho antes en condiciones de caminar y moverse, y de proveerse a sí mismos.

El Sr. Locke, en fin, demuestra a lo sumo que puede haber en el hombre un motivo para vivir con la mujer cuando ésta tiene un hijo; pero de ningún modo demuestra que hubiera necesidad de que viviera con ella antes de su parto y durante los nueve meses de su embarazo: Si una mujer embarazada llega a ser indiferente al

hombre del que está embarazada durante estos nueve meses, si incluso llega a olvidarse completamente de él, ¿por qué debería asistirla después de su parto? ¿Por qué habría de ayudarla a criar un hijo que no sabe que es suyo y cuyo nacimiento no previó ni decidió ser el autor? Es evidente que el Sr. Locke supone la misma cosa en cuestión: Porque no estamos preguntando por qué el hombre debe continuar viviendo con la mujer después de su parto, sino por qué debe continuar uniéndose a ella después de la concepción. Satisfecho el apetito, el hombre ya no tiene necesidad de ninguna mujer en particular, ni la mujer de ningún hombre en particular. El hombre ya no se preocupa por lo que ha sucedido; tal vez no tiene la menor noción de lo que debe seguir. Uno va por este camino, el otro por el otro, y hay pocas razones para pensar que al cabo de nueve meses deban recordar haberse conocido alguna vez: Porque este tipo de recuerdo, por el que un individuo da preferencia a otro para el acto de generación, requiere, como he demostrado en el texto, un mayor grado de mejora o corrupción en el entendimiento humano, que el que se supone que el hombre ha alcanzado en el estado de animalidad del que aquí hablamos. Por lo tanto, otra mujer puede servir para satisfacer los nuevos deseos del hombre tan bien como el que ya ha conocido; y otro hombre de la misma manera satisfacer la mujer, suponiendo que ella sujeta al mismo apetito durante su embarazo, una cosa que puede ser razonablemente dudado. Pero si en un estado de naturaleza, la mujer, cuando ha concebido, ya no siente la pasión del amor, el obstáculo para que se asocie con los hombres se hace aún mayor, ya que ya no tiene ninguna ocasión para el hombre por el que está embarazada, o cualquier otro. Por lo tanto, no hay ninguna razón por parte del hombre para codiciar a la misma mujer, ni por parte de la mujer para codiciar al mismo hombre. Por lo tanto, el argumento de Locke se cae al suelo, y toda la lógica de este filósofo no lo ha protegido del error cometido por Hobbes y otros. Tenían que explicar un hecho en el estado de naturaleza, es decir, en un estado en el que cada hombre vivía por sí mismo sin ninguna conexión con otros hombres, y ningún hombre tenía motivos para asociarse con otro, ni quizás, lo que es aún peor, los hombres en general para reunirse; y nunca se les ocurrió mirar hacia atrás más allá de los tiempos de la

sociedad, es decir, aquellos tiempos en los que los hombres tenían siempre motivos para reunirse, y en los que un hombre tiene a menudo motivos para asociarse con este o aquel hombre en particular, esta o aquella mujer en particular.

Pag. 52.

(13.) No pretendo de ningún modo lanzarme a las reflexiones filosóficas que pueden hacerse sobre las ventajas y desventajas de esta institución de las lenguas; no es propio de personas como yo esperar que se les permita atacar los errores vulgares, y la multitud letrada respeta demasiado sus prejuicios para soportar con paciencia mis pretendidas paradojas. Dejemos, pues, hablar a aquellos en quienes no se ha considerado criminal atreverse a veces a tomar parte con la Razón contra la Opinión de la Multitud. "Tampoco seríamos menos felices si todas estas lenguas, cuya multiplicidad causa tantos problemas y confusión, fueran completamente abolidas, y los hombres no conocieran otro método para hablar entre sí que los signos, los movimientos y los gestos. Mientras que ahora las cosas han llegado a tal punto, que los animales, a quienes generalmente consideramos como brutos y carentes de razón, pueden ser considerados mucho más felices en este aspecto, ya que pueden expresar más fácilmente, y tal vez más acertadamente, sus pensamientos y sentimientos, sin un intérprete, que cualquier hombre vivo puede hacerlo, especialmente cuando se ven obligados a hacer uso de una lengua extranjera" -ls. Vossius, de Poemat. Cant. et Viribus Rythmi, p. 66.

Pag. 62.

(14.) Platón, mostrando cuán necesarias son las ideas de la cantidad discreta y sus relaciones en las artes más insignificantes, se ríe con gran razón de los autores de su época que pretendían

que Palamedes había inventado los números en el sitio de Troya, como si, dice, fuera posible que Agamenón no supiera hasta entonces cuántas piernas tenía. De hecho, todo el mundo debe ver cómo es imposible que la sociedad y las artes hayan alcanzado el grado de perfección en el que se encontraban en el momento de ese famoso asedio, a menos que los hombres hayan estado familiarizados con el uso de los números y el cálculo: Pero la necesidad de entender los números antes de la adquisición de otras ciencias no nos ayuda de ninguna manera a explicar la invención de los mismos; una vez conocidos los nombres de los números, es fácil explicar su significado y excitar las ideas que estos nombres presentan; Pero para inventarlos, fue necesario, antes de que estas ideas pudieran ser concebidas, que el hombre se ejercitara en considerar a los seres meramente de acuerdo a su esencia, e independientemente de cualquier otra percepción; una abstracción muy dolorosa y muy metafísica, y además no muy natural, pero tal, sin embargo, que estas ideas nunca podrían haber sido cambiadas de una especie o genio a otro, o que los números se volvieran universales. Un salvaje podría considerar por separado su pierna derecha y su pierna izquierda, o considerarlas juntas bajo la idea indivisible de un par, sin pensar nunca que tiene dos; porque la idea representativa, que nos pinta un objeto, es una cosa, y la idea numérica, que lo determina, otra: Menos aún podía contar hasta cinco; y aunque al aplicar sus manos una a otra podía observar que los dedos respondían exactamente uno a otro, estaba muy lejos de pensar en su calidad numérica. Sabía tan poco del número de sus dedos como de sus cabellos; y si, después de hacerle comprender lo que son los números, alguien le hubiera dicho que tenía tantos dedos como dedos, tal vez se hubiera sorprendido mucho al comprobar que era cierto al compararlos.

Pag. 71.

(15.) No debemos confundir el egoísmo con el amor propio; son dos pasiones muy distintas tanto en su naturaleza como en sus

efectos. El amor propio es un sentimiento natural, que inclina a todo animal a buscar su propia conservación, y que, guiado en el hombre por la razón y calificado por la piedad, es productor de humanidad y de virtud. El egoísmo no es más que un sentimiento relativo y ficticio, engendrado en el seno de la sociedad, que inclina a todo individuo a darse más valor que a cualquier otro hombre, que inspira a los hombres todo el mal que se hacen entre sí, y que es la verdadera fuente de lo que llamamos honor.

Entendida esta posición, digo que el egoísmo no existe en nuestro estado primitivo, en el verdadero estado de la naturaleza; porque cada hombre en particular, considerándose a sí mismo como el único espectador que lo observa, como el único ser del universo que se interesa por él, como el único juez de su propio mérito, es imposible que surja en su mente un sentimiento derivado de comparaciones que no está en condiciones de hacer. Por la misma razón, un hombre de esta clase debe ser ajeno al odio y al rencor, pasiones que sólo la opinión de haber recibido alguna afrenta puede excitar; y como lo que constituye una afrenta es el desprecio o la intención de dañar, y no el daño en sí, los hombres que no saben cómo valorarse a sí mismos, o compararse entre sí, pueden hacerse mucho daño mutuamente, siempre que puedan esperar alguna ventaja al hacerlo, sin afrentarse nunca entre sí. En una palabra, el hombre rara vez considera a sus compañeros bajo una luz diferente a la de los animales de otra especie, puede saguear a otro hombre más débil que él, o ser saqueado por otro más fuerte, sin considerar estos actos de violencia de otra manera que como acontecimientos naturales, sin la menor emoción de insolencia o de rencor, y sin otra pasión que la pena por su mal, o la alegría por su buen éxito.

Pag. 117.

(16.) Es muy notable que durante tantos años que los europeos han estado trabajando para hacer que los salvajes de diferentes

partes del mundo se ajusten a su forma de vida, todavía no han sido capaces de prevalecer sobre uno de ellos, ni siquiera con la ayuda de la religión cristiana; porque aunque nuestros misioneros a veces hacen cristianos, nunca hacen hombres civilizados de ellos. No hay forma de vencer su invencible reticencia a adoptar nuestros modales y costumbres. Si estos pobres salvajes son tan infelices como algunos quisieran, por qué inconcebible depravación de juicio es que se niegan tan constantemente a ser gobernados como nosotros, o a vivir felices entre nosotros; mientras que leemos en mil lugares que franceses y otros europeos se han refugiado voluntariamente, es más, han pasado toda su vida entre ellos, sin poder dejar nunca un tipo de vida tan extraño; y que incluso se sabe que misioneros muy sensatos lamentan con lágrimas los días tranquilos e inocentes que han pasado entre esos hombres que tanto despreciamos. Si se observara que no son lo suficientemente sabios como para juzgar con solvencia su condición y la nuestra, debo responder que la valoración de la felicidad no es tanto asunto del entendimiento como de la voluntad. Además, esta objeción puede ser replicada con más fuerza contra nosotros mismos, porque nuestras ideas están más alejadas de la disposición de ánimo necesaria para concebir el placer que los salvajes encuentran en su modo de vivir, que las ideas de los salvajes de las que pueden concebir el placer que nosotros encontramos en el nuestro. De hecho, muy pocas observaciones para mostrarles que todos nuestros trabajos se limitan a dos objetos, a saber, las comodidades de la vida y la estima de los demás. Pero, ¿cómo podríamos formarnos una idea de esa clase de placer que un salvaje siente al pasar sus días solo en el corazón de un bosque, o pescando, o soplando en una mísera flauta sin ser capaz de sacar una sola nota de ella, o dándose algún problema para aprender a hacer un mejor uso de ella?

A menudo se ha llevado a los salvajes a París, a Londres y a otros lugares, y no se ha omitido hacerles partícipes de nuestras ideas de lujo, de nuestras riquezas y de todas nuestras artes más útiles y curiosas; sin embargo, nunca se les ha visto expresar más que una estúpida admiración por tales cosas, sin la menor

apariencia de codiciarlas. Entre otras historias, recuerdo una relativa al jefe de unos indios de América del Norte que fue llevado hace unos treinta años a la Corte de Londres. Se le presentaron mil cosas, con el fin de averiguar qué regalo sería aceptable para él, sin dar con ninguna cosa que pareciera gustarle. Nuestras armas le parecían pesadas e incómodas; nuestros zapatos le pellizcaban los pies; nuestros vestidos le agobiaban el cuerpo; no aceptaba nada; al final, se le observó coger una manta, y parecía sentir un gran placer al envolverse en ella. Debéis admitir, dijeron los europeos a su alrededor, que esto, al menos, es un mueble útil. Sí, respondió el indio, creo que es casi tan bueno como la piel de una bestia. E incluso esto no lo habría permitido, si hubiera llevado ambas cosas bajo una ducha.

Tal vez se me diga que es el hábito lo que hace que cada hombre quiera más su propia forma de vida, lo que impide a los salvajes percibir lo que es bueno en la nuestra. Pero desde este punto de vista, debe parecer al menos muy extraordinario que el hábito tenga más poder para mantener en los salvajes el gusto por su miseria que en los europeos por su felicidad. Pero para dar a esta última objeción una respuesta que no admite la menor réplica, sin hablar de todos los jóvenes salvajes a los que ningún esfuerzo ha podido civilizar; en particular los groenlandeses e islandeses, a los que se ha intentado criar y educar en Dinamarca, y que o bien se han consumido de pena en tierra, o han perecido en el mar al intentar nadar de vuelta a su propio país; me limitaré a citar un ejemplo bien atestiguado, y lo dejaré a la discusión de aquellos que tanto admiran la policía de los Estados europeos.

"Los misioneros holandeses, con todos sus esfuerzos, no han sido capaces de convertir a un solo hotentote. Van der Stel, Gobernador del Cabo, habiendo conseguido un niño hotentote, se preocupó de educarlo en los principios de la religión cristiana y en los usos y costumbres de Europa. Lo vistió ricamente, le enseñó varios idiomas, y el progreso del niño se correspondió perfectamente con la atención que se le prestó. El Gobernador, lleno

de expectativas por la capacidad de su pupilo, lo envió a las Indias con un Comisario General, que lo empleó útilmente en los asuntos de la Compañía. Pero, al morir el Comisario, regresó al Cabo, y en una visita que hizo a algunos de sus parientes hotentotes pocos días después de su llegada, tomó la extraña resolución de cambiar todas sus galas europeas por una piel de oveja. Con esta nueva vestimenta regresó al Fuerte, cargado con un fardo que contenía los mantos de los que se había desprendido, y se presentó con las siguientes palabras: Sea tan amable, señor, de tomar nota de que renuncio para siempre a esta ropa. También renuncio para siempre a la religión cristiana. Es mi firme decisión vivir y morir en la religión, los modales y las costumbres de mis antepasados. Todo el favor que le pido es que me deje el collar y la percha que llevo. Los guardaré por su bien. Estas palabras apenas habían salido de su boca, cuando se puso en marcha y se perdió de vista, y nunca más volvió a aparecer entre los europeos."

Historia de los viajes, T. v. p. 175.

Pag. 132.

(17.) Podría objetarse aquí que en semejante alboroto y tumulto los hombres, en lugar de matarse obstinadamente unos a otros, se habrían dispersado, si no se hubieran puesto límites a su dispersión. Pero, en primer lugar, estos límites habrían sido los de la Tierra; y si reflexionamos sobre el exceso de población que resulta de un estado de naturaleza, veremos que en ese estado la Tierra se habría cubierto en muy poco tiempo de hombres obligados a mantenerse cerca unos de otros. Además, se habrían dispersado, si el progreso del mal hubiera sido de alguna manera rápido, o si hubiera sido una alteración realizada de un día a otro. Pero trajeron sus yugos con ellos al mundo; en su infancia estaban demasiado acostumbrados por la costumbre a su peso para sentirlo después. En resumen, ya estaban acostumbrados a mil conveniencias que los obligaban a estar cerca unos de otros, no era tan fácil para ellos

dispersarse como en los primeros tiempos, cuando, como ningún hombre necesitaba a nadie más que a sí mismo, cada uno hacía lo que más le gustaba sin esperar el consentimiento de ningún otro.

Pag. 137.

(18.) El Mariscal de V*** solía contar que, en una de sus campañas, los excesivos fraudes de un subastador de provisiones hicieron que el ejército sufriera y murmurara mucho, por lo que lo tomó en serio y lo amenazó con la horca. Estas amenazas no me conciernen, replicó inmediatamente el bribón, y me alegro de tener esta oportunidad de deciros que no es tan fácil colgar a un hombre que puede tirar cien mil coronas. No sé cómo sucedió, añadió ingenuamente el Mariscal, pero así sucedió, que escapó de la horca, aunque la había merecido una y otra vez.

Pag. 168.

(19.) No obstante, esta rigurosa igualdad del estado de naturaleza, aunque practicable en la sociedad civil, chocaría con la justicia distributiva; y como, por una parte, todos los miembros del estado le deben servicios en proporción a sus talentos y habilidades, deberían ser distinguidos, por otra, en proporción a los servicios que realmente le prestan. En este sentido debe entenderse un pasaje de Isócrates, en el que ensalza a los primitivos atenienses por haber distinguido cuál de las dos siguientes clases de igualdad era la más útil, la que consiste en repartir indistintamente las mismas ventajas entre todos los ciudadanos, o la que consiste en distribuirlas a cada uno según su mérito. Estos hábiles Políticos, añade el Orador, desterrando esa injusta Desigualdad que no hace diferencia entre los Buenos y los Malos, se adhirieron inviolablemente a la que premia y castiga a cada Hombre según su Mérito. Pero, en primer lugar, nunca existió una sociedad tan corrupta como para no hacer

diferencia entre los buenos y los malos; y en aquellos puntos relativos a las costumbres, en los que la ley no puede prescribir ninguna medida lo suficientemente exacta como para servir de regla a los magistrados, es de la mayor sabiduría que, para no dejar el destino o el rango de los ciudadanos a su discreción, les prohíbe juzgar a las personas, y deja sólo las acciones a su discreción. No hay costumbres, sino las que compiten en pureza con las de los antiguos romanos, que puedan soportar a los censores, y un tribunal así entre nosotros pronto arrojaría todo a la confusión. Pertenece a la estima pública hacer una diferencia entre los hombres buenos y los malos; el magistrado es juez sólo en lo que se refiere al derecho estricto, mientras que la multitud es el verdadero juez de las costumbres; un juez recto e incluso inteligente en ese sentido; un juez que puede ser impuesto a veces, pero que nunca puede ser corrompido. Por lo tanto, el rango de los ciudadanos debe ser regulado, no de acuerdo con su mérito personal, ya que esto sería poner en el poder de los magistrados para hacer una aplicación casi arbitraria de la ley, sino de acuerdo con los servicios reales que prestan al Estado, ya que estos admitirán una estimación más exacta

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB

- 1. <u>Dedicatoria</u>
- 2. Prefacio
- 3. Anuncio
- 4. Pregunta
- 5. Introducción
- 6. Primera parte
- 7. <u>Segunda parte</u>
- 8. Notas

HITOS

1. Portada